



**MUJERES QUE
TRANSFORMAN**

DE MUJERES HERIDAS POR LAS VIOLENCIAS A CONSTRUCTORAS DE PAZ

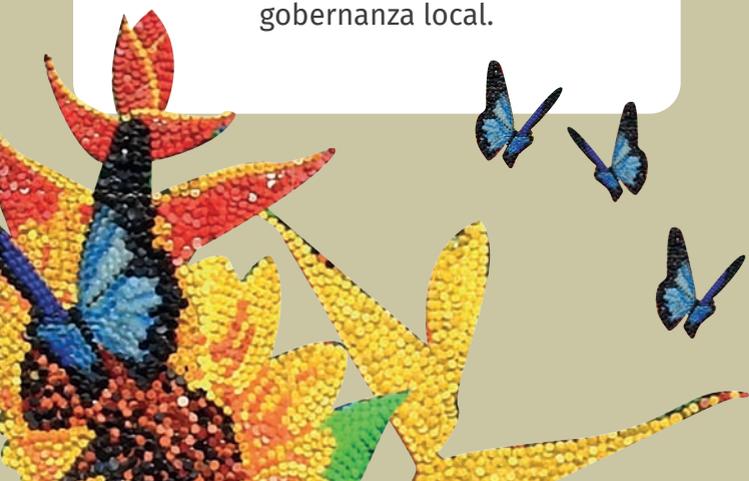
La experiencia de la Alianza de Mujeres
Tejedoras de Vida del Putumayo



Gobierno de
Colombia

SOBRE EL FONDO EUROPEO PARA LA PAZ

El Fondo Europeo para la Paz es un mecanismo de cooperación de la Unión Europea creado para acompañar al gobierno colombiano en la implementación del Acuerdo de Paz, con énfasis en el Punto 1 de Desarrollo Rural Integral y Punto 3 en lo que concierne a la reincorporación a la vida civil de la población excombatiente de las FARC-EP. En el marco del Fondo se han puesto en marcha 31 intervenciones, entre ellas el proyecto Mujeres que Transforman, mediante las cuales se pretende contribuir a la reconciliación de la sociedad colombiana, a la reincorporación social y económica de excombatientes, a la equidad de género y la inclusión de sectores vulnerables de la población, al desarrollo rural sostenible e incluyente, y a la presencia legitimadora de Estado y la gobernanza local.



DE MUJERES HERIDAS POR LAS VIOLENCIAS A CONSTRUCTORAS DE PAZ

**LA EXPERIENCIA DE LA ALIANZA
DE MUJERES TEJEDORAS DE VIDA DEL PUTUMAYO**

Esperanza Hernández Delgado

**Asociación Alianza Departamental
de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo**

2024

De mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz

La experiencia de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo

© Asociación Alianza Departamental de Organizaciones
de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo
alianza@alianzatejedorasdevida.org
2024

ISBN 978-628-96450-0-2

Autora:

Esperanza Hernández Delgado
esperanza.construcciondepaz@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9816-4086>

Evaluadora del libro:

Fátima Muriel Silva, Mg. Género y Estudio de las Mujeres. Fundadora y presidenta de la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo.

Autor de obra de portada:

Jonathan Cadavid Marín, mural inaugurado en Puerto Asís, el 17 de marzo de 2017.

Diseño de carátula:

Cromáticos Estudio Gráfico
estudiograficocromaticos@gmail.com

Diagramación, impresión y acabados:

Ediciones Ántropos Ltda.
Carrera 100B # 75 D-05
PBX: (601) 433 77 01 · Fax: (601) 433 35 90
E-mail: info@edicionesantropos.com
www.edicionesantropos.com
Bogotá, D.C.

Segunda edición: septiembre de 2024

De esta obra se imprimieron 1.000 ejemplares

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Esta publicación es producto de una consultoría realizada para la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, en el marco del proyecto “Empoderamiento Político y Económico Territorial - Mujeres que Transforman”, con el apoyo del Fondo Europeo para la Paz de la Unión Europea.

El presente libro ha sido elaborado con el apoyo financiero del Fondo Europeo para la Paz. Su contenido es responsabilidad exclusiva de su autora y de la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea y de Conexión-ICCO Cooperación.

Tabla de contenido

Poema	
María Barreiro	5
Agradecimientos de la autora	7
Presentación	
Fátima Muriel Silva	9
Introducción	
Esperanza Hernández Delgado	13
CAPÍTULO 1.	
A pesar de su adverso pasado, las mujeres han construido otra historia y trabajan por la paz	19
CAPÍTULO 2.	
Las violencias extremas que han herido a las Tejedoras de Vida del Putumayo	31
CAPÍTULO 3.	
Las Tejedoras de Vida, un proceso desde las mujeres para las mujeres y el Putumayo	67
CAPÍTULO 4.	
Transitando de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz	123
CAPÍTULO 5.	
Aprendizajes de la experiencia de construcción de paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo	179
Bibliografía	187
Reconocimiento y agradecimientos	195

Mujeres de la Alianza

Poema de María Barreiro¹

Por sendas del Putumayo,
vestidas de alianza van.
Ella es Fátima Muriel y muchas mujeres más.
Ahí van Carmen Ocoró, Rubí Tejada, Nancy Sánchez.
Mujeres del medio, alto y bajo,
mujeres muy valerosas.

Van mitigando el dolor
de las mujeres que quedaron destrozadas por el chiflón de la guerra.
Invitándolas a sacar ese dolor hacia fuera
para que hoy en día, con amor, se recuerden
los caminos polvorientos.
Hoy, se visten de verdad.
Aunque la verdad sea dura,
la verdad es la verdad.

Gracias mujeres por devolver a la vida
a las mujeres marginadas y estropeadas,
al tenderles una mano para poder levantarlas.
Gracias, Tejedoras, por luchar por tus mujeres aun en la cruda guerra.
Hoy, ya no hay tanto dolor.
Hoy, con amor se recuerda.
La venganza se esfumó.

.....

1. María Barreiro es poetisa putumayense y hace parte de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo. También hace cuentos y canciones sobre las víctimas y la paz, y ha sido reconocida en esta condición a nivel internacional.

Hoy, muchas han perdonado
lo han hecho de corazón.
Hoy, mujeres de la Alianza, que Dios las bendiga siempre
por sembrar mucha esperanza
en su pueblo y su gente.

Y a las mujeres de otras ciudades,
que ayudan de una u otra forma
con un granito de arena, así se construye plataforma.
Por todas esas mujeres que se unieron al esfuerzo,
esperamos que sea bueno lo que la paz trae de nuevo.

Mujeres de mi Colombia
y de muchos otros países
Ustedes, con su ayuda,
nos hicieron muy felices
y nos hicieron fuertes.
Una mano y otra mano
han hecho más fuerte el peldaño.
Hemos luchado unidas
con fiereza, en el pasar de los años.
Esperamos que a futuro
no nos dejen, por favor.

Estamos agradecidas con las mujeres del mundo,
amigas de corazón,
que Dios las bendiga siempre,
pues las mujeres unidas
llenan el mundo de amor.
Y el clamor de las mujeres llega al corazón de Dios.

Agradecimientos de la autora

A las mujeres constructoras de paz en el mundo, visibles e invisibles, por lo que son y lo que hacen en medio y a pesar de las violencias.

A Fátima Muriel Silva, por hacer posible lo aparentemente imposible y por su compromiso con las mujeres putumayenses y la paz.

A las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, por su valentía, creatividad y firmeza al construir la paz. También, por compartir conmigo sus historias de vida.

Al Fondo Europeo para la Paz de la Unión Europea, por el valioso y permanente apoyo que ha brindado a las Tejedoras de Vida del Putumayo y contribuir para que este libro fuera posible.

Presentación

Enhorabuena, la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, después de dos décadas de existencia, logra sintetizar en este libro su experiencia de construcción de paz, que refleja el aporte a la paz de las Tejedoras de Vida en este departamento complejo y difícil, donde se manifiestan en forma directa –y muchas veces de manera atroz– diversas violencias sobre las mujeres y los putumayenses. Este texto, titulado *De mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz. La experiencia de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo*, como si tomara una fotografía de la realidad, evidencia cómo, desde un ejercicio continuo, valiente, resistente y persistente, estas mujeres deciden organizarse en medio de infinitas dificultades y riesgos, y, luego de haber sido cruelmente victimizadas, se empoderan de sus derechos, toman conciencia de su realidad y se sanan mutuamente a partir de su transición de víctimas a constructoras de paz, como dice el título ya mencionado.

A partir de lo anterior, agradezco a la Unión Europea su intermediación ante el Fondo Europeo para la Paz, mediante el proyecto Empoderamiento Político y Económico para las Mujeres del Putumayo “Mujeres que Transforman”, que hizo realidad la publicación de este libro y, a su vez, permitió recoger las historias de vida de las mujeres que, desde el año 2000, vienen acompañando este significativo proceso, del que, me atrevería a decir, puede representar un modelo para otros municipios y departamentos de Colombia y, por qué no decirlo, para otros países.

Pienso que el éxito de nuestro proceso se debió al hecho de haber sido visionarias. Para ello, fue necesario conocer el contexto, las modalidades de expresión de las violencias y de sus actores, los comportamientos de las mujeres, sus realidades y las diferentes dinámicas territoriales, las cuales así se recogen en el libro que estoy presentando a ustedes. También, contar con alianzas estratégicas nos ha permitido avanzar y fortalecernos, unir pensamientos y objetivos, cuyos aportes nos han llegado en los momentos más

oportunos. Reconozco, dentro de estas alianzas, al Fondo Sueco Noruego de Cooperación con la Sociedad Civil Colombiana (FOS), al Fondo Noruego para los Derechos Humano (FNDH), a la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), al Comité de Oxford de Ayuda contra el Hambre (Oxfam), Asociación Ambiente y Sociedad, Corporación Humanas, la Casa de la Mujer, la Red Nacional de Mujeres, la Gobernación de Putumayo, los municipios del departamento, entre otros. Ustedes son parte de nuestra historia y han contribuido de manera significativa a nuestro trabajo por la paz.

Trabajar con 65 organizaciones de mujeres de los diferentes municipios del departamento del Putumayo es un oficio noble, arduo, de total entrega y comprensión, ya que sus vidas se debaten en escenarios violentos, en los que ha sido muy difícil que el Estado llegue con propuestas efectivas para resarcir sus necesidades.

En la actualidad, reconocemos que la ruta de acción que hemos construido ha sido importante para disminuir las brechas de género en el Putumayo, y para contribuir a los objetivos sostenibles que los gobiernos deben cumplir. En ese sentido, destacamos que la educación ha estado en el centro de nuestra organización y nos ha permitido contar en la actualidad con 1.000 mujeres capacitadas en el departamento, independientemente de que pertenezcan o no a las Tejedoras de Vida del Putumayo. De igual forma, hemos apoyado a muchas mujeres putumayenses con proyectos productivos con enfoque de género, y que los alcaldes y los concejales estuvieran dispuestos a escucharnos, se sensibilizaran y aprobaran las Políticas Públicas de Equidad de Género para las Mujeres en sus municipios.

Otro acierto fue contactar a la doctora Esperanza Hernández Delgado, experta en los temas de paz y resolución de conflictos, a quien hemos tenido muy de cerca. Ella se enamoró de nuestro proceso, valoró desde su conocimiento y experiencia nuestros esfuerzos de construcción de paz y logró cautivar la confianza de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Así, decidieron que fuera ella quien sistematizara en un libro nuestro trabajo por la paz, y le compartieron sus historias y reflexiones. Le agradecemos por retomar con mucho amor y convencimiento la experiencia de las mujeres y plasmarla en este bello libro.

Igualmente, agradecerle a las madrinas de este proceso, pues, a pesar de que no viven en el departamento, nos apoyan y oxigenan desde donde están. Aunque no alcanzo a mencionarlas a todas, destaco a la doctora Gloria Flórez Schneider, por estar permanentemente pendiente de nuestro caminar y acompa-

ñarnos siempre, iluminando nuestro camino, y a todas las mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo. También, a instituciones gubernamentales, como la Defensoría del Pueblo, el Ministerio del Interior y la Unidad Nacional de Protección. Así mismo, a la Iglesia y las juntas de acción comunal. Finalmente, a otras entidades que no hacen parte de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, por su apoyo y su confianza, y por habernos permitido entrar a sus organizaciones para compartir sus experiencias.

Esperamos que esta experiencia, cuidadosamente documentada en este libro, sea leída especialmente por los y las educadoras, para que sea incluida en sus currículos educativos y para que los estudiantes conozcan las realidades de violencia y los esfuerzos de construcción de paz realizados en este departamento, valoren a sus padres y sus madres, y se comprometan a contribuir para que esta realidad de violencia no vuelva a suceder. Además, es fundamental que este proceso sea conocido a profundidad por el Gobierno, a nivel nacional, regional y local, para que se una a nuestros esfuerzos por la paz, nos apoye y fortalezca, y que llegue a quienes construyen paz en Colombia y en el mundo, para que nuestra experiencia irradie y aporte a sus esfuerzos por la paz.

Cierro solicitando al Estado colombiano que se ponga las gafas de género y reflexione sobre el daño enorme que ha causado esta guerra sin sentido a las mujeres, que en el Putumayo se sigue profundizando y arraigando, generando un deterioro de grandes proporciones a las familias putumayenses. También, para que en sus planes de desarrollo, tanto municipales como el departamental, se incluyan en sus presupuestos, de manera equitativa y justa, recursos para que se ejecuten las políticas públicas con enfoque de género para las mujeres, teniendo en cuenta sus propias realidades, y además, para que se tengan en cuenta las mujeres de las tres subregiones del departamento. Quisiéramos que se reconozca, como yo he venido diciendo desde hace veinte años, que la paz sin las mujeres no va, y que en el Putumayo la paz tiene rostro de mujer.

Fátima Muriel Silva

Presidenta fundadora

*Asociación Alianza Departamental de Organizaciones
de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo*

Introducción

Ser elegida por la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, –en adelante, Tejedoras de Vida del Putumayo– para recoger y analizar su experiencia de construcción de paz, representó para mí un privilegio, en mi condición de estudiosa de la paz, investigadora para la paz y como mujer. Este proceso tiene mucho que enseñar al país y al mundo sobre *el empoderamiento pacifista² de las mujeres*; es decir, el desarrollo en ellas, de capacidades y potencialidades para hacer la paz y, además, en departamentos como el Putumayo, que ha sido escenario de plurales y recurrentes violencias y, dentro de estas, un conflicto armado interno prolongado y degradado, que allí se ha expresado con intensidad.

Como se refleja en este libro, estas mujeres hacen visible la persistencia en este departamento, de un pasado adverso con ellas, que allí no pasa del todo, y que legitima o justifica, de muchas maneras, las violencias que se les inflige por parte de diversos actores. Pero también, ponen en evidencia el poder pacífico transformador que en ellas se anida y que da cuenta del surgimiento y la consolidación, durante dos décadas, de un proceso organizativo generado desde las mujeres, para las mujeres y el Putumayo.

Sobre las Tejedoras de Vida del Putumayo

Quienes integran las Tejedoras de Vida del Putumayo son mujeres sencillas. En su gran mayoría, solo han cursado algunos años de primaria o la primaria completa, y muy pocas han accedido a una formación profesional o a estudios posgraduales. Representan la diversidad étnica de Colombia, dado que generalmente son mestizas, pero también, un nú-

.....

2. Francisco Muñoz define el *empoderamiento pacifista* como el desarrollo de capacidades, potencialidades y poderes para hacer la paz (Muñoz y Bolaños Carmona, 2011).

mero significativo de ellas son indígenas y, en menor grado, otras son afrodescendientes.

Principalmente, son originarias del Putumayo, aunque algunas de ellas, en una proporción menor, proceden de otros departamentos, especialmente del sur del país. Independientemente de su identidad étnica, casi en su totalidad se ocupan de las labores del campo y, en pocos casos, algunas son docentes, comerciantes o ejercen sus profesiones. Así mismo, en la última década, se ha incrementado el universo de las que se han organizado para formalizar las actividades económicas que realizan, relacionadas con emprendimientos familiares o comunitarios.

En medio de la diversidad que representan las Tejedoras de Vida del Putumayo, hay cuatro factores que son comunes a todas ellas y las identifican: a) son mujeres valientes, b) se comprometen con las causas que abrazan, c) son resilientes, d) todas, sin excepción, se han reconocido como *mujeres heridas por las violencias* que se han registrado en el Putumayo. Cada una tiene una historia de sensibles pérdidas y dolor profundo; sus narrativas son interminables y en sus cuerpos y su memoria se albergan las huellas imborrables que dejaron las violencias que llegaron a sus vidas, muchas veces de manera sucesiva, una tras otra, en el corto lapso que comprende su infancia y su juventud y, en otras, a lo largo de toda su vida.

Los factores mencionados permiten comprender por qué estas mujeres han generado un proceso organizativo y de construcción de paz en un escenario complejo y de alta conflictividad como el Putumayo. Al referirse a la naturaleza de su organización, ellas enfatizan que, desde su origen hasta hoy, su proceso se ha dinamizado *desde las mujeres*. También, afirman que les ha permitido transitar de víctimas a hacedoras de paz, y que las ha conducido desde esta ruta a su reconstrucción o restauración, integrando de nuevo los componentes heridos de su humanidad y su dignidad.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, como se verá en este libro, emergen de la voluntad férrea de quienes generaron la experiencia y de la decisión firme de las mujeres que se vincularon a ella en un contexto de miedo, terror y carencias o limitaciones significativas de recursos. En su momento fundacional, ellas no imaginaron que su proceso alcanzaría una significativa consolidación –dos décadas de duración hasta hoy– y que sería una realidad positiva, propositiva y esperanzadora para las mujeres de su departamento, para el Putumayo y, en general, para Colombia.

¿De qué se trata este libro?

Este libro reconstruye el proceso organizativo de las Tejedoras de Vida del Putumayo, desde sus propias narrativas, en las subregiones del bajo, medio y alto Putumayo, y lo analiza como experiencia de construcción de paz. En este propósito, identifica el momento de su surgimiento, las causas que lo generaron y la intencionalidad que le asignaron las mujeres fundantes. De igual manera, hace visible sus características, su desarrollo y los factores que les ha permitido consolidarse a lo largo de veinte años. Además, recoge sus logros y desafíos; así como, las comprensiones de paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo, los mecanismos que han empleado para construir la paz y las lecciones aprendidas de su trabajo por la paz. Al final, presenta las historias de vida de algunas de ellas.

La elaboración de este libro se apoyó en metodologías participativas y fuentes primarias de información. Al respecto, se realizó un trabajo de campo en las tres subregiones del Putumayo, en el que se aplicaron 21 entrevistas semiestructuradas, se recogieron 20 historias de vida y se elaboraron materiales de trabajo, como líneas de tiempo y mapas parlantes realizados por las mujeres de esta organización. Así mismo, se consultaron fuentes secundarias de información relevantes, consistentes en estudios y publicaciones previas.

Puedo afirmar, anticipadamente, que esta experiencia hace parte de la historia de la paz de Colombia y se integra al patrimonio de paz de este país, tradicionalmente reconocido solo por sus violencias. Hace evidente el aporte de las mujeres a la construcción de la paz y marca una diferencia significativa en el país, dado que convierte al Putumayo en el único departamento donde las mujeres, en forma generalizada, lideran el trabajo por la paz, sin desconocer los valiosos aportes de la Iglesia y de otros actores relevantes.

Los retos al escribir

Escribir este libro implicó enfrentar tres retos importantes. El primero, durante el trabajo de campo y la escritura del texto, fue manejar el impacto emocional que generaron las narrativas de las mujeres sobre las diversas violencias que han padecido, algunas en una dimensión de barbarie y terror inimaginables. El estudioso de la paz, Vicent Martínez, destacó la importancia de que los investigadores para la paz cultiven y mantengan la capacidad de asombro frente al sufrimiento humano y lo injusto; y muchas veces, esa capacidad afloró en mí de manera inevitable. El segundo reto consistió en mantener en el libro una

perspectiva de género, que no había abordado antes de manera explícita dentro de mi producción intelectual. El tercero, asumir la solicitud de las Tejedoras de Vida, de recoger y analizar su experiencia desde las voces de las mujeres, no a partir de teorías académicas, y escribirla en un lenguaje sencillo, no especializado, y lo más comprensivo posible.

Me esmeré en acoger sus recomendaciones y solo incorporé algunos conceptos académicos que consideré necesarios, pero traté de explicarlos de la manera más fácil de entender. Así mismo, dejé en el texto unas pocas citas y fuentes de información que consideré muy relevantes. Espero haberlo logrado.

Sus contenidos

El libro inicia con un capítulo que ofrece expresiones históricas del pasado adverso que han enfrentado las mujeres y reconstruye, como en una línea del tiempo, momentos clave e hitos en el camino que han recorrido con sus luchas para transformarlo. En un segundo capítulo recoge, desde las propias voces de las Tejedoras de Vida, las violencias que han padecido. El tercero se centra en su proceso organizativo, hace memoria de las causas que le dieron vida, su momento fundacional, su desarrollo y consolidación, y sus logros y desafíos. El cuarto analiza el proceso como experiencia de construcción de paz. Con esta intención, recoge desde las comprensiones y vivencias de paz, hasta los métodos que las Tejedoras de Vida del Putumayo han utilizado en su trabajo por la paz, sus logros, desafíos, y sus lecciones aprendidas. El quinto recoge y analiza las lecciones aprendidas de la experiencia de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, que inspiraron e hicieron posible este texto.



Mándala elaborada por mujeres vinculadas a la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, con elementos autóctonos de las tradiciones y costumbres de los pueblos indígenas, en el encuentro realizado para reconstruir su proceso de construcción de paz.

Registro fotográfico de Tejedoras de Vida
24 de junio de 2024.



Capítulo 1

A pesar de su adverso pasado, las mujeres han construido otra historia y trabajan por la paz

Es innegable, para la mirada experta o la común, la evidente discriminación que han padecido las mujeres a través del tiempo, en el contexto universal y nacional, en ámbitos urbanos y rurales, aunque en unos de estos escenarios más que en otros. Pero también, en forma esperanzadora, la historia y distintos estudios han dado cuenta de plurales esfuerzos de las mujeres para transformar esta realidad impuesta desde lo político, lo social, lo económico y lo teológico. Así se ha reflejado, especialmente desde finales del siglo XVIII (Alcañiz Moscardó, 2004).

Este capítulo ofrece una mirada histórica sobre algunas posturas y acontecimientos que registran expresiones de discriminación y exclusión hacia las mujeres, todos ellos sin fundamento, que han materializado y justificado diversas formas de violencia contra ellas. Desde estructurales, como el racismo, el machismo, la dominación y la miseria, entre otras, hasta las directas en sus variados repertorios, como la violencia de los conflictos armados internos. También, la intrafamiliar o doméstica, la de género, el narcotráfico y demás.

Además, en esta sección del libro se reconocen y evidencian realidades promisorias. Principalmente, acciones y procesos emprendidos por las mujeres a nivel universal, regional y nacional que han ido consolidando, de menos a más, sus luchas en procura de su igualdad, emancipación, reconocimiento en la diferencia, el ejercicio de sus derechos y su empoderamiento.

El difícil pasado que ha pesado sobre las mujeres

A lo largo de la historia –en algunos momentos con mayor énfasis que en otros–, ha sido reiterada la estigmatización y el prejuicio sobre la mujer, y se han ofrecido distintos argumentos, a todas luces erróneos, que han intentado plantear su supuesta inferioridad (De Beauvoir, 1981). Así se ha evidenciado, en concepciones teológicas que la asocian al mal, como la del pecado original o a la hechicería, cuando tenían conocimientos especiales y se les quemaba en la hoguera. También, en la expresión peyorativa de algunos filósofos y en concilios de la Iglesia católica, como el de Macon, se debatió sobre si las mujeres poseían alma. Esta deliberación concluyó con el reconocimiento de tal condición en las mujeres, aunque solo por una escasa mayoría de tres votos.

Se agregan a las descritas anteriormente, sistemas como el patriarcal, que impuso la superioridad masculina desde la familia y en todas las estructuras de la sociedad, y que se tornó hegemónica o dominante, perpetuándose de generación en generación y en todos los tiempos (Gutiérrez de Pineda y Vila de Pineda, 1992). Así mismo, en normativas jurídicas o basadas en la costumbre de distintos países y épocas, se les han negado a las mujeres derechos fundamentales, como elegir y ser elegidas, ir a la universidad y realizar estudios superiores, investigar y ser reconocidas por las investigaciones realizadas, administrar bienes heredados, conservar la vida ante la ira e intenso dolor de sus esposos y recibir la misma remuneración que perciben los hombres cuando desempeñan una idéntica labor, entre otras.

En el siglo VI, a. C., el filósofo Pitágoras afirmó que “hay un principio bueno que ha creado el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos, las tinieblas y la mujer”; y Aristóteles, filósofo de la antigüedad griega, expresó que “la hembra es hembra en virtud de cierta falta de cualidades” (De Beauvoir, 1981, p. 12). Más tarde, Santo Tomás de Aquino se referiría a las mujeres como “hombres frustrados” y “seres ocasionales” (De Beauvoir, 1981, p. 12). El filósofo Arthur Schopenhauer, hacia 1819, manifestó que las mujeres “eran animales de cabellos largos e ideas cortas” (Schopenhauer, 1819, 2008). En el código romano, para limitar los derechos de la mujer, se invocaba “la imbecilidad, la fragilidad del sexo”. En una historia más reciente, se llegó a afirmar que la mujer era menos inteligente que el hombre porque el encéfalo de su cerebro pesaba menos (De Beauvoir, 1981, p. 56).

Los tiempos en que vivieron estos personajes y sus apreciaciones sobre la mujer resultan muy lejanos en la historia, pero de muchas maneras los sentí vigentes en mi visita al Putumayo, durante el trabajo de campo realizado para recoger las voces de las Tejedoras de Vida. Los relatos de las mujeres reflejaron en variados e inimaginables repertorios la carencia o la poca valoración que han recibido en el entorno próximo de sus familias y hogar y, en el más amplio, de la sociedad en general, algo que ellas identificaron como un “desprecio o menosprecio, siempre presente y doloroso” (Putumayo, 2023).

En sus narrativas, ellas manifestaron que esta realidad se reflejaba en un trato violento expresado en “golpes casi hasta la muerte”, huidas con sus hijos en el campo y durante la noche para evitar ser golpeadas por sus maridos cuando regresan ebrios a casa o al ser abusadas por sus parientes más cercanos y, en algunos casos, por los de sus maridos. También, en el marco del conflicto interno armado, al tener que presenciar el asesinato en dimensión de terror de sus maridos, hijos u otros seres queridos, ser violadas o intimidadas por parte de grupos armados, padecer la desaparición de integrantes de su hogar, y tener que desplazarse, generalmente en más de una ocasión, y para evitar que sus hijos fueran reclutados o para protegerse del accionar de dichos actores, dejando atrás los pocos o muchos bienes que poseían y el trabajo duro de tantos años, entre otras actividades a las que se dedicaban (Putumayo, 2023). En el Putumayo, estos no han sido acontecimientos aislados, sino recurrentes y generalizados.

Superando el pasado, un camino con logros y desafíos

Las mujeres comenzaron a dar pasos firmes, tendientes a la superación de su adverso pasado en el siglo XVIII. Por una parte, comenzaron a surgir en hombres más democráticos, otras posturas sobre las mujeres (De Beauvoir, 1981). Diderot, por ejemplo, buscó demostrar que la mujer era un ser humano como el hombre, y Stuart Mill asumió su defensa y escribió junto a su esposa, Harriet Taylor, el libro *La emancipación de la mujer* (De Beauvoir, 1981; Alcañiz Moscardó, 2004). Por la otra, se registraron los primeros antecedentes del que se conocería, a mediados del siglo XIX, como el movimiento feminista. El primero de ellos se identifica en 1791, durante la Revolución Francesa, y consistió en la Declaración de Derechos de la Mujer y de la Ciudadana, escrita por Olimpia de Gouges; el segundo fue representado en la obra: *Vindicación de los derechos de la mujer*, elaborada por Mary Wollstonecraft, a finales del siglo XVIII (Alcañiz Moscardó, 2004).

En esta memoria del pasado no puede desconocerse la importancia de la lucha de las mujeres por el voto universal, a mediados del siglo XIX, que algunos consideran como el acontecimiento que marca el surgimiento del feminismo. En un primer momento este movimiento se centró en el reconocimiento de la igualdad. En 1837, Charles Fourier, partidario de esta causa, fue el primero en introducir el término *feminismo*, difundido y popularizado por Marguerite Durant en el diario *La Fronde*. En los sesenta, el feminismo abrazó la causa por la liberación femenina, afirmando que “lo personal también era político”. Vendrían después los aportes de dos mujeres fundamentales: Betty Friedan, quien creó en 1966 la primera organización de mujeres en los Estados Unidos, y Simone de Beauvoir, considerada como la primera teórica del feminismo moderno. En los setenta, se reconoció un tercer momento del feminismo, caracterizado en la lucha por el reconocimiento de la diferencia entre los géneros (Alcañiz Moscardó, 2004).

El movimiento feminista en América Latina

La región de América Latina no fue ajena a los esfuerzos transformadores de las mujeres para desmontar el adverso e injusto pasado que pesa sobre ellas. En este escenario, desde principios de los ochenta del siglo XX, las mujeres iniciaron un proceso para reconocerse, afirmarse y articularse, que algunas estudiosas del feminismo han identificado como un “movimiento de mujeres” o “feminismo latinoamericano” (León, 1994; Vargas, 1994; Jaquette, 1994; Villarreal Méndez, 1994).

Se identifican rasgos importantes compartidos por las mujeres latinoamericanas que, si bien no se relacionan de manera directa con los ideales que inspiraron después al feminismo de la región, fueron significativos como expresión de su liderazgo y capacidad de lucha. En primer lugar, la larga tradición de movilización política de las mujeres, desde las luchas de la independencia libradas contra la corona española en el siglo XIX, hasta las emprendidas por las guerrillas revolucionarias a finales de los cincuenta o en las décadas de los sesenta y los setenta, según cada caso, del siglo XX (Jaquette, 1994). En segundo lugar, la lucha por el sufragio universal, generada en países latinoamericanos, aunque, según algunas estudiosas del feminismo, no había ningún vínculo con este.

El movimiento sufragista fue liderado por mujeres de clases alta o media alta, que generaron agendas reformistas, no radicales, sobre problemáticas de la mujer. Al respecto, en Ecuador, país que tradicionalmente era reconocido por

sus relaciones feudales y no por su tradición democrática liberal, se otorgó el derecho al voto a las mujeres, en 1929; en Brasil, Uruguay y Cuba, a comienzos de 1930, y en Argentina y Chile, que contaban con los más altos indicadores en alfabetismo e ingresos per cápita, no lo reconocieron sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, Perú, México y Colombia lo hicieron en la década de los cincuenta (Jaquette, 1994).

La incidencia de la modernidad

El feminismo de la región se ubica a finales de los setenta del siglo XX, en un contexto de dictaduras en varios países, transiciones a la modernidad y el surgimiento de diversos actores y movimientos sociales (Vargas, 1994). A mediados de la década y centuria señalados, comenzaron a surgir movimientos de mujeres al interior de algunos países latinoamericanos. Salvo México, Brasil y un poco Venezuela, las organizaciones de mujeres de los restantes países eran muy incipientes, pues contaban aproximadamente con solo dos años de existencia y tenían poca claridad sobre cómo abordar el movimiento en América Latina.

Sin embargo, se vieron favorecidas por la transición hacia la modernización, en términos de mayor acceso de la mujer a la educación; las migraciones; la urbanización acelerada; la ampliación de mercados de trabajo, y los antagonismos entre discursos que promovían la subordinación y los que reclamaban la emancipación. La expansión de la modernidad llevó a que las mujeres cuestionaran los órdenes establecidos, la naturalización de la subordinación y, a su vez, intentaran generar acciones colectivas dotadas de sentido feminista (Vargas, 1994).

En los orígenes del movimiento feminista de América Latina se hizo visible un amplio sector femenino, que algunas estudiosas caracterizan como de clase media, rebelde, que cuestionaba los rígidos y limitantes moldes tradicionales que marcaban el destino de las mujeres en la sociedad. Eran mujeres mayoritariamente intelectuales, y con experiencia política, desarrollada desde los setenta y particularmente en la izquierda. En aquel momento histórico, las mujeres estaban fuertemente influenciadas por la izquierda, aunque ya comenzaba a vislumbrarse la necesidad de autonomía. En ese contexto, se hablaba de feminismo socialista, feminismo popular y feminismo revolucionario (Vargas, 1994).

A finales de los setenta, tomó fuerza la idea en los emergentes movimientos de mujeres de trascender sus propias fronteras para reunirse e intercambiar con otras experiencias organizativas de la región. En este momento y bajo

esta perspectiva se ubica el origen del feminismo en América Latina, específicamente en 1981, fecha en la que se realizó el primero de cinco encuentros latinoamericanos que reuniría cada dos o tres años a distintas vertientes de mujeres latinoamericanas.

El primer encuentro se efectuó el año mencionado en Bogotá, Colombia, y fue descrito como un “encuentro mágico”, por ser el primero y hacer posible el reconocimiento de la hermandad. El segundo se realizó en Lima, Perú, en 1983. Ahí comenzaron a desentrañarse los nudos y el patriarcado fue analizado en veinte talleres simultáneos dirigidos por mujeres feministas. El tercer encuentro se llevó a cabo en Bertioga, Brasil, en 1985, y en él se asumió que la subjetividad de las mujeres era fundamental y estaba por encima de las anteriores formas estructuradas de organización. El cuarto encuentro se efectuó en Taxco, México, en 1987, siendo el primer escenario en el que surge la confrontación enriquecedora frente a la diversidad y su tensión con la homogeneidad, especialmente en su significación como estrategia para avanzar. En esa perspectiva, se definió la utopía feminista más en términos de lo que no se quería, que con relación a lo que se aspiraba. El quinto encuentro se realizó en San Bernardo, Argentina, en 1990. En él se incorporó la democracia como aspiración y el valor del movimiento feminista. Sin duda, influyó en esta decisión el contexto del encuentro, caracterizado por la crisis de los gobiernos autoritarios de la región, los procesos de transición, la caída de los regímenes del Este y la crisis de la izquierda en ese momento (Jaquette, 1994).

Llamó la atención el creciente número de participantes en cada encuentro, que reflejaba la expansión de las organizaciones feministas en los países latinoamericanos. En el primero esperaban 150 mujeres y se presentaron 230; en el segundo la expectativa era de 350 y llegaron 650; en el tercero se aguardaba la participación de 700 y acudieron 1.000. En México, la concurrencia alcanzó las 1.500 asistentes (Vargas, 1994).

En el naciente feminismo de América Latina se identificaron tres vertientes: la integrada por las propias mujeres feministas; la de mujeres cuyas organizaciones y luchas se ubican en espacios institucionalizados, como sindicatos y partidos, y la de mujeres de sectores populares que han tomado conciencia de su condición subordinada y han ido empoderándose como actores políticos (Vargas, 1994).

Desde entonces y hasta el momento actual, el empoderamiento ha sido una estrategia fundamental utilizada por el movimiento de mujeres para avanzar en el proceso de transformación de la sociedad. No obstante, también se ha

convertido en un medio para lograr un mayor poder tanto a nivel individual como colectivo, impulsando acciones conjuntas. Este empoderamiento se origina en la toma de conciencia y, por ende, fomenta el desarrollo de capacidades y potencialidades en las mujeres.

La incidencia de los gobiernos autoritarios

En la historia política latinoamericana, en buena parte de los países de esta región, se han registrado momentos caracterizados por ciclos de gobiernos dictatoriales o autoritarios, así como periodos de gobiernos civiles. La década de los setenta marcó una recaída de regímenes autoritarios en Argentina, Brasil y Perú, y el surgimiento de una dictadura en Chile. Sin embargo, más adelante en la misma centuria, se produjeron nuevamente transiciones hacia la democracia en esos países, excepto en Chile. Estas transiciones fueron bellamente definidas como “aperturas políticas en el sentido más amplio de la palabra, caracterizadas por una voluntad general para repensar las bases del consenso social y revisar las reglas del juego” (Jaquette, 1994, p. 127).

En este contexto de regímenes militares autoritarios, las mujeres tomaron postura, asumieron riesgos y dejaron huella. En Argentina, desde 1975, se incrementaron las manifestaciones masivas de las mujeres en defensa de los derechos humanos, que se convirtieron en el eje central de la lucha por el final de las dictaduras. Movimientos como el de las Madres de la Plaza de Mayo generaron un impacto de enormes proporciones, que aún está vigente, y encarnaron en ese momento histórico la indignación nacional. En similar sintonía, en Uruguay y Chile, las mujeres fueron las primeras en protestar contra la violación de los derechos humanos (Jaquette, 1994).

Algunas estudiosas destacan que los movimientos feministas de la segunda mitad de los setenta representaron una segunda dimensión en el crecimiento y la autodefinición del movimiento de mujeres. Por un lado, mujeres profesionales y desencantadas de los partidos de izquierda crearon nuevas organizaciones feministas al sentir que sus preocupaciones no eran tomadas en serio. Por otro lado, la resistencia de las mujeres a los regímenes militares de la época les ofreció la oportunidad de incluir temas de la causa feminista y la oposición civil general, por ejemplo, el trato a las prisioneras políticas, y la violencia contra la mujer en la casa y en la calle, entre otros. Y se suma la movilización de las mujeres pobres de las zonas urbanas, quienes sufrieron con mayor intensidad el impacto de la depresión económica de los ochenta (Jaquette, 1994).

Posteriormente, el movimiento feminista latinoamericano, en algunos países más que en otros, incorporó la paz dentro de sus ideales y sus causas. Así, las mujeres comenzaron a empoderarse como juezas de paz y en temas como la mediación, especialmente en países como Argentina y Chile. En otros países, como Colombia, las organizaciones feministas en su gran mayoría se implicaron profundamente en los esfuerzos por la construcción de paz; es el caso de organizaciones como Ruta Pacífica de las Mujeres, la Organización Femenina Popular (OFP), la Asociación de las Mujeres del Oriente Antioqueño (Amor), la Casa de la Mujer Vamos Mujer y la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, que ha inspirado este libro.

El feminismo en Colombia

El movimiento feminista también floreció en Colombia. Algunas académicas se remontan al periodo neogranadino para destacar la manera en que muchas mujeres se separaron de su rol tradicional para alistarse en las guerrillas de la época, en el marco de los conflictos bélicos de ese momento histórico. También destacan el protagonismo de las mujeres de los sectores populares, quienes evidenciaron una gran valentía y capacidad de oposición a las autoridades de la corona española, aunque la documentación de estos acontecimientos sea insuficiente (Martínez Carreño, 2001). La misma fuente refiere diversos acontecimientos, desde 1781 hasta la lucha por la independencia, en los que las mujeres, en su condición de civiles, lideran motines, arengan a las masas para instarlas a participar en diversas luchas o se articulan para apoyar la causa de la independencia.

Otras analistas de este proceso identifican como antecedente del movimiento feminista en este país la divulgación de artículos y medios de comunicación sobre propuestas feministas que se generaban en Europa y los Estados Unidos, con antelación a la década de los setenta. Y aseguran que, a mediados de los setenta, surgieron los primeros movimientos feministas en este país (Villarreal Méndez, 1994). No obstante, es necesario reconocer el surgimiento temprano de algunas organizaciones de esta naturaleza, por ejemplo, de la Organización Femenina Popular (OFP), cuya fundación es anterior a la década mencionada. Además, señalan que, a partir de 1977, surgen nuevas organizaciones feministas distanciadas de la izquierda, que han tomado conciencia frente al patriarcado y la necesidad de luchar por espacios propios (Villarreal Méndez, 1994).

Algunas estudiosas de este movimiento identifican dos periodos importantes de su dinámica en Colombia: el primero, delimitado entre 1975 y 1982, en el que se registra un auge de movimientos sociales y organizaciones feministas, en un contexto de crisis económica, radicalización de la sociedad y represión estatal a la protesta social. El segundo, que abarcó desde 1983 hasta 1991, se caracterizó por diversos acontecimientos: la búsqueda de solución negociada del conflicto armado interno; la necesidad de un cambio institucional que hiciera posible la apertura a la participación política y, junto a estos, el narcotráfico en su expresión más intensa terrorista, así como el surgimiento y la consolidación de grupos paramilitares (Villarreal Méndez, 1994).

Desde entonces hasta hoy, sin lugar a duda, las organizaciones feministas en Colombia han luchado por sus derechos fundamentales, los derechos humanos y la paz. Han recorrido un camino y, a partir de su experiencia, han trazado nuevos caminos; han asumido altibajos; han dejado huella de su andar, y se han transformado y han transformado a otros, a su entorno y a la nación. Han efectuado significativas transiciones en un país marcado por violencias históricas y recurrentes: “de la casa a la plaza” y “de víctimas a constructoras de paz”. Frente a toda suerte de pérdidas por el impacto múltiple de violencias de niveles inimaginables de barbarie y degradación, han procurado sanarse unas a otras escuchándose, reconociéndose unidas en la vivencia de un mismo dolor y de una historia de vida dura que se repite de muchas maneras en otra, en otras o en todas.

En el marco del conflicto armado interno de este país, las organizaciones feministas han manifestado que “las mujeres no paren hijos para la guerra” y “que la paz sin las mujeres no es paz”; han resistido sin violencia a estructuras y poderes excluyentes y a todos los actores armados; han denunciado valientemente lo injusto, y han creado experiencias como la de la Ruta Pacífica, que conformó su propia comisión de la verdad para reconstruir la memoria histórica de las violencias que las convirtieron en víctimas y aportar a la verdad.

Algunas investigadoras han destacado que estas organizaciones han tenido una presencia activa en los procesos de paz realizados en la última década, por ejemplo, en el reciente proceso de paz entre el Estado (bajo el Gobierno de Santos) y las FARC, lograron mantener una comisión de género que trascendió hasta el Acuerdo Final de Paz suscrito por las partes en 2016 (Rojas, 2009). En un sentido similar, en el *Informe final, Hay futuro si hay verdad*, de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No repetición, se destaca el trabajo por la paz de las mujeres en Colombia:

Las organizaciones de mujeres y de lideresas han roto el círculo vicioso de las violencias. Frente a tanta muerte y destrucción declaran su no contundente a la guerra, su resistencia pacífica y su defensa a la vida y la dignidad (CEV, 2022).

Si bien, aquí o allá, ayer u hoy, las luchas de las mujeres han ido desmontando buena parte del pasado adverso, excluyente y difícil, aún persiste la herencia de un patriarcado altamente arraigado en sistemas, estructuras, normativas y prácticas consuetudinarias que prolongan la idea de inferioridad y sumisión de las mujeres y que nutren las diversas violencias que se infligen sobre ellas. Así lo veremos en el capítulo siguiente, sobre las violencias que han convertido en mujeres heridas a las Tejedoras de Vida del Putumayo.



Mural: *María Quintero*

María salía a comprar la ropa del bebé porque ya tenía siete meses de embarazo. Ella se vino con el papá porque él tenía un motor. Llegaron a Puerto Colón y ella se quedó allá con el hermanito. Cuando habían comprado la ropa del bebé, llegaron dos en una moto que eran los “paracos”. La pusieron en medio y se la llevaron a donde ellos mataban. Allá la colgaron de la cintura viva y le abrieron la barriga y le sacaron al bebé, le cortaron la cabecita y jugaron pelota con la cabeza del bebé. Cuando llegó don Quintero, se fue a reclamar a su hija y a él también lo mataron.

Testimonio de una mujer que presenció estos hechos ocurridos el 2 de febrero de 2001, *para que la verdad NO muera y para que NO se repita*. Este relato fue recogido por las Mujeres Tejedoras de Vida para rendir homenaje a María y a todas las víctimas de violencias inimaginables, con el propósito de que permanezcan vivas en la memoria y como demanda de justicia, verdad y reparación.



J. Cadavid. 18

Capítulo 2

Las violencias extremas que han herido a las Tejedoras de Vida del Putumayo

Este capítulo se sitúa en el Putumayo, un departamento con características propias, en el que se expresan al mismo tiempo: una diversidad extraordinaria, la belleza de una naturaleza exótica, la riqueza de significativos recursos naturales, una problemática de violencia generalizada, arraigada, profunda y prolongada y, al mismo tiempo, esfuerzos persistentes y ejemplarizantes de construcción de paz, liderados y dinamizados por las Tejedoras de Vida del Putumayo. Asimismo, se centra en las narrativas e historias de vida de estas mujeres y su trágica relación con la violencia, un fenómeno siempre presente del que no es posible escapar, como cuando se está atrapado en un callejón sin salida y se recuerda después como pesadilla. Las mujeres cuentan en esta parte del libro que, sin importar su edad, lugar de residencia o el transcurrir del tiempo, la violencia, en cualquiera de sus modalidades, las ha acechado en el interior de sus hogares, lugares específicos o indeterminados de los caminos, las esquinas de los sectores locales que habitan, en la noche más oscura o bajo plena luz del día y las ha convertido en *mujeres heridas*.

El Putumayo y sus violencias

El departamento del Putumayo se ubica en el suroccidente de Colombia, en la Amazonía occidental de este país y tiene una extensión territorial de 24.885 km² (Kauffman, 2019, p. 19). Cuenta con una población de 348.182 personas, de las cuales 49,3 % son mujeres. Está integrado por tres regiones: alta, media³ y

.....

3. El medio Putumayo está integrado por tres municipios: Mocoa, la capital de departamento, Villagarzón y Puerto Guzmán. Esta región ha recibido un significativo impacto del conflicto armado interno.

baja⁴, en un total de trece municipios. Dentro de su población se encuentran quince pueblos indígenas (Dane, 2018).

A excepción de los pueblos originarios de este departamento, la conformación territorial y poblacional del mismo ha estado determinada, en buena medida, por economías extractivas (CNMH, 2011). Primero, la del caucho, generadora de la violencia conocida como *la cauchería*, que casi diezmó a algunos de estos pueblos entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Esta violencia fue perpetrada inicialmente por la Casa Arana y luego por la alianza entre esta y Peruvian Amazon Company, de origen británico (Hernández Delgado, 2014, pp. 511-512; CNMH, 2014).

Luego vendrían las economías de extracción de madera, pieles y petróleo, entre 1963 y 1976, y de coca, desde 1977 (CNMH, 2011). Un rasgo relevante de este departamento es su frontera binacional por el sur con Ecuador y Perú. Además, es rico en recursos naturales y en biodiversidad; también en recursos minerales e hidrocarburos, estos últimos en la región del bajo Putumayo, y cuenta con ricas fuentes hídricas, entre ellas, el río Putumayo.

Las Tejedoras de Vida han expresado que distintas coyunturas y situaciones límite las han llevado a encontrarse de frente con diversas violencias de las mencionadas anteriormente. Sin embargo, sus narrativas se repetían una y otra vez, en unas modalidades más que en otras, en las siguientes violencias: la del conflicto armado interno, la estructural de la miseria, la intrafamiliar y la del narcotráfico.

A su vez, hacen visible la manera en que estas violencias se relacionan y re-actualizan entre sí y sus vasos comunicantes, que muchas veces hacen que unas conduzcan a las otras. Por este motivo, luego de un breve contexto, este capítulo se centra en las violencias mencionadas y las describe a partir de las historias de vida y las entrevistas aplicadas durante el trabajo de campo realizado a estas mujeres valiosas y valientes.

.....

4. El bajo Putumayo representa la región que ha soportado un mayor impacto de diversas violencias: conflicto armado, narcotráfico, y explotación de hidrocarburos, entre otros. La integran los municipios de Puerto Caicedo, Puerto Asís, Puerto Leguizamó, Orito, Valle del Guamuez y San Miguel. Se destaca también su ubicación en frontera internacional.

El conflicto armado y su expresión en el Putumayo

En el Putumayo, el conflicto armado interno armado se ha expresado con intensidad desde la segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX y ha evidenciado unas características propias.

La primera, el surgimiento de plurales actores armados, como insurgencias⁵ tempranas que no alcanzaron su consolidación, otras que negociaron las paces parciales de comienzos de los noventa y las extintas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) que, desde su emergencia en 1984 hasta la firma del acuerdo final de paz en 2016, se habían convertido en el actor armado dominante. También, grupos paramilitares que desde 1987 hasta hoy han desplegado su accionar en ese departamento, con un breve lapso de pausa entre 2002 y 2006, durante el proceso de desmovilización y sometimiento a la justicia realizado en el Gobierno del expresidente Uribe Vélez con estos grupos armados.

La segunda, la degradación de este conflicto expresada en su múltiple impacto sobre la población civil y en las dimensiones de barbarie y terror que todos sus actores han ejecutado sobre una pequeña población que no alcanza los trescientos cincuenta mil habitantes en el departamento.

La tercera, la imposibilidad de lograr un mayor impacto en el Putumayo de la paz negociada con las FARC en 2016 y del sometimiento a la justicia pactado con los paramilitares en 2006.

La cuarta, las transiciones valiosas que se han generado y que es necesario aprovechar como ventanas de oportunidad: la de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz, que ha hecho posible la existencia de Tejedoras de Vida del Putumayo, y la de actores políticos armados, a actores políticos y constructores de paz en la democracia, que surgió a partir del acuerdo final de paz con las extintas FARC (Hernández Delgado, 2022, pp. 31-57). De igual manera, se agregan a las anteriores, características relacionadas con las respuestas pacíficas de la población civil frente a este conflicto.

5. Es el caso de la insurgencia denominada Fuerzas Unidas Populares Guerrilleras (Fupag), que operó en el municipio de Villagarzón.

La quinta, la capacidad de resistencia no violenta de los y las putumayenses, casi que excepcional en el caso de las mujeres que la han liderado y también de los pueblos indígenas y afros, que les ha permitido, perfectamente, en medio de las distintas dinámicas de este conflicto, proteger sus territorios, culturas y formas de organización.

La sexta, el rol protagónico de las mujeres, especialmente de las Tejedoras de Vida del Putumayo, quienes —desde una férrea voluntad, la valentía de verdaderas heroínas y unas estrategias muy inteligentes— han desarrollado una labor de construcción de paz. Esta labor les ha permitido defender mínimos vitales como la vida y demás derechos fundamentales, evitando que sean arrasados totalmente por las lógicas de este conflicto bélico y, a su vez, animando su terminación y transformación por vía negociada. También ha posibilitado que las mujeres se empoderen de la paz y desplieguen su poder pacífico transformador desde resistencias no violentas, mediaciones para la paz, la protección de la naturaleza y del ambiente y la recuperación de la memoria histórica y de la verdad frente a su victimización, entre otras. Además, han dado visibilidad al Putumayo en el contexto nacional e internacional, en sus fortalezas y en sus problemáticas profundas (Hernández Delgado, 2022, pp. 31-57).

Emergencia y consolidación del conflicto armado interno en el Putumayo

Desde finales de la década de los setenta, este departamento ha sido escenario de expresión del conflicto armado interno, especialmente sus regiones del medio y el bajo Putumayo. En 1977, hizo presencia en el municipio de Villagarzón el movimiento insurgente de las Fuerzas Unidas Populares Guerrilleras (Fupag), aunque su duración fue muy corta (CAJSC, 1993, p. 99).

A partir de 1980, operaron por algún tiempo tanto la guerrilla del Movimiento 19 de abril (M-19), que diez años después realizó un proceso de paz con el Gobierno de Barco, así como la insurgencia del Ejército Popular de Liberación (EPL), que hizo presencia en este territorio en 1983 y también realizó un proceso de paz, en este caso, con el Gobierno Gaviria en 1991 (CAJSC, 1993, pp. 100-101).

Diversas razones convertían al Putumayo en un territorio propicio para el surgimiento de guerrillas: en ese momento era un territorio de colonización; con economías extractivas; la carencia o insuficiencia de inversión social por parte del Estado; la bonanza del petróleo, minera, maderera y de la coca; la presen-

cia de empresas petroleras y del narcotráfico, que podían generar fuentes de financiamiento de grupos armados; una fuerza pública señalada en algunos casos por vínculos con grupos armados y, por ende, sin relaciones de confianza con sectores de la sociedad civil, y una zona de fronteras con selvas y los ríos Putumayo y San Miguel, con Ecuador y Perú y en frontera nacional con el río Caquetá, en límites entre Caquetá y Putumayo, cuyos factores han facilitado la concentración estratégica y la movilización de tropas, armas y drogas. Se suman a las anteriores, las condiciones de marginalidad en que vivían quienes residían allí y la corrupción administrativa (CAJSC, 1993, p. 102).

En 1984, emergió en el Putumayo la guerrilla de las FARC, que primero incurrió en Puerto Guzmán con el frente 32 y a comienzos de 1991 ocupó los espacios que dejó el EPL, con los frentes 13 y 48 (CAJSC, 1993, p. 102). A partir de ese momento, este actor armado logró su consolidación en este departamento y ejerció allí un importante control territorial. Entre 2010 y 2016, realizó un proceso de paz con el Gobierno Santos que, en su etapa de negociaciones, alcanzó el acuerdo final de paz.

En cuanto a los paramilitares, hicieron presencia en el Putumayo, en 1987, a través de Los Combos y Los Masetos, grupos armados directamente ligados al narcotráfico. Para entonces, Rodríguez Gacha⁶ había llegado a este departamento huyendo de la persecución que contra él habían iniciado el cuerpo élite de la Policía y el Ejército (CAJSC, 1993, p. 68; CNMH, 2011, p. 14). En 1999, emergieron las Autodefensas del Bloque Sur Putumayo, que inicialmente hicieron parte de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y luego, en 2002, del Bloque Central Bolívar (Kauffman, 2019, p. 14). Desde el 9 de enero hasta el 30 de noviembre de dicho año, este grupo armado realizó masacres en diversos corregimientos y veredas de la región del bajo Putumayo: El Tigre, El Placer, La Dorada, Brisas, El Empalme y El Vergel (CNMH, 2011, p. 20).

En tiempos de posacuerdo, se ha hecho visible en el Putumayo el accionar de grupos armados que representan una tercera generación y una nueva moda-

.....

6. José Gonzalo Rodríguez Gacha, identificado como El Mexicano, fue un narcotraficante reconocido como un importante pilar del cartel de Medellín y amigo de Pablo Escobar Gaviria. Hizo parte del grupo de Los Extraditables, quienes se opusieron a la extradición y declararon una guerra al Estado para impedir la aprobación de esta medida. La violencia desplegada por este grupo fue denominada narcoterrorismo. Se le vinculó con la creación de grupos paramilitares y por agenciar el exterminio de la Unión Patriótica, partido creado en el marco de las negociaciones del Estado, en el Gobierno Betancur, con las FARC. Murió en diciembre de 1989, en un operativo de la fuerza pública dirigido a darle captura.

lidad de violencia, por ejemplo, La Constru, grupo paramilitar que opera en zonas urbanas de las regiones media y baja del Putumayo (Gobernación del Putumayo, 2017). También, disidencias como el Frente Carolina Ramírez (FCR),⁷ que hace parte de la línea disidente Gentil Duarte y los Comandos Bolivarianos de la Frontera (CDF).⁸ A estos se agregan: el Bloque Comandante Jorge Briceño, estructura 62 —disidente de las extintas FARC— y Sinaloa, La Mafia y los frentes disidentes 32, 48 y 49 de la extinta organización. Se considera que esta última generación de actores del conflicto armado está directamente asociada a intereses del narcotráfico (Fundación Paz y Reconciliación Pares, 2022). Estos grupos no solo han generado zozobra y violencia extrema, sino que han incidido negativamente en la implementación del acuerdo final de paz y han impedido que la paz negociada con las extintas FARC logre alcances en ese departamento.

Expresiones directas del conflicto armado interno desde las narrativas de las Tejedoras de Vida

Entorno a la realidad que viven las mujeres, diversos informes y algunos estudios han evidenciado el gran impacto de los conflictos bélicos sobre el género femenino (Zulver, 2022). Ellas pierden a sus compañeros y, generalmente, tienen que desplazarse y quedar a cargo de sus hijos para recomenzar sus proyectos de vida en lugares que no les ofrecen las condiciones necesarias de acogida. En otras ocasiones, son violentadas o amenazadas sexualmente, tienen que presenciar el asesinato o la desaparición de sus seres queridos o padecen el reclutamiento forzado de sus hijos, entre otros.

Para 2020, según estimativos de la Unidad Nacional para la Atención y la Reparación Integral de las Víctimas, casi 4,5 millones de mujeres habían sido víctimas de este conflicto en Colombia (Zulver, 2022). Algunas estudiosas del tema destacan un continuum de género en esta violencia, explicando que los hombres y mujeres padecen muertes, torturas y abusos diferentes en las

.....

7. Hasta finales de 2018 era conocido como el Frente 1. Su nombre proviene de una guerrillera que murió en combate en ese departamento.
8. En este grupo confluyen diversos actores del crimen organizado que ya hacían presencia en el territorio desde el 2018, tales como La Constru, La Empresa, La Mafia Sinaloa e integrantes del otrora Frente 48 de las FARC-EP (Odevida, 2022).

guerras, con base en las condiciones físicas que son propias a cada sexo y los significados que tradicionalmente se han atribuido al cuerpo masculino y al femenino (Cockburn, 2004; Zulver, 2022).

En esta parte del libro se registran expresiones directas del conflicto armado interno en el Putumayo y su afectación sobre las mujeres, al igual que las voces de las Tejedoras de Vida, describiendo su victimización en el marco de esa confrontación bélica. Repertorios de violencia generalmente perpetrados en dimensiones de barbarie y terror.

La violencia sexual contra las mujeres en el Valle del Guamuez: las masacres de El Tigre y El Placer

La subregión del bajo Putumayo está integrada por seis municipios: Puerto Asís, Puerto Caicedo, Orito, San Miguel, Puerto Leguízamo y Valle del Guamuez. A su vez, esta última localidad se divide en siete Inspecciones de Policía; dentro de ellas se ubican El Tigre y El Placer (Kauffman, 2019).

Los paramilitares hicieron presencia en el departamento en 1998, por medio del Bloque Sur Putumayo, que pertenecía a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), y operaron allí desde 1999 hasta 2002. Sus primeras bases militares las establecieron en Puerto Asís. Posteriormente, con la desintegración de las AUC, hicieron parte del Bloque Central Bolívar que ejerció un dominio territorial entre 2002 y 2006, fecha en la que se desmovilizaron, producto del proceso de sometimiento a la justicia en el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez (CNMH, 2011).

Las narrativas de las mujeres de El Tigre y El Placer, documentadas en investigaciones previas, evidencian no solo una práctica degradada, que impacta de manera profunda a las mujeres, sino que, en el Valle del Guamuez, la violación sexual fue empleada como instrumento de guerra por los paramilitares de las estructuras militares mencionadas (Kauffman, 2019; Delgado, 2021). En el caso de El Tigre, el 9 de enero de 1999, casi a la medianoche, 150 paramilitares del Bloque Sur Putumayo ingresaron a esta inspección a sangre y fuego; sacaron a las personas de sus casas y de los establecimientos comerciales; arrodillaron a los hombres y mataron al azar a 28 de ellos; desaparecieron a 14 personas; incendiaron casas y vehículos; tomaron el cuerpo de las mujeres, y perpetraron en forma indiscriminada violencia sexual contra ellas. Además, ordenaron a los sobrevivientes desplazarse bajo la amenaza de que regresarían y los asesinarían a todos (CNMH, 2011).

Se destaca que las mujeres violentadas sexualmente en la masacre de El Tigre se organizaron después como Asociación Violetas de Paz que, a su vez, hace parte de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, lo que evidencia esa transición “de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz”, como señala el título de este libro. Su propósito ha sido el de sanarse a ellas mismas, recuperar sus proyectos de vida, reconstruir su tejido social y trabajar en procura de la reconciliación, que entienden como liberar el odio y prepararse para el perdón.

Respecto de El Placer, a plena luz del día, el 7 de noviembre de 1999, 36 paramilitares, también del Bloque Sur Putumayo, llegaron en camiones y dispararon indiscriminadamente. Sacaron a las personas de sus casas y de la iglesia, los obligaron a colocarse boca abajo en el piso y así asesinaron a 11 residentes en esa inspección. Desde entonces, se quedaron allí hasta su desmovilización en 2006, establecieron bases militares, se apoderaron de sus casas y del cuerpo de las mujeres, ejerciendo violencia sexual sobre ellas (CNMH, 2012).

Colegios y escuelas convertidos en objetivos militares

Durante el trabajo de campo, los colectivos pertenecientes a Tejedoras de Vida del Putumayo relataron que, en el lapso de dominio de grupos paramilitares en algunas localidades del departamento, los centros educativos fueron convertidos en objetivo militar. Las actividades estudiantiles debían ser reportadas a este actor armado, pues desconocerlos provocaba en ellos expresiones de terror (colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Por entonces, Fátima Muriel se reunió con docentes en el colegio San Carlos, de San Miguel. Los paramilitares cuestionaron el porqué no les habían pedido permiso para estas reuniones y los educadores les manifestaron con firmeza que los colegios estaban al margen de la guerra. Al finalizar una de estas reuniones, los maestros se encontraron con un aro de alambre al que le habían insertado una pluralidad de orejas de seres humanos. Estas eran diversas: grandes y pequeñas, blancas, trigueñas y negras. Parecía clara la intencionalidad de este actor armado con este hecho de violencia: aterrorizar y sembrar miedo (colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

El caso registrado en la vereda El Guadualito, ubicada en el Valle del Guamuez, fue destacado también por las mujeres, cuando los paramilitares asesinaron a padres de familia que jugaban un partido de fútbol un domingo y luego expusieron sus cabezas en los pilares del cerco. Estos hechos fueron presenciados por los niños y sus familias, y originaron el desplazamiento de los habitantes de la

vereda y el cierre de la escuela. En la actualidad, el lugar es ocupado por la Empresa Petrolera Gran Tierra (colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

A los casos anteriores se suma el de la escuela Monterrey, en la vereda de San Miguel. Allí llegó un lunes la docente Clara Solarte, para iniciar su jornada de la semana y encontró a su comunidad asesinada, incluyendo a sus alumnos. El impacto de este acontecimiento escabroso le produjo un infarto mortal que apagó su existencia (colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Vías públicas, escenarios de la barbarie

En el mismo periodo de dominio de grupos paramilitares, las vías públicas se convirtieron al mismo tiempo en escenarios y testigos mudos del accionar degradado de este actor armado. Durante el trabajo de campo, las Tejedoras de Vida refirieron dos experiencias que describen los efectos directos del conflicto armado en sus vidas y territorios.

En una primera experiencia, algunas mujeres de esta organización habían tomado un bus de transporte público para desplazarse hacia alguna localidad del departamento. Durante el trayecto, en algún punto de la carretera, tuvieron que presenciar cómo los paramilitares desmembraban al dueño de la gasolinera y a su ayudante. Dicen que se bajaron a toda prisa del vehículo para alejarse aterrorizadas del lugar y allí se encontraron con la segunda experiencia de barbarie; más adelante encontraron siete taxis de servicio público en la carretera, con sus conductores adentro totalmente incinerados (colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Las Tejedoras de Vida relatan su victimización en el marco de la confrontación bélica

A continuación, se relacionan apartes de las entrevistas realizadas a Tejedoras de Vida del Putumayo, durante el trabajo de campo, relacionadas con su victimización por cuenta del conflicto armado interno. Estos relatos son impactantes por lo que representan en sí mismos como hechos victimizantes. Es imposible evitar que la imaginación se desplace con el desarrollo de la narrativa a los escenarios donde se perpetraron, los repertorios de violencia que se emplearon en el momento de su ejecución, la dificultad extrema que vivieron las mujeres y el sufrimiento profundo que experimentaron durante y después de la victimización de cada caso narrado. Pero también, son impactantes porque evidencian que no son hechos aislados que se experimentan una sola

vez, dado que, como se observa en los apartes siguientes, han sido diversos los actos violentos que estas mujeres han padecido, en distintos momentos de sus vidas, incluso, algunas veces de manera sucesiva.

Así, en algunos casos han sufrido el desplazamiento forzado y también han perdido seres queridos por cuenta de diferentes actores. En otros, han sufrido desplazamiento, hostigamientos y amenazas, o han sido secuestradas y violadas. En general, las narrativas en su conjunto evidencian que estas mujeres han vivido en una zozobra continuada por la presión e incertidumbre que les imponen a ellas, sus familias o comunidades, todos los actores del conflicto armado.

Cada aparte de las entrevistas podría ser objeto de reflexiones profundas y aprendizajes relevantes sobre la manera en que los conflictos bélicos afectan a las mujeres en escenarios como el Putumayo, donde se registra la presencia y el accionar continuo y degradado de sus actores. También, sobre el empoderamiento pacifista de las mujeres, el valor de sus esfuerzos organizativos y de su trabajo por la paz. A su vez, posibilitan transitar del desconocimiento o la aproximación insuficiente a esta realidad a través de los medios de comunicación, al conocimiento real de esta problemática, soportado desde las voces de quienes las viven.

La dureza de la vida por los conflictos bélicos y pérdidas de seres queridos por cuenta de distintos actores

(...) eso de la violencia sí son cosas tremendas que no solamente me han marcado una vez, sino varias veces. Viví cosas tristes en la niñez. Me tocó vivir una violencia de los paras y todo eso, a nosotros nos tocaba dormir en cafetales, nos tocaba dormir por allá donde sembraba mora, nos llevaban, nos escondían en cuevas para que no llegaran a acabar con toda la niñez. Uno llora tanto, yo digo en este momento como mujer adulta, mi alma llora, asesinaron a un gran amigo, tengo dos hermanos muertos y dos sobrinos asesinados, dos por los paramilitares, uno por la guerrilla y uno por el Ejército; pero la vida sigue y debemos seguir en la lucha. Por eso digo: no me ven llorar, no me ven las lágrimas porque ya se me acabaron, pero mi llanto está en mi alma y en mi corazón (tejedora de vida 3, medio Putumayo, 2023).

Desplazamiento forzado y pérdida de seres queridos

Me casé de diecisiete años y nos fuimos con mi esposo a una finca grande y muy bonita que él había heredado, porque sus padres habían

fallecido muy jóvenes, y quedó mi esposo como de albacea de toda la finca. Después, esa finca lo que causó fue dolores de cabeza, porque con el tiempo vino la guerrilla, empezó a pedir vacuna, a amenazar, asesinaron a muchos compañeros ganaderos. Entonces, nos tocó salir, dejar todo hasta hoy allá. Salimos todos con los brazos cruzados, porque nos quitaron el bote, el ganado, el carro, la moto. Y a Julio, mi esposo, le hicieron dos atentados; en el último pensaron que lo habían matado, pero se recuperó, quedó con su problema en el manejo del brazo derecho, porque todavía tiene los tiros en la espalda, pero pues mejor tener los tiros allí que haberlo operado porque la operación de la columna era muy peligrosa y podría quedar cuadripléjico (...) después, el asesinato de dos hermanos. Uno era funcionario de salud y el otro trabajaba en la gobernación, era mecánico de la gobernación porque él era tornero. Eso fue muy duro para la casa, para la familia. Menos mal que mi papá y mi mamá ya habían fallecido y no en esa guerra, en la que uno no sabía quién mataba. Eso era una cosa horrible (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 2023).

La idea de crear un barrio se facilitó por la necesidad de las mujeres que padecían violencia

(...) comencé ya con la ilusión de formar el barrio que tanto quise y le dije al candidato: yo le ayudo, pero si usted me ayuda con una tierra para mujeres, porque a mí me sorprendía, sin conocer el contexto del Putumayo, que uno iba a las casas y encontraba muchas mujeres en una casa y les preguntaba y me decían: “Es que nos desplazaron por la violencia”, “Es que nos desplazaron por la fumigación” o “Nos separaron y nos vinimos para acá”. En las casas vivían 3, 4 o 5 mujeres y yo comencé a convocar a las mujeres para buscar tierra, averiguar los precios y ver de qué manera lo podíamos adquirir. Un político nos ayudó con un proyecto para los servicios básicos (agua, alcantarillado y energía), y como yo era la presidenta de la junta de acción comunal, realizamos varias mingas para pagar el diseño topográfico y arquitectónico, para luego rifar los lotes. Así fue como se fundó el barrio hoy llamado San Andrés (Ocoró, 2016).

Desplazamiento por amenaza de reclutamiento de los hijos: “yo no parí hijos para la guerra”

(...) mi desplazamiento de la comunidad donde vivía fue por mis hijos, porque me los iban a reclutar. Mi pelea anteriormente en mi comunidad era la lucha por la defensa de la juventud, aconsejándolos, orientándolos-

los, dialogando con las familias. Cuando se nos desaparecía un joven lo buscábamos, nos lo entregaban, pero después de eso vino la rebeldía contra mis hijos. Yo tenía tres hijos, me dijeron: “Usted tiene tres hijos, dos para que trabajen de servicio a la sociedad, defendiendo derechos de la sociedad y el otro, que se vaya de sapo al gobierno”. Yo les dije: “Mire, perdónenme la palabra, pero todos merecemos respeto, yo no parí hijos para la guerra, a mí me enseñaron a criar hijos para hacer el bien, no para hacer el mal. Yo no parí hijos para la guerra, entonces, les pido el favor de que cuando yo no esté en mi casa, ustedes no vengán a perturbar a mis hijos, a ponerlos en riesgo” —porque era un camino y por ahí pasaba mucha gente—, “yo no quiero involucrarlos, porque yo no comulgo con ningún grupo armado, con ningún grupo ni legal ni ilegal” (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 2023).

Desplazamiento forzado por hostilidades y amenazas a partir de posturas de resistencia pacífica

Una vez llegaron pidiéndome alimentos y yo les dije: “Mire, yo soy madre y padre y lo que yo me gano escasamente es para darles de comer y de vestir a mis hijos y a mis hijas, entonces perdónenme. Hasta un bocado de agua les puedo regalar, pero yo alimento no les doy, porque uno ya sabe, ustedes mismos o cualquiera de ustedes van a decir que yo les doy alimentos, que yo me presto. Qué pena, pero no”. Se fueron y ese día me dijeron: “Bueno, entonces, como la situación con usted es un poquito dura, entonces, usted mire a ver qué hace”. Después de eso comenzaron a vigilarme. Como yo estaba rodeada de potreros y de montaña, me robaron. Una vez yo me fui a trabajar y mis hijos al colegio. Cuando yo llegué por la tarde, la casa estaba revuelta, me robaron los documentos míos, los de mis hijos, se me perdieron gallinas, cositas; entonces, yo les dije que mejor trabajen y que cojan oficio. Yo participaba en organizaciones con el padre Alcides y les contaba mi situación, entonces, ellos me dijeron que era mejor que me saliera, que había un riesgo inminente (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 2023).

Persecución sucesiva de distintos actores armados

Me salí entonces para Caicedo, pero ya siguió otra arremetida, porque ya los paramilitares cayeron, acosando a mis hijos y a mi sobrino que vivía conmigo. Ellos estaban estudiando y ya después llegó la primera amenaza de los paramilitares. Que yo no podía salir al campo y ese era mi trabajo, porque yo entré a trabajar a Selva Salud y teníamos que

recorrer 63 veredas, juntas de acción comunal, cabildos y resguardos. Entonces, eso me tocaba por fuerza mayor; cuando yo llegaba, ahí mismo me recogían, me decían que les diera información, que quiénes eran los jefes guerrilleros, que quiénes colaboraban (...) Una vez nos cogió un guerrillero apodado El Diablo, eso sí fue tenaz. Él nos retuvo y nos acusó de paramilitares, que nosotros éramos paracos y que ellos iban a acabar con los indios, porque la mayoría éramos sapos. Entonces, charlamos con él, nos quitó la moto, después nos amenazó. Yo lo escuché y luego le dije: “Perdóneme, hijo, porque él era joven, le voy a decir con todo el respeto que todas y todos nos merecemos: ¿su familia sabe lo que es usted?”. Se quedó pensando y al rato me dijo: “Señora, discúlpeme, pero mi familia lo que sabe es que yo soy un gran médico, no saben que yo soy lo que soy”. Eso no más me dijo y se fue (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 2023).

El sufrimiento de las maestras en contextos de fuego cruzado entre actores armados

(...) cuando me gradué en la normal superior, por tener las notas altas, por ser bachiller de la normal, me dieron la oportunidad de trabajar de na vez como docente y yo me fui a San Miguel, porque mi mamá ya tenía muchas deudas y mis hermanos también seguían estudiando (...) Cumplí 18 años y me fui. Allá uno mira otro tipo de violencia, porque allá está el conflicto armado. Viví las presiones aéreas de ese entonces, los disparos entre militares y guerrilla y uno ahí en el medio. Como docente, uno tenía que coger los niños y meterse en las zanjas para que las balas pasaran por encima. Cuando uno salía, como mujer y docente, sola, porque tocaba una hora en carro y otra hora ponerse botas y camine, entonces, en el camino empezaba el tiroteo, uno tenía que meterse donde fuera y así era mi vida y así fui madurando (Chasoy Chasoy, 2023).

Un hijo retenido y torturado, una madre buscándolo y una comunidad respaldándolo

Mi niñez hasta los 16 años fue buena, vivimos tranquilos, no había tanta violencia en ese tiempo; todavía no había coca. Entonces, hasta ahí me acuerdo de que vivíamos tranquilos en las fincas; crecimos con el cariño de los dos papacitos. Éramos hartos los hijos; fuimos 12 hijos y mi mamá no más era cocinar y darnos de comer. Y mi papá trabajaba allá con plátano y minando oro; con eso nos sostenía. Minando en la quebrada donde sacaba oro, a mi papá lo mordió una culebra y con ese veneno de

esa culebra, mi papá murió. Cuando mi papá ya falleció, mi mamá quedó con la última niñita de 5 años; mi mamá no era enseñada a trabajar. Yo vivía aparte y con lo que podíamos le ayudábamos. Había un hermano mayor, era soltero, entonces, él se comprometió a darle un mercadito semanalmente para que ella no sufriera. Él trabajaba en otras fincas, le daban trabajo y él sacaba para la remesa de mi mamá y ella tenía que bajar cada ocho días con el costalito para que le diera la remesa. Un día ella salió y el hijo por ningún lado, y la gente le decía: “Anoche lo vimos, él estaba aquí, y que había sido el Ejército que lo había cogido de sospechoso porque, según ellos, era guerrillero”. No, él era solo un trabajador. Lo habían enterrado vivo hasta el cuello y un chorro de agua toda la noche. Le habían dicho los soldados que a las seis de la mañana le pegaban el tiro. Él se dijo: “Si me van a matar, cuando llegue la hora, voy a pegar el último grito para que alguien me escuche que aquí me van a matar”. Y pegó un grito durísimo y seguro los asustó a ellos, porque no se animaron a matarlo. Lo sacaron y lo mandaron a un salón de una escuelita que había ahí y lo encerraron y que él se defendiera como pudiera. Ellos ya lo dejaron botado ahí. “Pregunten, investiguen quién soy”, les decía mi hermano; “No me vayan a hacer daño”. Un muchacho pasaba y le dijeron: “¿Usted conoce a tal persona?”. Él dijo: “Sí”. Mi hermano le dijo: “Busque a mi mamá, que me ha de andar buscando”, y el muchacho corrió a buscarla y preguntó donde ella hacía la remesa y le dijeron: “Sí, ella anda por aquí buscándolo preocupada”. Cuando la encontró, le dijo: “Venga, vieja, su hijo está acá, algo le pasó anoche y lo tiene encerrado el Ejército, que no da la orden para que lo suelten y que era guerrillero para ellos”. Cuando ya le dijeron, la comunidad, el sargento o el coronel, ella se le fue y se le colgó de un brazo y no lo soltaba, parecía la esposa y le decía: “Hasta que no me entregue mi hijo, no lo suelto. A mí me entregan a mi hijo, investiguen quién es mi hijo, aquí lo conoce toda la comunidad, es un muchacho trabajador y está respondiendo por mí y los hermanos”. Entonces, tanta gente que se reunió, habló y entendieron, y el militar hizo caso y lo soltó (tejedora de vida 4, 2023).

Intentaron ejecutarlo en presencia de su esposa por su labor como docente, para que los jóvenes no se vincularan a grupos armados

El 28 de diciembre del año 2004, unos señores nos dijeron que los llevaríamos. En el río siempre le dicen a uno: “Llévenos a tal parte”. Y los llevamos. Se subió un muchacho muy joven y dijo: “Llévenos”, y nosotros los

llevamos a cierta parte del río, y se subieron otros cuatro. Yo nunca miré que estaban armados. Nos desviaron por el río Caquetá, a un brazuelo; yo sabía que por ahí no pasaban botes y yo ya sentía como nervios. Mi mamá empezó a llorar, porque no sabíamos quiénes eran, qué era lo que pasaba. En el momento en que el bote arrimó, a mi esposo lo hicieron salir y lo empujaron y lo hicieron arrodillar en la playa; el que iba adelante le apuntó con un arma. Yo no sé en qué momento fui y abracé a mi esposo, fue tanto el abrazo que le di, y mi esposo les dijo, que si lo iban a asesinar que no fuera delante de mí y de mi mamá. Y les preguntó por qué lo iban a asesinar. A mí me golpearon, pero yo no lo soltaba. Nos hicieron subir al bote y nos cruzaron del río, de la playa en la que estábamos hacia el otro lado. Nos tuvieron todo el día, hasta las cinco de la mañana. Siempre se comunicaban por radio; no sabíamos qué pasaba. Cuando, en un momento, nos dijeron que ya nos dejaban ir. Mi esposo pregunto que por qué lo habían cogido a él, qué sucedía. Le dijeron que, como era de una comunidad indígena, él les hablaba mucho a los jóvenes de que no se fueran a la guerrilla. Le dijeron que no podía estar con los jóvenes insinuándoles que no se fueran, que dejara que ellos vieran lo que hacen (tejedora de vida 5, medio Putumayo, 2023).

Un falso positivo en territorio indígena y operativos contrainsurgentes

Vengo del municipio de Santa Rosa, Cauca. Me siento indígena pasto y tuve la dicha de caminar este territorio del Putumayo desde la edad de seis o siete años. A Mocoa llegamos a hacer trueque con unas familias de Pasto. No éramos ricos de cosas materiales, pero sí éramos ricos humanamente; teníamos medicina propia, manualidades, artesanías propias, todo era elaborado por nosotros mismos. En Mocoa no había cabildos organizados, quedamos de organizarlos y le dije a una compañera: “Digamos que yo voy a acompañar aquí esto”. Con el tiempo, me regresé después de haber ayudado a organizar aquí en Mocoa cabildos, porque aquí todo el mundo se creía gringo, pero lastimosamente eran más indios que los que nos criamos indios. Yo fui víctima directa desde el ochenta, fecha en que mataron a mi padrastro. Si estoy aquí contando la historia es porque no era mi hora. Lo pasaron por guerrillero y era un anciano inválido que se había molido en el trapiche que había de madera. En ese primer momento tuve que sufrir las consecuencias de las alas de la violencia. Luego, ya a mi padrastro lo sepultamos y escuchábamos la forma que nos tiraban, el mismo Ejército, el Estado, porque el primer grupo que llegó allá en ese momento era el M19. Allá, donde los

mayores son nadie y no conocían gente armada. Fue muy duro, porque mientras sepultaba a mi padrastro, el Ejército andaba echando bombas en las cañadas y uno teniendo la familia dispersa en el territorio; uno no sabía en qué momento a otro qué familiar tenía que sepultar. Yo estaba esperando el segundo bebé en ese entonces. Sepulté a mi padrastro, luego cogieron a un familiar porque él tenía una escopeta y era el único hijo mayor que mantenía a los otros hermanos y a la mamá. Esa era el arma de casería, decimos nosotros. El Ejército entró y lo cogió diciendo que era un guerrillero, cuando yo salía de la vereda —y me tocó aligerar porque era a una hora del caseño—, entonces, yo llego y lo tenían amarrado. En ese tiempo fue muy duro. Lo tuvieron amarrado desde las cuatro de la mañana, diciendo que ellos eran cómplices. Agarraron a mi primo y a mi tío y que si les iba mal a ellos, agarraban y acababan conmigo. Ver que uno sin hacer nada, sin deber nada y que lo lleguen a atropellar así, eso es muy duro, y de parte del Estado. Al llegar a ver a mi primo amarrado, esposado, estaban esperando para traérselo a Mocoa. Yo de una vez tiré lo que traía y dije: “Oiga, señor, usted. Él es un pariente. ¿Por qué lo tienen allí?”. Dijo: “Que le encontraron un arma”. Yo dije: “Sí, él tiene un arma, porque es el que mantiene la familia, la mamá y los hermanos”. Y todo el mundo calladito por el temor de lo que había pasado. Después se pudo comprobar que esa arma era lo que yo decía y lo hice soltar (tejedora de vida 2, medio Putumayo, 2023).

Esposo y padre secuestrado y desaparecido en el marco del conflicto armado

En el año 2000, los paramilitares llegaban al Putumayo, mataban y se iban. Después de este año, llegaron a La Hormiga para fijar allí su residencia. Escogían las casas más bonitas y se establecían en ellas. Mi esposo trabajaba en la alcaldía como maestro de obra. Él tenía un cargo de planta, pero también se iba a trabajar a las veredas vendiendo queso y pollo para poder subsistir, porque la vida era muy costosa. El día de su secuestro, yo estaba en Pasto, operada. Él dejó a las niñas con la empleada y se fue a trabajar a la inspección El Placer. A su regreso, a eso de las cuatro de la tarde, paró un carro de paramilitares, lo subieron al carro y le quitaron la moto. Anduvieron con la moto como un mes hasta que la acabaron; luego de un mes, la vendieron a unos amigos de una amiga. En el carro que lo subieron había más jóvenes; habían cogido más personas, iba lleno de hombres que habían cogido y se los trajeron para La Hormiga. En la noche, dicen que regresó el carro, empezaron a gritar y a balar. Parece que los torturaron toda la noche; se

sentían balidos de los que iban torturando, porque allí había muchas fosas. Después de un tiempo, esas fosas estaban rebotadas de cadáveres, llenas. Entonces, los paramilitares le dijeron a los colegios que no dictaran clases por una semana, para así poder sacar los cuerpos. Durante una semana, allí donde vivían los paramilitares, salían personas con bolsas negras, no se sabe si los tiraban al río o los enterraban, pero las personas de El Placer dicen que veían muchas bolsas que bajaban como peces por el río, eso decía la gente. Yo estaba operada; cuando supe que él no llegaba, me enloquecí. Él era un hombre bueno, no se metía con nadie, no entiendo cómo le paso eso. Mi cuñado, que era en ese tiempo secretario de la Alcaldía, tenía muchos amigos; se fueron a buscarlo a diferentes veredas y cuando llegaron a El Placer, fueron donde los paramilitares y ellos les dijeron que ya era tarde, que ya no había nada que hacer, que se fueran, que ahí estaba peligroso. Luego salió el comandante, amenazando, junto con otros paramilitares y dijeron que si no se iban, cogían otros dos de los que estaban. Ahí fue donde se dieron cuenta de que efectivamente los paramilitares habían cogido a mi esposo (tejedora de vida 8, 2023).

Pérdida de seres queridos y persecución por motivos ideológicos

Soy nativa de aquí, de Mocoa, Putumayo. La situación mía y de mi familia ha sido persecución, más que todo por la parte ideológica. Hace muchos años mis hermanos maestros fueron perseguidos. Llegaban a la casa con revólver a levantar hasta el colchón, a buscar qué teníamos de subversivos, las cosas y nos perseguían mucho. Mi hermano tuvo que salir, le hicieron tres atentados en La Hormiga y en Puerto Asís; igual, lo desaparecieron. Luego, yo estaba en el sindicato en el Putumayo y también fui amenazada. Me hacían mucha guerra psicológica, llegaban en moto a mi casa, llegaban al colegio a preguntar por mí. Yo vivía en una crisis terrible. Finalmente, yo trabajaba en el instituto de la noche y por mi casa rondaba una camioneta. Pasaba y pasaba, y yo me preguntaba qué era eso, por Dios. Ese día no sé por qué no fui a trabajar; mi esposo trabajaba en el Goretti y salía a las 11.30. Él me estaba esperando; llegaron y de una le tiraron la camioneta. Fue un milagro que se salvara, porque yo venía con mi niño, nos tiraron la camioneta y cayó la moto y quedó por debajo. Entrando al barrio, toda la gente salió a gritar, entonces, los tipos se asustaron, salieron y se fueron. Y salieron y se metieron al Ejército. Se colocó la denuncia y cuando llegamos allá, me dice un señor de la Fiscalía: “Profe, venga, no importa que esté herida su hija o

su esposo, que la moto la pierda. Quédese callada, porque a usted y a su familia los quieren matar los paramilitares”. ¡Terrible!, uno no sabe qué hacer ante esas cosas (tejedora de vida 4, medio Putumayo, 2023).

Desplazada por el narcotráfico y al pueblo al que llegó la guerrilla lo destruyó

Soy del Valle del Cauca. Mi padre se murió cuando yo tenía dieciocho meses y me cogieron mis abuelos. A mi padre lo mataron por quitarle una liquidación; él quería dejar de trabajar en el ingenio y colocar su propio negocio, entonces, había retirado una parte de la plata para venir a comprar la casa, los terrenos y ver el negocio; pero lo mataron. Mi mamá se fue para el Valle otra vez y a mí me tocó quedarme con mis abuelitos. Me crié con ellos hasta que tuve cinco años y medio. Mi abuela lavaba oro y cayó un aguacero y le dio pulmonía y se murió. Y mi abuelo se murió al año de pena moral. Entonces, le tocó a mi madre volver otra vez a su tierra para criar cuatro hermanos pequeños que le quedaron, que los tenía el abuelito. Luego, cuando fui joven, me enamoré de un muchacho y tuve tres hijos. Hicimos una casita en la finca de mi mamá, pero usted sabe que uno siempre es ambicioso. Él me daba plata y de lo que él me daba para la remesa yo iba guardando un poquito; lo que me iba sobrando yo lo iba ahorrando. Yo veía que esa gente vendía la hoja de coca por arroba y me dije: “¿Y por qué no me pongo a sacar lo mismo?”. Yo veía que prosperaba; me puse a comprar y cuando ya empecé a sacar, yo empecé a darle y darle y eso me estaba resultando. Ya me había hecho mi casa, la había amoblado, ya tenía un capital, pero me eché enemigos. Me faltaban once días para salir de mi segundo hijo y estaba como enferma. Le dije a la muchacha que hiciera el almuerzo y llegué y me acosté; entonces, mi mamá mandó por la niña y se la mandé. A los quince minutos de haberla mandado, sentí un olor a gasolina; cuando quise ver la gasolina corría con la candela. Yo traté de salvar mi vida, entonces, salí. Afuera, atrás de la casa, yo tenía dos tambores de gasolina y a lo que se recalentaron, explotaron y arrancaron la casa de raíz. Quede solo con la bata de dormir que tenía puesta, mi marido con una pantaloneta, porque se andaba bañando en el río y mi hija, con el vestido con el que la abuela la había llevado y el tetero. Mi esposo dijo: “Vámonos para San Miguel, que yo allá conozco y allá puedo llegar a trabajar de una vez”. Y nos fuimos para San Miguel. Llegamos y empezaron los enfrentamientos entre Los Macetos. Después, ya empezó la guerrilla y ahí —para no hacer el cuento largo— fueron 205 tomas de la guerrilla al pueblo, la bomba fue en el 2013. En

el 2005, nos tiraron 65 cilindros, desaparecieron 29 casas y, vea la mano de Dios, yo digo que la mano de Dios estaba en ese pueblo, llegaba y entraba el cilindro a una casa con material dentro y había nueve personas y no explotó, apenas echó humo y no explotó. En eso, los paramilitares entraron y eso fue un problema (tejedora de vida 4, 2023).

La violencia sexual que padecieron las Mujeres Tejedoras de Vida en el marco del conflicto armado interno

En el marco de los conflictos bélicos, de carácter nacional o internacional, la violencia sexual es utilizada como estrategia de guerra y las mujeres representan la población más afectada por esta modalidad de violencia. Según el Registro Único de Víctimas (RUV), en Colombia, al menos 32.446 personas han sido víctimas de violencia sexual, de las cuales, el 92,5 % han sido mujeres. A su vez, de los 1.294 casos relatados ante la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), 1.154 personas fueron víctimas de este tipo de violencia: 89,51 % fueron mujeres y 10,49 % hombres. Así mismo, el mayor hecho victimizante fue la violación, seguido en su orden por el acoso sexual, la amenaza, la obligación de realizar actos sexuales y la desnudez obligada. Los hechos menores fueron: el aborto y el embarazo forzado. En cuanto a los mayores escenarios de ejecución de esta violencia, se privilegiaron los rurales y, por grupos etarios, las más afectadas fueron las mujeres entre los 12 y los 28 años (CEV, 2022).

Según el Grupo de Trabajo de Género de la CEV, la violencia sexual puede ser comprendida en los siguientes términos:

Todos aquellos actos de naturaleza sexual perpetrados por uno o varios de los actores del conflicto armado, sobre personas puestas en estado de indefensión, y cuya voluntad es sometida no solo a través de la fuerza física, sino también por diversas modalidades de coerción y/o engaño (CEV, 2022).

También, en el marco del conflicto armado, las Tejedoras de Vida han sido violadas, abusadas o intimidadas sexualmente. En algunos casos, bajo acusación de que la víctima era informante de su enemigo, dados sus frecuentes viajes, y en otros, a cambio de la libertad del hijo secuestrado. Si bien las causas aducidas son distintas, la víctima es la misma: la mujer, que por su misma condición y a juicio de los actores armados, es a quien se inflige este tipo de violencia.

Secuestrada y violada por movilizarse por varios lugares para trabajar

Para el año 1999, que es cuando los paramilitares entran a la inspección de El Placer, yo trabajaba junto con mis dos hijos en el contrabando y vendiendo productos de catálogo. Yo vendía gasolina en los diferentes depósitos en los que se distribuían estos productos, y pasaba desde El Placer hasta El Empalme, que ya es Nariño. A mí nunca me pusieron problema en el retén de El Placer; pero, en el año 2002, cuando regresaba de entregar los productos, en el puente para llegar al varadero, en el retén de los paramilitares, a mí me bajaron, me tuvieron secuestrada casi quince días, durante los cuales hicieron conmigo lo que quisieron. Alegaban que como yo trabajaba para El Empalme, que supuestamente yo era comunicadora de la guerrilla. Yo les decía a ellos que por qué no preguntan a los presidentes de juntas de acción comunal, porque la entrada que nosotros hacemos a El Empalme, Gavilanes, El Amarradero, La Libertad, a Santa Lucía, a todas las veredas por allá, era porque la junta de acción comunal nos había avalado para que pudiéramos trabajar (tejedora de vida 1, bajo Putumayo, 2023).

Violada por rescatar a su hijo retenido por actor armado

He pasado etapas muy difíciles que han marcado mi vida. Una de ellas, de las más grandes, ha sido el secuestro de mi hijo de catorce años en el 2003. Yo era concejal del municipio y tuve esa valentía, no sé cómo saqué esas agallas de mujer. Mi hijo no llegaba, luego de salir del colegio un sábado, porque se había ido a hacer unas tareas. Me preocupé y agradezco mucho a una persona que no desfalleció y me llamó en una esquina y me dijo: “Váyase usted solita, que su hijo lo cogió la guerrilla y, por favor, ignore que yo le he contado”. Cogí una moto y llegué allá. Había un negro afuera y llegué con una valentía la verraca, y entre diciéndole: “Entréguenme a mi hijo”. Y ese negro me dijo: “¿Cuál hijo?”. Dije: “Aquí tienen a mi hijo y yo no me voy hasta que yo me lleve a mi hijo”. Entonces, dijo: “Vea, hable con el comandante que está allá al lado”. El comandante era Garganta, jamás se me olvida. Él me dijo: “Usted está loca, ¿cuál muchacho? Aquí no tenemos nada”. Yo le dije, hablando duro: “Me entregan a mi hijo”. Yo hablé duro como para que mi hijo me escuchara que ahí estaba su mamá. Entonces, me dijo: “¿Quién fue ese hijo no sé qué, que le contó?”. “A mí nadie me ha contado, pura intuición de mamá”, le contesté. Me dijo: “¿Asume las consecuencias para entregarle al muchacho?”. “Yo las asumo”, le dije como tres veces. “Saquen al mu-

chacho”, ordenó. Sacaron a mi hijo, que estaba sin camiseta, pues se la habían quitado. Yo no hice sino abrazarlo y él me abrazó. Yo dije: “Nos vamos”, y me dice el Garganta: “Un momento, se va él, pero se queda usted”. Mi hijo iba a decir algo, pero yo le dije: “Váyase, hijo, y me espera allá abajito”. Eso fue tan duro, tan verraco. El Garganta me dice: “Usted dijo que asumía las consecuencias, ¿cierto, señora?”. “Sí, yo dije que asumía las consecuencias”. Me llevó a una pieza donde él estaba y me violó por detrás. Para mí, siempre que yo recuerdo eso ha sido un martirio y me hago la fuerte, me hago la vieja más verraca, pero no lo crea. Recuerdo que yo no me quería bajar el pantalón y él me decía: “Bájate, vieja hijueputa”, y llegó con esa cacha y mire las consecuencias de lo que él me hizo aquí con la cacha. Eso fue un martirio para mí muy grande, fue horrible. Me quise separar de mi marido porque odié a los hombres, para mí no valía un hombre. A mi hijo no lo odié, pero los otros hombres para mí eran lo peor de lo peor (tejedora de vida 2, 2023).

La violencia intrafamiliar

Esta modalidad de violencia se encuentra dentro de las recurrentes en Colombia y se asocia de manera generalizada con el sistema patriarcal. Su impacto trasciende la familia, dado que la afectación que produce en quienes la padecen de manera directa tiene potencialidad para generar efectos a lo largo de la vida; pero también, afecta a la sociedad, dada la condición de la familia como transmisora de valores y prácticas sociales.

La afectación en las mujeres es múltiple, en un repertorio que va desde su pérdida de autoestima, hasta la posibilidad de ser asesinadas por sus maridos o compañeros, materializada en feminicidios cuyos estimativos crecen en Latinoamérica y en Colombia (Comisión de estudios sobre la violencia, 1987). A su vez, distintos estudios han evidenciado, por ejemplo, la incidencia de esta violencia en los jóvenes, dado que facilita su vinculación con grupos armados en el marco del conflicto armado interno o en bandas de delincuencia organizada (Hernández Delgado, 2000).

La violencia intrafamiliar puede comprenderse como aquella que encuentra su origen en la equivocada consideración de que el hombre es superior a la mujer y el adulto al joven, y en la que se recurre a la violencia física o emocional para resolver la conflictividad.

En el Putumayo, la violencia intrafamiliar se ha expresado en maltratos físicos, emocionales y psicológicos a las mujeres —algunas veces casi hasta la muerte—;

trabajos excesivos que se les impone desde su más tierna edad; imposibilidad de imaginar un mundo diferente al injusto que siempre han conocido; desprecio no solo por la mujer, sino también —en algunos casos— de madres hacia sus hijas por nacer; embarazos producto de violación; el limitado cuidado a la niñez frente a abusos sexuales y de toda naturaleza, y matrimonios arreglados de niñas de doce años en algunas culturas indígenas, entre otros. Esta violencia hace parte de un pasado adverso que han padecido las mujeres y que sigue pesando en cada presente, que socializa relaciones destructivas entre el hombre y la mujer, en las familias y el uso de la fuerza para resolver la conflictividad.

Expresiones del patriarcado

Yo tuve unos padres muy buenos, muy lindos y sabios. Mi papá es originario de Tierradentro, es nasa; y mi madrecita era netamente paísa. Entonces, tengo las dos mezclas, pero mi inclinación fue más hacia mi nacionalidad nasa. Nos criamos cinco hermanos con mamá, quien fue padre y madre. A mí no me gustaba el tema de la espiritualidad, nunca me gustó, por una sencilla razón: porque uno mira desde niño el machismo, uno no sabe qué es el machismo, pero uno lo mira y lo vive. La mujer no puede estudiar, la mujer es como se dice para ser la sirvienta, la que cría los hijos, la que barre, bueno, es la zoila. A mí no me gustaba la espiritualidad, porque yo veía que tomaban, se emborrachaban, peleaban, muchas cosas negativas; como tiene positivas tiene negativas. Yo me hice adulta y, por no tener una buena orientación, de pronto me conseguí un tipo que, bueno, me lo encontré en la basura, pero bueno, vivimos una vida muy espantosa, mis hijos vivieron una vida muy espantosa. Hasta cierta edad yo manejaba un lema; porque uno mira y en todo el sentido de la palabra, la culpable siempre es la mujer, nos señalan, nos acusan (tejedora de vida 3, medio Putumayo, 2023).

Machismo y maltrato familiar

Nací en Nariño, mis padres nos trajeron acá, al Putumayo. Yo tenía diez años. Mi padre muy machista. Somos cinco hermanos. Soy la única hija mujer, pero no tuve privilegios por ser la niña de la casa. Nos dejaba tareas que cumplir en el campo, trabajos que eran muy pesados. Mi madre siempre me defendía y por defenderme siempre se ganaba sus golpes, porque mi papá era muy estricto. Él decía que la mujer no se preparara, sino pa'l hogar y tenía que aprender a cocinar, ir a campo, ir al pantano a ordeñar. Yo le tenía mucho miedo al ganado y no era

capaz de ir a ordeñar, porque teníamos un ganado muy bravo y a mí me sacaban corriendo las vacas. Yo iba a ordeñar y yo era subida en unos árboles, porque no podía y me castigaban en ese tiempo. Mi papá nos hacía arrodillar y era con rejo que nos castigaba, porque no cumplíamos las tareas que nos dejaba. Yo era la mujer, pero era la que más sufría porque yo no podía cumplir con las tareas que me dejaba (tejedora de vida 5, medio Putumayo, 2023).

Abuso sexual desde la familia

(...) desde mi niñez siempre ha sido de violencia. Primero, una situación bien difícil que no se ha podido sanar, que ha sido la violación de un tío, que nunca lo he contado (...) la inocencia mía me llevaba a que yo no contara. Es que no hablaban de la sexualidad, sino que uno pensaba que eso era un juego, que era normal. Yo tenía siete u ocho añitos (...) También, la experiencia de vivir en una casa donde mis padres tomaban mucho y mi madre fue siempre maltratada y nosotros alrededor suyo, sufrimos toda esa violencia, porque no podíamos dormir, ya que, cuando estábamos durmiendo, mi madre gritaba que no le pegaran y eso ha marcado mucho nuestras vidas. Cuando me casé, también viví violencia, que es difícil, pero que en últimas uno mismo va sanando y va conociendo los derechos y diciendo hasta aquí no más (tejedora de vida 2, alto Putumayo, 2023).

Soportó violencia intrafamiliar para defender el derecho de sus hijos a estudiar

Yo conocí a mi pareja a los veinte años; me junté y viví veinte años con mi pareja. Un hombre que al principio era bastante chévere, juicioso, formal, todo eso, pues parecía buena gente. Tuve cuatro hijos preciosos, pero cuando llegaron a quinto año de primaria, en la escolita que tanto luchamos por tener allá, cuando mis dos primeros hijos salieron de quinto, yo le dije a mi esposo: “Bueno, mis hijos no se van a quedar con un quinto de primaria, mis hijos tienen que ir al casco urbano para que sigan estudiando, que es lo normal”. Entonces, él ahí fue donde sacó la mano y dijo que no. No pudo convencerme por las buenas y quiso obligarme a que aceptara que mis hijos no estudiaran; pero como vio que yo ya tenía mi carácter y no me dejaba, entonces, me dijo que me fuera, que no me iba a ayudar. Hasta ahí llegó nuestra relación (...) yo tomé la decisión de venirme al municipio de Santiago a arrendar casa con lo que teníamos puesto (tejedora de vida 3, alto Putumayo, 2023).

Matrimonios arreglados con niñas de doce años

La comunidad tenía por cultura que las niñas de doce años las casaban, era como un arreglo que lo hacían. Daban ganado. La ceremonia la hacían cuando cumplían la mayoría de edad, la realizaban en el cabildo con los papás de ambas partes y efectuaban el matrimonio. Yo fui allá, fue muy difícil por el choque con la cultura, tuve que adaptarme a los carnavales, a la tomadera de chicha, yo acompañaba (...) El segundo año había una niña que ya estaba por los doce años y estaba comprometida en matrimonio. Ella me lloraba y me suplicaba que, por favor, me la trajera a Mocoa porque ella no se quería casar, no quería formar pareja. Yo le dije a mi esposo y él ha sido muy dado a la comunidad; por eso tuvimos muchos problemas, por ser tan buenos, demasiado buenos. Le dije: “Mijo, llevemos a la niña”. Me dijo: “Llévemola, pero atengámonos a las consecuencias”. Le dijimos a la niña que estuviera lista en el momento que fuéramos a salir y se pagó un bote. Salimos por el río y trajimos a la niña hasta aquí, a Mocoa. Aquí, mi esposo trató de dejarla en una familia; ella se educó, fue profesional y creo que hoy en día está en Bogotá. Nosotros perdimos contacto con ella, pero estaba muy agradecida. Nosotros ya no pudimos regresar; nos tocó quedarnos en el Putumayo; mi esposo pidió traslado (tejedora de vida 5, medio Putumayo, 2023).

El abuso sexual en el trabajo

(...) a los catorce años trabajé con la señora Rosa Guerrero. Trabajé cuidándole a sus hijitos. Ella tenía unos hermanos menores y como doña Rosita y el esposo trabajaban, yo me quedaba con los niños sola en la casa. Un día, un muchacho de los que siempre había ido a visitarlos, resulta que me dijo que quería ver a los niños, entonces, yo le dije que siguiera, pero yo nunca me imaginé que el muchacho quería abusar de mí. Yo tenía catorce años. Yo estaba arreglando el cuarto de doña Rosita y el esposo. Le dije que por qué cerraba la puerta; él me cogió y me tiró en la cama. Me acuerdo tanto de ese día, que tenía un jean y él cogió y me tiró a la cama y se me subió encima. Me quería bajar el pantalón, entonces, yo lloraba y me tenía los pantalones; pero él, con esa fuerza de un hombre, me alcanzó a bajar los pantalones. Yo no sé de dónde saqué fuerza y yo le cerraba las piernas (...) pero, cuando me di cuenta, yo estaba mojada y me puse a llorar, porque él me quería como pegar. Él me soltó y se levantó y cogió y se fue para la casa de sus papás (tejedora de vida 6, alto Putumayo, 2023).

Malos tratos permanentes

(...) la violencia que yo vivía dentro de mi hogar siempre fue económica; fue de humillaciones y palabras; pero yo no permití que mi marido me pegara. Yo sí le dije: “El día que usted intente pegarme, hasta ahí llegamos”. Me gritaba, me insultaba, me decía que no fuera a esas reuniones, que iba a conseguir mozos, que eso no era lo correcto, que yo tenía que estar ahí en la casa con los hijos y no tenía por qué aprender cosas que saben esas viejas allá, que no debía revelarme ante él, sino que debía ser obediente (...) Llegó un día todo alborotado, que quería tener relaciones sexuales y yo le dije que no quería; entonces, me dijo que él conmigo podía hacer lo que le diera la gana; yo le dije: “¡Intente!”, y quiso pegarme. Yo hasta ahí llegué. Eso hace ya como ocho años y arranqué sola (tejedora de vida 3, alto Putumayo, 2023).

Desprecio desde el vientre materno y abuso de padrastro

(...) desde los seis meses de embarazo que tenía mi mamá, digamos en su estómago, se puede decir que fui despreciada. Lastimosamente, antes nos culpaban a los hijos por los errores de los padres. Mi padre abandonó a mi mamá cuando estaba embarazada de mí, de seis meses. Yo soy la segunda de seis hermanos que somos. Mi madre es cabeza de hogar; ella de ahí para allá, solo tuvo los hijos como por deporte, se puede decir (...) Nunca estudié en mi infancia. Sin embargo, era el hombre de la casa, o sea, mi hermana mayor y yo éramos los hombres de la casa, porque teníamos que trabajar raspando. Así me fui criando hasta que mi mamá se enamoró de un señor, y como nosotras ya éramos grandecitas, yo tenía ocho años y mi hermana tenía como diez, ella es mayor por tres años, ese señor vivía con mi mamá, pero nos quería manosear, nos manoseaba (...) (tejedora de vida 8, alto Putumayo, 2023).

Su padre mandó asesinar a su madre y a sus hermanos en retaliación por terminar la relación

Ya tenía once años. Mi mamá se salió de por allá, habíamos vivido en Mesetas, en San Juan y ya nos habíamos radicado en Granada. Mi papá le daba muy mala vida a mi madre y éramos cinco hermanos, cuatro mujeres y un varón. O sea, la violencia intrafamiliar era repetitiva. Los miércoles que papá no trabajaba, él se iba a tomar y llegaba a golpear a mamá. Ella tomó la determinación de irse, le tocó cargar con sus seis muchachos, se fue a Lejanías, Meta. Nos dimos cuenta de que papá llegaba los miér-

coles allá, a Lejanías, que iba a molestarle la vida. Nosotros le decíamos “Mamita, cuídese que por ahí anda mi papá”. Mi papá llegaba, mamá no lo dejaba ingresar a la casa, pero la amenazaba, le decía que si no lo dejaba pasar, era porque tenía mozo. La última vez que papá fue, le dijo que si no se venía a vivir nuevamente con él a Granada, que se atuviera a las consecuencias. Mamá, en vista de eso, se fue a trabajar a una finca. Me dijo mamá: “Mijita, estos quince días no vaya a salir porque yo no voy a estar, yo me voy a ir para la finca tal, voy a estar allá trabajando, salgo dentro de quince días para que nos veamos”. Empecé con ese presentimiento, como con esa cosa, una angustia, y yo le decía a mi hermano: “Mire que algo va a pasar o algo pasa, pero no me siento bien”. Él me decía: “Es que usted es muy pegada a mamá, acostúmbrese a irse despegando de ella”. Salió del cafetal un viejito, cuando me miró, me dijo: “Bueno, al menos encontré la hija de la finada, a ella la asesinaron con todos sus hermanos, los mataron a machete”. Papá pagó para que los mataran, así lo confesó en su lecho de muerte (tejedora de vida 6, medio Putumayo, 2023).

Fue obligada a casarse y su marido la maltrataba casi hasta la muerte

A los diecisiete años me obligaron a casarme con una persona que no quería. No tuve conocimiento de cómo era la persona. Me casé con él obligada y tuve cinco hijos (...). Yo siempre les he dicho a mis hijos que yo viví el infierno en vida con su papá, porque en los quince años de casada que viví con él, había noches que tenía que dormir en el monte, bajo los árboles, con mis hijos, porque él tomaba mucho y nos salía a buscar hasta con machete, con linterna (...). Él me dejó quebrada la clavícula, el brazo izquierdo y me reventó el seno de los golpes que me daba. Apenas me lograron hacer la cirugía. Le agradezco mucho a mi hijo Benjamín, que es el único varón, él tuvo el valor. Si no hubiera sido por él, creo que ya ni estuviera aquí contando la historia, pues cuando él fue a atentar tan fuerte contra mi vida, el niño sacó fuerza, todo golpeado, y se fue a traer a la Policía, y gracias a él estoy donde estoy, porque me pude separar, porque cuando llegaron, me encontraron en un charco de sangre. Entonces, la Policía me llevó para el hospital y a él se lo llevaron y lo detuvieron. También, con la ayuda de la Policía, que guardaron las pruebas y había testigos, pude llevarlo al juzgado. Fue un proceso largo, pero gracias a Dios me pude separar. Quedaron todos mis cinco hijos pequeños, la mayor iba apenas para los trece años, la última niña apenas tenía como cuatro años; me quedé con los cinco hijos, sola (...) (tejedora de vida 7, alto Putumayo, 2023).

La violencia estructural de la pobreza extrema

La violencia estructural puede ser comprendida, en términos de Johan Galtung, como aquella que impide a los seres humanos tener una vida mínimamente humana. Desde su comprensión, esta violencia encuentra su origen en las estructuras y formas de relación que hemos creado y a diferencia de la violencia directa, ella es invisible respecto de sus actores directos. A su vez, se expresa en la exclusión, la pobreza extrema, el racismo, el machismo y la injusticia social, entre otros (Galtung, 1995). Sobre esta forma de violencia, el sociólogo agrega que:

Está presente cuando los seres humanos se ven influidos de tal manera que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales (...) es aquello que aumenta la distancia entre lo potencial y lo efectivo (Galtung, 1995).

Esta modalidad de violencia es difícil para quienes la padecen, pues representa una frustración permanente que, en algunos casos, puede conducir a violencia directa. Es importante prevenir y superar, tanto las violencias directas de las que hacen parte los conflictos armados internos, como las estructurales, porque estas últimas se relacionan con necesidades esenciales de los seres humanos, el desarrollo, el bienestar y para que no deriven en diversas formas de violencia directa.

En el caso de las Tejedoras de Vida, ellas hicieron mayor alusión a algunas expresiones de violencia estructural, principalmente, la pobreza extrema, el machismo y el racismo, en el caso de las mujeres indígenas.

La pobreza extrema representada en carencias esenciales

Yo viví una pobreza extrema, bastante extrema, donde mi papá fue un irresponsable, mi mamá una de las mujeres que se dejaron manipular, digamos por el machismo y tuvo muchos hijos. Nosotros somos nueve, entonces, la pobreza y la irresponsabilidad de mi papá, nos llevaba a sufrir calamidades bastante extremas. Viví en la vereda El Portal, a unas seis horas del casco urbano, donde no se tenía energía ni acueducto, y no se contaba con una vía de acceso cómoda; tocaba siempre por trocha o cuando más a caballo. La situación era bastante crítica allá (...) (tejedora de vida 5, alto Putumayo, 2023).

Trabajo doméstico pesado desde temprana edad

Era niña cuando vine a la escuela, eran tres horas de camino, y ahí sí ya comencé mi primaria. Seis horas en el día, tres yendo y tres viniendo; así hice mi primaria (...). Con mis padres vivíamos en el monte, en la montaña, era muy lindo, teníamos ovejas, patos, todo lo que se cría en las montañas. Yo llegaba de la escuela tipo cinco de la tarde, de cinco a seis, llegaba a hacer mis quehaceres: acarrear el agua, la leña, entrar las ovejas, ayudar a encerrarlas, y en la noche, me ponía a hacer mis tareas con lámpara de petróleo (...). Al otro día, a las cuatro y treinta de la mañana, ya nos levantaban (tejedora de vida 4, alto Putumayo, 2023).

Una niñez dura y llena de carencias

Mi niñez fue muy dura. Yo quiero tanto a mi madrecita, pero lastimosamente ella dice que la violaron y, lastimosamente, quedó en embarazo de mí. Ustedes saben que antes, las personas antiguas, cuando una hija salía en embarazo, la echaban de la casa. Entonces, mi madre se fue, me tuvo por allá en una casita bien pobrecita donde le dieron posada. Luego, le dio lástima a la abuelita y la volvieron a llamar, y la llevaron para la casa, pero los tíos, como jóvenes, eran machistas, dijeron que no, que esa vagabunda no la iban a recibir en la casa, que se fuera de la casa. Le dieron una garrotera, dice mi madre, y la echaron de la casa, entonces, mi abuelita no me dejó llevar. Dijo: “Para qué la vas a hacer morir por allá del hambre, déjala aquí”. Entonces, mi abuelita me crió. De siete añitos, mi abuelita ya me mandaba a coger ullucos, alverjas, donde un tío que tenía la formita para que nos diera repollo para poder comer. Yo llevaba de rastra un bolsito a la casa para que me dieran de comer; lastimosamente, algunas veces había de comer y otras veces no. A veces nos tocaba amanecer con un guineíto asado en el fogón y un vasito de café amargo; con eso nos tocaba permanecer o comer todo el día. La abuelita era muy escasa de recursos y mi sueño era ser alguien en la vida, estudiar, tener un restaurante (tejedora de vida 8, alto Putumayo, 2023).

La violencia del narcotráfico

La violencia del narcotráfico representa una realidad compleja y un enorme desafío en el Putumayo. Desde su emergencia, en 1977, ha pervivido de manera independiente, siendo generada y dinamizada por grupos narcotraficantes; pero también, ha estado asociada a actores del conflicto armado interno. Re-

cientemente, se ha hecho visible su alianza con diversos actores nacionales e internacionales. Ha permeado distintos sectores de la sociedad y de las ramas del poder público, y ha financiado a grupos armados. Además, a las tradicionales actividades de producción, transformación y comercialización, se suma el microtráfico.

Las Tejedoras de Vida han referido en sus narrativas la relación entre la violencia estructural de la pobreza extrema y la vinculación a actividades del narcotráfico, dado que la primera modalidad de violencia cuenta con potencialidad para conducir a la segunda. También, colocan de presente la zozobra y la incertidumbre que causa esta modalidad de violencia y sus diversos actores en las mujeres, que son violentadas sexualmente en los laboratorios o cocinas del narcotráfico, la pérdida de sus hijos, cuando también se han vinculado a algunas de sus actividades, el incremento del microtráfico en las subregiones y su impacto sobre la vida y la familia.

Una familia extensa en extrema pobreza la condujo a convertirse en mula del narcotráfico y sufrir la pérdida de su hijo

Mi madre dijo que ya éramos catorce hijos y todos así, en escala, chiquiticos. Que ya quería operarse, porque ella había oído que en el hospital de Puerto Asís hacían estas operaciones. Oí que mi mamá nos juntó y que le decía a Eulogio que ya le tocaba irse al hospital de Puerto Asís. Pasaron como dos o tres días y nada que mi mamá llegaba y mi hermanito Juan Carlos tenía nueve meses de nacido. Cuando yo oí que un señor le dijo a mi hermano mayor en el oído un secreto, y era que mi mamá había muerto en la operación. Mi padre tan bueno, que con esos catorce niños, nunca los regaló. Él iba a trabajar de jornal y compraba un kilo de frijol. Hacíamos comida para toda la semana y le picaban bastante platanito y a veces había arroz, a veces no. La cucharadita de arroz que le echaban, uno se la comía con un cariño. Ya fuimos creciendo un poquito. Mi papá me mandó a trabajar en la Policía; me mandaron a lavar locita en un restaurante. Y yo, en esos tarritos de manteca, con las comidas que iban dejando, yo juntaba los pedacitos de carne y los echaba en ese tarrito y, por la tarde que pasaba un señor, yo le pasaba el tarrito con los pedacitos de carne para que le llevara a mi hermanito y cocinaba así, sencillito, platanito, cositas y les daba a mis otros hermanitos. Después, yo ya crecí, ya estaba joven; y un día, familiares que vivían en San Miguel me dijeron que me llevaban para allá. En ese tiem-

po estaba todo el apogeo de la coca y, como mi padre estaba sufriendo con mis hermanitos y todo, me dijeron que uno de mula ganaba buena plata, porque pagaban bien, entonces, que me fuera de mula. Como era toda delgadita, me echaban cinco kilos de coca bien acomodaditos y yo me iba a todas partes y me pagaban. Yo decía que se lo enviaran a mi papá o, a veces cuando iba a Bogotá, a Cali, a Tuluá, a Manizales, y yo no me compraba nada para mí, sino que yo compraba todo para mis hermanitos y remesita para mi papá. Luego, ya me conseguí un señor de Medellín y quedé embarazada como de diecisiete años y tuve mi niño. Yo vine otra vez a San Miguel ya con el niño en los brazos, y el niño mayor también aprendió lo mismo que hice yo. Me dijo: “Mi mamita sufre tanto”, y él también iba de mula a Ecuador, iba a dejar coca y nos traía remesas, nos traía de todo. Mi hijo ya creció y ya era eso de los paracos; alguien dijo que mijo era comunicador de la guerrilla, pero no, nunca, y me mataron a mijo. Le faltaban tres días para cumplir dieciocho y me lo desaparecieron (tejedora de vida 5, bajo Putumayo, 2023).

El hurto de producto a cultivadores

En el 2003 fue el azote de los paramilitares. Yo vivía en la vereda El Líbano. Llegó a la casa un grupo armado diciendo que eran de las AUC y a matarnos. ¿Qué dijimos nosotros? Que arreglemos, que no podían hacer eso, que nosotros no éramos de ningún frente, o sea, que éramos personas sanas. Ellos dijeron que tenían denuncias, que éramos comunicadores de la guerrilla. Les dijimos que en ningún momento nosotros habíamos tenido reuniones con ellos. Entraron, requisaron la casa, la voltearon. En esos días, recién habíamos cosechado coca, entonces, teníamos dos kilos de mercancía. Ellos dijeron: “Nos llevamos estos dos kilos y les perdonamos la vida, pero necesitamos más plata”; y nos pidieron diez millones de pesos para no matarnos. Se llevaron dos kilos de mercancía y teníamos que dar a los tres días esos diez millones. Se fueron a otra casa donde la vecina; ellos también trabajaban con cultivos ilícitos, pero en ese momento no encontraron nada, no encontraron ninguna mercancía, y a ellos sí los mataron. Fue una masacre esa noche, mataron a los dos señores dueños de la casa, a dos niños y a dos ancianitos. Nosotros nos llenamos de miedo, nos salimos de ahí como pudimos y nos fuimos. A esa vereda no volvimos más. Gracias a Dios que nos pudimos salir y ellos no nos persiguieron, porque tenían con qué pagarse. Dios nunca lo desampara a uno y saqué un crédito en el banco y me compré un pedazo de terreno y ahí es donde vivo actualmente con mi familia y libre de actividades ilícitas (tejedora de vida 3, 2023).

Vinculaciones tempranas a actividades del narcotráfico

Cuando yo estaba más niña, mi hermano me vinculó a trabajar en el narcotráfico. Yo pasaba coca como mula, durante mucho tiempo y desde edad temprana. Tenía unos doce años, era muy muy pequeña. Fuimos saliendo poco a poco, nunca tuvimos problema con nadie. En ese trance yo pude entender que sí, que era más bonito vivir con la gente y pensar en mi mamá que tener plata (tejedora de vida 7, medio Putumayo, 2023).

Violación en las cocinas del narcotráfico

Yo llegué como raspadora de hoja, luego pasé a cocina, cumplí los quince o dieciséis años. Y a esa edad fui abusada por los mismos químicos de ese cultivo, de ese laboratorio. Tres hombres abusaron de mí, un sábado en la madrugada, se habían emborrachado, se habían drogado; porque como son químicos, ellos aparte de trabajar la coca, pues también ingieren para soportar todo. Me violaron y no tuve a quién pedirle ayuda, no pude decirle nada a nadie. Entre esos violadores uno de ellos me embarazó. Yo tengo una hija de treinta y tres años hoy en día y es producto de una violación. Volví a mi casa, mi mamá me dijo que, por haberme ido, yo era la culpable, que yo me lo había buscado. Sin embargo, yo tenía en mi mente y en mi corazón esa venganza, porque cuando a uno lo violan, le crean una barrera o le fortalecen en venganza y a mí me fortaleció fue en venganza. Quería de cualquier manera acabar con esas personas, porque sabía que vivían y sabía dónde. Empecé a frecuentar los grupos armados, la guerrilla. Llegaba y acampaba tres, cuatro meses en la vereda y ahí aprendí a manejar armas. Sin embargo, ya estaba con mi hija, ya tenía a mi hija de seis, siete meses y yo seguía entrenándome. El comandante de la guerrilla, uno que llamaban *Chinito*, me dijo: “Cuando tu hija tenga dos años, nos vamos”; pero, conociendo la historia que yo viví con mi madre, yo tenía que dejar a mi hija con ella; entonces, yo dije: “Prefiero morirme en cualquier parte, pero no dejar mi hija botada”. “Yo me llevo a mi hija”, dije; pero el comandante me dijo: “No, usted no puede llevar a su hija”. Entonces, por azares de la vida y por mi locura, porque cuando uno es muchacho pierde el miedo y pierde la vergüenza, y más cuando uno no tiene conocimiento, no tiene escuela, no sabe leer ni escribir, creí que la solución en la vida era conseguirme un hombre, en este caso yo busqué un hombre que no fuera del bajo Putumayo para que me sacara de ahí (tejedora de vida 8, alto Putumayo, 2023).

La llegada del narcotráfico a zonas tranquilas, que dejó muertes, desplazamiento y miedo

(...) por allá, como en el 97, sí, cuando ya comenzaron a llegar las malas influencias de malos amigos [se refiere a narcotraficantes y los actores armados] (...) cuando ya estábamos como organizaditos, encontramos que ya decían: “Hay que tener cuidado, ya están matando a las personas, ya comenzaron a matar a los líderes, ya comenzaron a matar a los vecinos”. Andábamos con temor, yo le decía a mi esposo: “Mejor vámonos de acá, dejemos esto así”. “No”, decía él, “cuando a uno lo van a matar lo persiguen donde sea” (...). Un sábado que salió él, dijo: “Me voy a trabajar sábado y domingo”. Teníamos una minga, entonces, dijo: “Vamos a ir a cocinar allá, a la finca, al camino donde iban a trabajar los trabajadores” (...). En la tarde ya no llegó, los trabajadores me contaron que “A don Froilán lo mandaron a comprar bebidas, que ellos no iban a tomar limonada, que querían agua como es el refresco, que es el azúcar con el limón. Lo mandaron a comprar al pueblo el hielo, entonces que ya después de eso ni más volvió (...), lo mataron a él y al compañero con el que siempre andaban”. Aparecieron el lunes, ya llevaban tres días muertos. El lunes ya le hicieron levantamiento, ya me avisaron a mí, eran las cuatro de la tarde (...), eso me dio un temor a mí y me salí; yo dejé todo eso abandonado (...). A la mayoría de los vecinos los mataron, allá mataron uno por uno, se fueron desapareciendo, la mayoría de las personas se fueron, quedaron muchas casas y fincas abandonadas (tejedora de vida 4, alto Putumayo, 2023).

El asesinato de autoridad indígena a manos de consumidores de droga

La primera violencia, digamos, que viví fue cuando tenía nueve años y mi papá había pasado ya de exgobernador dentro de mi comunidad. La costumbre nuestra siempre fue madrugar; mi papá a las cinco de la mañana estaba levantado para dirigirse donde mi abuelo Domingo, que vivía en una montañita. Ese día era un lunes de abril y él solo se despidió de nosotros y se fue al trabajo donde mi abuelo y fue atacado por dos jóvenes de 20 a 22 años, los cuales estaban drogados; le dieron doce puñaladas, entonces, se desangró. Lo llevamos al hospital y él luchó por su vida, porque nosotros éramos en ese entonces siete hermanos (...). A los veinte días en la tercera cirugía él pierde la vida, porque una de las puñaladas le alcanzó al intestino y no tuvo remedio. Entonces, él muere.

Desde esa vivencia, yo sufrí mucho y creo que mis hermanos también, yo era muy apegada a él, aprendía mucho de él y eso me marcó, porque mi corazón se entristeció mucho y mi corazón se llenó de odio y me costó sacar este odio; yo miré a mi papá desangrarse y me preguntaba ¿por qué a él, un gran líder, le dieron doce puñaladas? (tejedora de vida 5, alto Putumayo, 2023).

Microtráfico, la drogadicción que afecta la vida de los jóvenes y las relaciones familiares

Yo tenía cinco meses de embarazo cuando él falleció. Con el tiempo, ya nació mi hija y recibió todas esas cosas negativas. Fue creciendo y cuando ya era ya más grandecita, me decía: “Mami, ¿y mi papi?”. Yo le decía: “No, mamita, su papá está en el cielo” (...). Con el tiempo, ella fue teniendo amiguitas de su edad y las amiguitas le dijeron: “Sí, a tu papá lo mataron”. Uno cree que hace bien tapando las cosas, pero ella se fue guardando ese rencor, porque yo nunca le dije qué le pasó al papá (...), hasta hace como dos años. Yo vivía en casa con ella, pero resulta que, como ella a veces llegaba drogada y borracha y me pegaba, me decía que no me quería, que era mejor que el papá viviera, o sea, que yo no viviera. Ella me decía: “Te odio, te hubieras muerto vos en vez de mi papá”. Ha sido una batalla con ella y un dolor muy grande, que más de una mamá está pasando dificultades familiares por la drogadicción aquí, en el alto Putumayo. Hay hogares que sufren tanto y por eso mismo a mí me ha gustado meterme a ayudar a los hogares en los problemas intrafamiliares también, en problemas de drogadicción (...) (tejedora de vida 6, alto Putumayo, 2023).

Al cierre de este capítulo quedan resonando las voces de las Tejedoras de Vida narrando su encuentro dramático con las violencias, relatos que interpelan y producen un asombro profundo; pero que, al mismo tiempo, ofrecen valiosos aprendizajes.

En primer lugar, hay que reconocer que el Putumayo registra una problemática profunda y prolongada, relacionada con las violencias que lo habitan y que apremia tomar muy en serio la transformación de esa realidad.

Lo segundo, que ha sido implacable, inhumano y, en muchos casos, inimaginable su impacto múltiple y de diversas dimensiones sobre estas mujeres.

Lo tercero, la urgencia de apropiarse de recursos que ofrecen los estudios de paz, como la educación para la paz, para prevenir y desaprender la violencia que se aloja en la mente, las prácticas y las relaciones destructivas al interior de

las familias, en la sociedad y lo público, que, generalmente, tiene como primer destinatario a la mujer y que representa el gatillo que detona la bala, la fuerza que moviliza el golpe o la idea siempre presente que legitima la victimización de la mujer. También, es importante priorizar el recurso de la construcción de la paz, posibilitando el tránsito de estas violencias persistentes y degradadas hacia relaciones pacíficas, incluyentes y de cooperación.

Cuarto, es necesario insistir, una y otra vez, en el cierre del conflicto armado interno mediante una solución negociada con las insurgencias y procesos de desmovilización y sometimiento a la justicia con los restantes actores. A su vez, encontrar alternativas eficaces frente al narcotráfico.

Quinto, urge reconocer, estimular y fortalecer organizaciones como la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, porque representan un actor de primera línea en el trabajo con y por las mujeres y la paz. Ellas han permitido que las mujeres heridas por las violencias puedan tomar conciencia, empoderarse, reconstruirse, y transitar a constructoras de paz. A estos aspectos nos referimos en los capítulos siguientes.



Mural: Luz Mery Rivera

Vimos cuando cuadraron el carro frente a la panadería donde vivía Cielo, mi hermana. Iba dirigido al hotel Aristi, de al lado de la panadería. En el hotel se hospedaban los paramilitares, pero como frente al hotel no había espacio en ese momento, entonces lo cuadraron frente a nosotros. Yo estaba en el segundo piso cuando fue la explosión, eso nos botó para los lados; a mi cuñada que estaba en embarazo, la mandó como a tres metros y quedó herida con unas esquirlas. Yo fui la primera que bajé porque sabía que abajo estaba mi hija y mi hermana atendiendo la panadería. No se alcanzaba a ver nada porque era mucho humo; escuché a mi hermana en el suelo con muchas heridas. La gente no entraba porque decían que había más bombas. Cuando se despejó el humo pude ver a mi hija que estaba tendida en el piso, ya no habló, ya no dijo nada, estaba destrozada por la espalda como si le hubieran sacado un pedazo.

Relato de Carmen Rivera Rodríguez sobre el carro bomba que explotó en el Valle del Guamuez, el 17 de diciembre de 1999, dejando 7 personas muertas, y entre ellas su hermana y su hija, y más de 20 heridos. Las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo recogieron esta narrativa como homenaje a las víctimas de este trágico acontecimiento y para aportar a la reconstrucción de la memoria histórica, en procura de que no se olviden y se tome conciencia de esta historia de terror y dolor que no debe repetirse.

Capítulo 3

Las Tejedoras de Vida, un proceso desde las mujeres para las mujeres y el Putumayo

Este capítulo recoge y analiza el proceso organizativo de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, así como la ruta para lograrlo: sus propias voces. Ellas representan la fuente más autorizada para explicar las razones que hicieron posible el surgimiento de esta experiencia en un contexto como el descrito en el capítulo anterior: la forma en que lo han tejido por dos décadas, los pasos que les ha permitido alcanzar la consolidación que tienen hoy, sus características propias, los logros obtenidos y la manera de enfrentar los desafíos.

El capítulo intenta responder a estos interrogantes: ¿es posible que mujeres heridas por las violencias puedan organizarse en un escenario de alta conflictividad? ¿Cuál ha sido su intencionalidad desde entonces? ¿Qué ha significado para las mujeres que la integran? ¿Qué metas han alcanzado? ¿Cuáles son los retos de cara al presente y al futuro? ¿Qué enseña esta experiencia?

Es necesario clarificar que este texto no incluye dentro de sus desarrollos aspectos relacionados con la labor de construcción de paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo, pues será objeto del capítulo siguiente.

Durante dos décadas este proceso ha enfrentado altibajos, pero también ha cosechado de lo arduamente sembrado, en términos de metas alcanzadas, reconocimientos nacionales e internacionales y, especialmente, de las mujeres que lo integran y lo inspiraron, quienes a su vez lo han dinamizado.

El origen

El proceso de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo hunde sus raíces en un conjunto de factores articulados en un momento histórico determinado, para nacer ya a comienzos del siglo XXI. Entre ellos, se identifican liderazgos excepcionales, la expresión degradada del conflicto armado, el sufrimiento generalizado y profundo de las mujeres, la sensibilidad de docentes frente a la realidad, aprendizajes de liderazgos previos, la alianza con otros liderazgos y la decisión de las mujeres fundantes de asumir riesgos y actuar, entre otras.

Fue en el medio Putumayo donde la idea fundante de esta organización de mujeres fluyó y se puso en movimiento. Desde este escenario geográfico, se expandió hacia las otras dos subregiones, la del bajo y el alto Putumayo, alcanzando hasta hoy un significativo reconocimiento y consolidación.

Las causas que generaron la experiencia

Como se había mencionado, múltiples causas reposan en el surgimiento de la experiencia de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo. Algunas de ellas se relacionan con la iniciativa de personas clave, otras con realidades inmersas en las violencias del momento, con respuestas de sectores sociales y liderazgos anteriores, e incluso con el desarrollo de capacidades. Como se verá en este capítulo, estas causas generadoras están estrechamente relacionadas entre sí, y como en un efecto de cascada, una conduce a la otra. En conjunto, trazaron la ruta del surgimiento del proceso, su intencionalidad, su posterior consolidación y la proyección alcanzada hasta el presente.

Liderazgos excepcionales

En la base de las causas fundantes de las Tejedoras de Vida del Putumayo se identifica el liderazgo excepcional de Fátima Muriel Silva, su fundadora, quien ha hecho posible lo aparentemente imposible: idear y dar vida a esta organización de mujeres en un escenario de diversas e intensas violencias, ya suficientemente documentado y descrito en el capítulo anterior. A esto se agrega, posibilitar desde este proceso el empoderamiento de las mujeres que lo integran, al igual que la cicatrización de sus heridas, la reconstrucción de sus vidas y su dignidad, mediante su participación en planes de acción que han buscado responder a necesidades concretas y generalmente apremiantes de las mujeres, sus comunidades y el departamento.

Mi primer encuentro con las Tejedoras de Vida fue en 2005. Para entonces, desarrollaba una consultoría con el Programa Suizo para la Promoción de la Paz en Colombia (SUIPPCOL). Su propósito era identificar iniciativas civiles de paz en cuatro escenarios de alta conflictividad: Caquetá, Putumayo, los Montes de María y Nariño. Al finalizar, me sorprendió el caso del Putumayo, dado que allí el trabajo por la paz era liderado casi en su totalidad por las mujeres. En ese momento escribí en el informe que no sabía si esto era algo coyuntural o si se mantendría en el tiempo. Regresé diez años después y me encontré con una organización robusta y una importante proyección.

Cuando conocí a Fátima Muriel Silva, especialmente al escuchar apartes de su historia de vida, lo primero que vino a mi mente fue la idea de que era una mujer mágica. Eso fue en nuestra primera caminata, cuando la acompañé a realizar esa rutina especial que realiza cada vez que tiene la oportunidad, al amanecer del día, por una ruta de su preferencia bordeando el río Mocoa, pasando el puente colgante hasta llegar a la quebrada sanadora de Tosoy, donde hace una pausa para refrescarse. Desde 2005, he ratificado esta percepción, cada vez que conozco un poco más de este proceso de mujeres, en cada proyecto que me ha conducido a ellas, en distintos momentos. Así mismo, al profundizar en su trayectoria, particularmente en su rol protagónico para el surgimiento del proceso de las Tejedoras de Vida del Putumayo, en un contexto difícil y de alto riesgo, que no ofrecía mayores posibilidades para que ocurriera, y por la manera visionaria como ella lo ha conducido por dos décadas.

Fátima nació en un lugar muy especial para ella: Puerto Limón, en ese momento habitado por mestizos e indígenas ingas. Su padre fue un líder reconocido por su comunidad hasta el final de sus días por ser visionario. A su madre, una mujer indígena inga, ella le reconoce su doble sabiduría, la que en su consideración es propia de las madres y la que le otorgó su condición indígena y de su cultura. Creció en esa familia diversa que integraba de manera respetuosa distintas formas de ver el mundo. En su familia, educarse era muy importante y por este motivo, cuando obtuvo una beca, sus padres no dudaron en enviarla a estudiar como interna a la normal de Sibundoy, aunque en ese momento solo tenía 12 años. Así se hizo maestra (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Al finalizar su etapa de formación, regresó a Puerto Limón, y al poco tiempo, con 17 años, se casó. A partir de ese momento, conformó su familia; se fue a vivir al campo, se convirtió en madre y se encontró de frente con la violencia del conflicto armado interno. Su esposo fue amenazado, sufrió dos atentados,

uno de ellos casi le cuesta la vida, por lo que fueron obligados a desplazarse, perdiendo todo el trabajo realizado, la finca y los bienes logrados. Estas vivencias la condujeron a ejercer la docencia, y desde este ejercicio, a ocupar distintos cargos en la Secretaría de Educación del departamento: docente rural y urbana, supervisora, y años más tarde, secretaria de este despacho. Después, el asesinato de dos de sus hermanos enlutaría de nuevo su familia y su vida, contexto en medio del cual llegaría una nueva beca a su vida, que le conduciría a Granada, España, donde realizó una maestría en Estudios de Género. Fátima consideró que era muy oportuna, pues le ayudaría a tomar distancia para sanar el dolor de sus pérdidas y para cualificar su trabajo en el proceso organizativo de mujeres que había generado (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Quando salimos de toda esa tragedia, yo tenía 20 años y dos hijas; entonces le dije a Julio: yo voy a trabajar. Mi papá me dijo lo mismo: “si usted es docente, pues váyase a trabajar, ya que no pueden vivir allí”. Me dediqué a trabajar, a ser docente; ya estuve trabajando en la parte rural, en la urbana, luego pasé a Mocoa, ascendí a supervisora y en la supervisión me tocaba ir a visitar las escuelas del Putumayo, y entonces yo hacía reuniones con padres de familia, con madres de familia y con los niños, y en esas reuniones fue que yo detecté que las mujeres sufrían mucho (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Volviendo atrás, cuando Fátima se desempeñaba como supervisora, antes de su viaje a Europa, comenzó a visitar las escuelas del departamento, sus docentes y las familias de los estudiantes. Allí se encontró con una realidad inmersa en una violencia generalizada, degradada y muy dolorosa, que la conmovió y la preocupó, inspirando en ella la iniciativa de crear una organización de mujeres. En su narrativa, ella lo relata a continuación:

(...) 45 años de supervisora de educación. Visitaba todas las escuelas, las comunidades y, sobre todo, realizaba reuniones con los padres de familia. En esas reuniones fue que yo detecté que las mujeres sufrían mucho; las que iban a las reuniones eran las mujeres y estaban muy ausentes y desesperanzadas, como muy tristes. En las escuelas las madres de familia me contaban sus dolores. Yo no entendía qué era lo que pasaba, entonces lo que hice fue dedicarme a escucharlas. Le dije a una profesora: “hagamos una cosa, en la próxima reunión programemos un almuercito comunitario y charlamos entre todas”. Así surgieron las ollas comunitarias, y ahí yo las escuchaba. En las ollas comunitarias empezamos a compartir, ya las mujeres empezaron a llorar y llorar, y a contar que anoche mataron a su esposo, que los sacaron de la casa, bueno, era historia sobre historia. En

medio de ese sancocho, esa sopa era más de lágrimas. Después de que lloraban, acabábamos el sancocho y salían riendo. Yo decía que eso les servía a las mujeres, porque por allá, ni qué psicólogo, ni qué nada (...) Eso fue como en el 2003 (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Un contexto rural de intensificación del conflicto armado interno, percibido como una guerra

La realidad de la violencia del conflicto armado interno, que se vivía en estos contextos rurales o semirurales, representó otra causa generadora del proceso organizativo de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Su expresión era directa, intensa y degradada, y no enfrentaba a sus actores, sino a estos con la población que residía en el campo o en pequeñas localidades. Este contexto causó un impacto mayor en las mujeres, dado que, como se documentó en diversos apartes del capítulo anterior, tuvieron que asumir la pérdida de sus esposos, hijos y bienes, desplazarse una y otra vez, afrontar violación sexual, presenciar masacres y demás hechos violentos, y así se convirtieron en víctimas o, como ellas dicen, en “mujeres heridas” por este conflicto.

Dos acontecimientos adicionales, causados por este conflicto bélico, convirtieron la realidad del momento en generadora de esta organización de mujeres. Por una parte, su carácter generalizado, que evidenció que no eran hechos aislados, sino que se repetían en un lugar y otro, en una familia y otra, y en una mujer y en otra y otra. Además, hizo visible la gravedad de la problemática. Por otra parte, permitió que Fátima conociera esta situación, se sensibilizara con ella y considera por primera vez que la alternativa era crear una organización de mujeres. Así mismo, que facilitara que las mujeres comenzaran a reconocerse y solidarizarse entre sí, por compartir una vivencia común y compartida. Al respecto se manifestó sobre ese contexto:

En el año de 1996 se dio el paro armado en Putumayo y en el año 2000 fue el desplazamiento masivo; en el 2001 nos empezamos a encontrar en el consejo comunitario de mujeres, y en el 2003 hubo una marcha en protesta por la violencia en todo el país. Marchamos mujeres de Puerto Caicedo para protestar y pedir que por favor los actores armados cesaran las muertes indiscriminadas a campesinos y comunidades, bueno hasta ahí (Tejedoras de Vida, 2023).

Y las mujeres empezaron a decirme que las acompañara, que en tal parte habían matado al marido, y yo ya me dediqué a acompañarlas o a veces me quedaba en las casas de ellas escuchándolas, y lloraban

mucho. Yo dije, esto acá es una guerra, acá en la parte rural la gente está en otro mundo, muy diferente del que se vive en Mocoa, y no se conoce esta realidad donde se está fumigando, sembrando coca, donde había guerrilla, paramilitares, militares, las cosas más horrosas, infiernos muy grandes. Yo ya dije, esto va a tocar es dedicarnos a apoyar a los niños porque se los llevaban también, los reclutaban y yo empecé a mirar todo eso. Por ejemplo, si había 30 niños matriculados, cuando yo iba a visitarlos había 15 y los otros 15 se los habían llevado, y eso era muy triste, muy doloroso. De todas las escuelas se llevaban los niños y las mamás sufrían y lloraban. Otros niños se iban, porque en su casa no tenían respuesta, ni cariño ni nada, el papá era muy borracho y maltrataban a la mamá, sufrían mucho (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

El sufrimiento de las mujeres heridas por las violencias

El innegable y profundo sufrimiento de las mujeres, causado por las violencias que padecían y que las convirtieron en “mujeres heridas”, representó la razón inspiradora de la iniciativa de crear la organización Tejedoras de Vida del Putumayo. Fue la fuerza que sostuvo el impulso inicial, su motor, la vía de concientización de las mujeres que decidieron unirse a la idea fundante y la razón que las llevó a abrazar una causa vital y a asumir riesgos.

(...) de Vida no nació con un proyecto de dinero, no nació de una ONG, no nació de ninguna ayuda humanitaria; nació del dolor, el llanto, el desespero y la angustia de las mujeres. Las mismas mujeres teníamos que ir a enterrar a las mujeres, teníamos que ir a levantarlas y ver sus hijos que quedaron huérfanos y abandonados. Cuando las profesoras me mandaban a preguntar qué hacían con los niños que quedaban solos, que no tenían a dónde ir, ese era el desespero, esa era la angustia (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Cuando andaba con Amparo, me encontré a la señora Fátima, ella la había estado invitando a hacer la asociación de Tejedoras de Vida. Fue cuando Amparo le habló de mí a ella, que yo era una de las víctimas de desaparición forzada. Ella me citó a reuniones aquí en Mocoa; debo decir que ya conocía a Fátima por el trabajo, porque también estaba en el magisterio de la Secretaría de Educación del Putumayo. En esas reuniones había muchas mujeres que habían sufrido, por lo cual comenzamos a irnos a otros lugares para reunirnos de forma segura (tejedora de vida 8, junio de 2023).

Yo inicié con una asociación aquí en La Hormiga; empezamos a trabajar con las mujeres y recibimos capacitación por parte de Tejedoras de Vida,

nos ayudaron mucho. Pues las mujeres habían sufrido muchos problemas, a algunas compañeras les habían violado a sus hijas, asesinado a sus esposos. Esas cosas hacían que cogiéramos más fuerza para seguir adelante, ayudando a nuestras mujeres (tejedora de vida 8, junio de 2023).

El compromiso y la sensibilidad de los maestros

El compromiso y la sensibilidad de los maestros frente al sufrimiento de sus alumnos, sus padres y las familias, constituye una causa más, que se une a las anteriores en el proceso de surgimiento de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Eran ellos quienes conocían de primera mano la situación que se estaba viviendo en esos contextos rurales, y percibían, en carne viva, la violencia intrafamiliar y la del conflicto armado interno, sus dimensiones de barbarie y terror y su impacto en las mujeres y los niños.

Estos maestros, inmersos también en los mismos contextos que sus alumnos, experimentaban una natural tristeza por la situación que por entonces afligía a su comunidad educativa, y también su propio miedo. A los docentes los mataban por denunciar, intervenir e incluso por salir a cobrar su salario, actividades que los actores armados, dentro de sus lógicas de guerra, estigmatizaban por considerarlas contrarias a sus intereses en algunos casos, y en otros, bajo la acusación de colaboración con su enemigo. No obstante, los docentes fueron valientes, decidieron actuar y por este motivo transmitieron a Fátima Muriel Silva sus impresiones sobre lo que estaba aconteciendo. Ella, como supervisora, les había ofrecido confianza y les había exteriorizado su sensibilidad y preocupación con la difícil situación. Sin duda, los docentes también estuvieron en el origen de esta experiencia y representaron su primera línea.

Cuando empezaba a visitar las escuelas, miraba a algunas profesoras que me contaban lo que pasaba, estaban muy tristes y lloraban mucho. Con ellas empecé a comunicarme cada vez que yo venía y supervisaba, pues tenía que reunirme con los docentes, los estudiantes y los padres de familia; aunque a estas reuniones solo acudían las mamás. Les ponía más atención a estas maestras porque observaba que se salían, pues, del rol de profesoras, y eran muy sensibles. Decían: “Doña Fátima, este niño era muy activo, hablaba mucho y ahora mire el librito”. Ellos tenían un libro, un cuadernito que se llamaba el “Diario del niño en la escuela”, y leer ese diario del niño era ponerse a llorar; a uno se le desgarraba el alma completamente, porque lo que contaban los niños ahí era muy triste: muchos se iban sin comer, llegaban sin comer a la escuela, otros habían amanecido en el monte escondidos, otros llegaban contando

que mataron a su mamá y su papá, que a dónde se iban; entonces, esas miradas perdidas de los niños, esa desesperanza y todo eso lo pone a uno muy preocupado. Yo les dije a las profesoras que empezáramos a retomar esa información de los niños para cuando yo fuera al Ministerio de Educación Nacional poder presentar lo que estaba pasando, porque yo no podía normalizar eso. Yo decía, no, esto no puede ser así, y así fue como empecé a reunirme con las primeras profesoras para hablar sobre qué estrategia hacíamos para ayudarles a los niños, cómo les colaborábamos para que los atienda una psicóloga, cómo los sacábamos de esta situación, porque estaban muy tristes; cómo hacer una caracterización de los niños que estaban más vulnerados (...) Por eso les dije, “profesoras, unámonos, yo solita no puedo ser voz” (...) Por eso, la primera organización de Tejedoras de Vida fue con docentes, fue con puras profesoras.

(...) Las profesoras estaban expuestas y también a mí me tocó ir a recoger muchas profesoras que asesinaron porque salían a cobrar el sueldo y las acusaban de informantes, y porque salían a decir que les llevaran la plata. Cuando yo iba a visitarlas, les llevaba más bien en efectivo (...).

(...) Iniciamos este proceso 2000 con las profesoras, con las docentes. Ellas iban llamando otras mujeres lideresas, las iban invitando. Por ejemplo, en Santiago, Conchita invitó a Martha, quien estuvo en los primeros talleres, y así cada una iba invitando a otra amiga que le gustaba todo este proceso colectivo (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

La huella de liderazgos previos: el sacerdote Alcides Jiménez

Un liderazgo significativo que dejó huella en el Putumayo fue el del sacerdote Alcides Jiménez, párroco en Puerto Caicedo. Este religioso, reconocido por su compromiso con las comunidades, dejó un legado incipiente de resistencia no violenta, formando líderes y lideresas en neutralidad frente a los actores del conflicto armado y enseñando la importancia de los proyectos productivos que aporten a la seguridad alimentaria de las familias. Su discurso tenía eco y por ese motivo fue asesinado en noviembre de 1998, mientras celebraba la misa en la iglesia de Puerto Caicedo.

Fátima Muriel Silva y otras lideresas de las Tejedoras de Vida del Putumayo, como Maura Lara Bambague, recibieron el apoyo y las enseñanzas del sacerdote Alcides Jiménez. Fátima consideró que su idea de crear una organización

de mujeres también contemplaba recoger el legado del Padre Alcides, bajo la consideración de que su obra no podía quedar en el olvido, arrasada por la confrontación bélica.

En Puerto Caicedo, el padre Alcides hablaba mucho de la neutralidad y recomendaba a los campesinos que no entregaran sus tierras, que no se prestaran para atender ni al uno ni al otro actor armado, que fueran completamente neutrales, que no se prestaran para darle posada ni al uno ni al otro, ni nada porque era muy peligroso (...) Nos daba pena que ese trabajo que habían hecho tanto los curas jesuitas como los de otras órdenes religiosas quedara destruido. Que vinieran a matar al cura, a acabar con todo; eso fue muy duro, fue durísimo el asesinato del padre Alcides; fue quitarnos la esperanza de por vida, como apagarse una luz, como quedar completamente a oscuras. Yo, que tanto apoyo tuve de él. Me decía, nos íbamos para arriba, para las veredas: “Fátima, si no estuviera esa guerra, este sería un departamento de mucha productividad, mucho plátano, mucha yuca, mucho maíz, la gente viviría en paz, pero esa guerra no va a dejar trabajar. Hay que luchar, hay que estar organizados para que no vean que estamos solos” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

En el 98 fui concejala en Caicedo. En ese año asesinaron al padre Alcides, el 11 de noviembre. Con el alcalde fuimos en representación de Caicedo a acompañar a la familia a Popayán; nos fuimos acompañando el féretro con toda la caravana y fue impresionante la manera como en cada pueblo paraban a Alcides para hacerle la despedida. Eso fue una pérdida inmensa de una persona que luchaba por los derechos de todos y de todas, desde niños, ancianos, indígenas, campesinos, de todo. En el 98 pasa ese caso de la muerte del padre Alcides. Para mí fue un golpe muy duro, la sensación que yo tuve cuando me dieron la noticia: “mataron al padre Alcides”. Yo estaba bajo la ducha esa tarde, y yo con esa noticia era como si flotara en ese baño; yo no sentía que estaba pisando el suelo (Maura Lara, 18 de junio de 2023).

La alianza con otros liderazgos

El surgimiento de las Tejedoras de Vida del Putumayo también encontró una causa generadora en la alianza entre distintos liderazgos existentes: antiguos y tempranos, incipientes y potenciales. Como enseñan otros procesos sociales, cada causa y liderazgo por sí solos, es decir individualmente considerados, no logran alcances. Así también se comprobó en el caso de esta organización de mujeres, que sin las alianzas a las que se hace referencia,

difícilmente habrían logrado dar vida a su proceso en un contexto tan complejo, difícil y de alta conflictividad.

Con esa percepción, Fátima propuso diversas alianzas, y a otras se las encontró en el camino, las cuales durarían a lo largo de las dos décadas de su existencia. En el primer caso, se dirigió a los maestros, a quienes invitó a participar en la iniciativa inspiradora, y a organizaciones presentes en el territorio, como la Ruta Pacífica, que si bien tenía un carácter nacional contaba con representante en el Putumayo, que era Amanda Camilo. A su vez, comenzó a identificar otros liderazgos locales, como el de Carmen Ocoró, quien había hecho visible su capacidad de dirección de manera temprana, desde su niñez.

En el segundo caso, Fátima se encontró con liderazgos del orden nacional, que serían fundamentales para el momento de surgimiento de las Tejedoras de Vida del Putumayo, y que le acompañarían desde entonces, brindándoles apoyo en diversos momentos. Tal fue el caso de Gloria Flórez, por entonces directora de la Asociación MINGA, organización nacional defensora de Derechos Humanos. Ella desempeñó un rol relevante en el origen de esta organización, y después, facilitando el intercambio de estas mujeres con la Universidad Bolivariana de Quito, Ecuador. También, porque algunas veces ha contribuido para que puedan reflexionar en contextos lejanos del Putumayo, en procura de proporcionarles escenarios de armonía y seguridad, como cuando facilitó un encuentro de 40 Tejedoras de Vida del Putumayo, en Villa de Leyva, y otro encuentro después en el mar.

Así mismo, las mujeres recordaron que las acompañó en su gira por Alemania, Francia y la Unión Europea, en labor de incidencia, y que, durante el desastre de la avalancha, se convirtió en un eje articulador para el apoyo humanitario que recibieron en Bogotá, materializado en una planta eléctrica y alimentos para la población damnificada (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Se destaca también la valiosa alianza que Fátima forjó con Nancy Sánchez, a quien también encontró en su recorrido por el Putumayo, cuando forjaba la iniciativa incipiente de esta organización de mujeres. Nancy también se convirtió en una alianza fundamental para las Tejedoras de Vida del Putumayo. Ella abrió la ruta de contacto e incidencia ante los organismos de cooperación internacional, y las ha acompañado desde entonces in situ o desde el territorio, y, en otros momentos, desde Bogotá.

También, destacaron estas mujeres, el apoyo que les brindó Laura Gómez, de OXFAM, Gran Bretaña, con valiosas ayudas para las mujeres, en el marco de la

avalancha ya mencionada. Estas mujeres lo habían perdido todo y estaban muy afectadas por las múltiples pérdidas que padecieron por ese fenómeno de la naturaleza.

Sobre las alianzas con estos liderazgos, las Tejedoras de Vida del Putumayo durante el trabajo de campo narraron lo siguiente:

Yo empecé como a identificar a las personas que las miraba como inquietas, que no normalizaban las muertes y los maltratos. Yo miraba una que decía: “a esa señora el esposo le pega mucho, a veces cuando llega a la escuela por la noche, yo la he tenido aquí y me da mucho susto que ese hombre venga a pegarme también a mí” (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 17 de junio de 2023).

Un domingo llegó Fátima a buscarme a la casa; recuerdo que fue con Teresita y don Julio, y me dijo que ella había preguntado por lo que estaban haciendo, porque ella andaba buscando lideresas. Ellos le dijeron que estaban fundando un barrio, que venían de una reunión, y que quien lideraba era la presidenta, que era yo. Cuando llegó Fátima, me dijo: “usted cómo se llama”, yo le respondí: “me llamo Carmen Ocoró”, y ella me volvió a preguntar: “¿usted qué está haciendo aquí?” Dije: “estamos tratando de fundar este barrio y organizándonos aquí”. Y me dijo: “¿a usted no le gustaría pertenecer a una organización que estamos comenzando?”. Yo le dije, “ah, bueno”, y cuando fui a esa reunión que Fátima me invitó, hablaban de que a una de las que estaban ahí le habían herido una hija, que a otra le habían desaparecido a un ser querido, otras mencionaron que habían quemado unos taxistas (tejedora de vida 2, medio Putumayo, 18 de junio de 2023).

Yo lo que hice fue empezar a organizar. Dije: “la mejor alternativa es unirnos y buscar la manera de organizarnos”. Entonces estaba Amanda Camilo con la Ruta Pacífica; ella venía de Caicedo y empezó a contarme: “Fátima, es que yo estoy en una organización de mujeres y tengo una campaña para educar a las mujeres”, y le dije: “Amanda, qué bueno, y aprovechemos para que me les enseñe sobre la parte reproductiva y la parte de la sexualidad. Qué chévere que me eduques a las niñas en esos temas de la Ley 1257 y en la parte de salud sexual y reproductiva”. Por eso se empezó a conformar en Caicedo el primer grupo de las jóvenes que recibieron esta formación, y se apoyó a Nereida y a todas ellas en sus procesos de capacitación en salud sexual y reproductiva, ya que ellas contaban con su organización de jóvenes (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Me encontré con Gloria Flórez en Puerto Asís, andaban las de derechos humanos en eso del plan Colombia. Le digo yo a Gloria: “Yo quiero hacer unos talleres con las mujeres, pero es muy difícil. Yo solamente estoy aprovechando las escuelas para reunirme con las mujeres, pero a las otras mujeres no las he podido atender, las que no son de acá”. Entonces me dice ella: “¿por qué?” Yo le digo: “porque dicen que las amenazan y que les da miedo; están muertas de miedo”. Ella me dijo: “¿y si las sacas de aquí, Fátima?; las sacas de Putumayo y las llevamos a otra parte; llevémoslas a Pasto, a La Cocha”. Yo le dije: “ah, Gloria, pero eso es muy costoso, yo qué voy a tener plata para llevarlas a todas a La Cocha”. Entonces dijo: “yo te busco, déjame que yo averiguo en Bogotá y yo te ayudo” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Estas alianzas representaron unos primeros pasos, pocos, pero firmes y significativos. Además, hicieron posible que la iniciativa de Fátima Muriel Silva de crear una organización de mujeres en el Putumayo dejara de ser solo una idea o una añoranza para tomar forma en la realidad en un incipiente proceso, tal como se verá a continuación.

El momento del proceso incipiente

El proceso incipiente o de inicio de la experiencia de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo se ubica en el lapso comprendido entre los años 2000 y 2008. Se identifican en él eventos clave, delimitados en el tiempo, que aportaron aspectos fundamentales al incipiente proceso. El primero, alianzas previas fundamentales; el segundo, las reuniones fundantes realizadas en La Cocha; el tercero, las primeras acciones colectivas en respuesta a la violencia, y el cuarto, la pausa.

Esfuerzos pioneros y encuentros iluminadores

Representaron esfuerzos pioneros los realizados en lo local junto con Diva Revelo, Yolanda Gaona y Patricia Guerrero, colectivo integrado desde las secretarías de Salud y Educación del Putumayo, en el marco de la implementación del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR). A su vez, se identificaron como encuentros iluminadores los que se dieron con la religiosa africana, Marjorie Georgette, el sacerdote Alcides Jiménez y Gloria Flórez Schneider, por entonces directora de la ONG MINGA, como ya se ha mencionado. Así lo refirió Fátima durante el trabajo de campo:

En las visitas que realizaba a las escuelas, las madres de familia me contaban sus problemas muy dolorosos. En Orito me encontré con la una monja, la hermana Georgette, del África, quien estaba realizando evangelización en las veredas y fue una conversación muy interesante la que tuvimos sobre los daños tan grandes que se estaban ocasionando a las mujeres y a las jóvenes. Realicé con Marjorie Georgette la primera articulación con ella para seguir encontrándonos e ir apoyando los casos más trágicos. Pero antes de Georgette, desde las Secretaría de Educación y Salud, conformamos un equipo para implementar el proyecto del Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) denominado “Escuela de Madres”. Yo alfabetizaba a las mujeres y mi compañera, Diva Revelo, Yolanda Gaona y Patricia Guerrero, que era del sector Salud, las apoyaba con las charlas de prevención y el padre Alcides con lo espiritual, que eran unas charlas muy agradables. Todo esto sucede entre el 2000 y 2005 (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Las reuniones fundantes de La Cocha

La concreción de la idea fundacional de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo encontró su escenario más propicio en dos reuniones realizadas en La Cocha⁹. Fue, además, un acierto realizarlo fuera de los contextos violentos que se registraban en el Putumayo, dado que ofrecía condiciones de seguridad a las mujeres y les permitía expresarse con mayor libertad. En estos encuentros emergieron los cimientos que desde entonces han sostenido y dinamizado esta organización de mujeres. Se destaca, además, que fueron convocados por Fátima Muriel Silva y los recursos que los hicieron posibles fueron gestionados por Gloria Flórez, directora en ese momento de la Asociación Minga, y por Nancy Sánchez, también de esta organización.

El primer encuentro en La Cocha

El primer encuentro permitió que las mujeres se reconocieran y hermanaran en el dolor profundo que compartían, por cuenta, en ese momento, de las violencias del conflicto armado interno y la intrafamiliar o doméstica. Desde una metodología de círculos de confianza, cada participante socializó su experiencia de victimización. Fueron varios los resultados de ese encuentro: el

.....

9. La Cocha es una laguna ubicada a 23 kilómetros de Pasto, capital de Nariño, que se ha convertido en un importante sitio turístico de ese departamento.

primero, que las mujeres se concientizaran de que su experiencia asociada a la violencia no representaba un caso aislado, sino que lo habían vivido también otras mujeres, e incluso con mayor intensidad; el segundo, que de allí salió un diagnóstico sobre la situación de violencia de todo el departamento, y tercero, que propició que las mujeres socializaran su historia de vida y su diagnóstico ante actores clave como la Defensoría del Pueblo, la Fiscalía, la Procuraduría, y ONG nacionales e internacionales, entre otras.

(...) las docentes, yo hice el primer taller en La Cocha. Allá nos reunimos porque nos daba miedo hacerlo acá (...) era muy peligroso que nos encontraran hablando de derechos humanos y de protección (...) Luego de ese taller, allá en La Cocha, nos enteramos cómo estaba la situación en el departamento, y yo le dije a las docentes: “este es el momento para que ustedes cuenten a organizaciones nacionales e internacionales lo que está pasando en el Putumayo, porque yo no puedo resolver esos problemas que ustedes dicen, yo soy igual a ustedes”. Yo puedo ser una intermediaria, por eso en La Cocha invitamos a organizaciones importantes para que escucharan a las profesoras. Entonces, invitamos a la Defensoría del Pueblo, a la Fiscalía, a la Procuraduría, a ONG internacionales, y entonces hicimos círculos así, y las profesoras y otras líderes que se anexaron empezaron a contar sus historias, y así formamos las Tejedoras de Vida (...) se realizó el primer taller de La Cocha. Nos fuimos allá y empezamos a hablar, más que todo como un conversatorio, sobre aspectos como: de dónde viene usted y a qué le tiene miedo (...). Para esa reunión se invitaron mujeres que habían conocido el recorrido de todo lo que se había hecho hasta ese momento, iba invitando profesoras, y también mediante el voz a voz; es decir, que si usted conocía a una mujer que tiene un caso importante, invitémosla, y si usted tiene otra, también (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 17 de junio de 2023).

El segundo encuentro en La Cocha

El segundo encuentro de La Cocha fue prácticamente el fundacional de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Dejando atrás la socialización de la victimización de las mujeres, este nuevo encuentro se centró en estructurar la organización; aún no sabían cómo se iban a llamar, porque estaban realizando un diagnóstico para poder identificar unas estrategias a partir de un mapa de riesgo, su identificación, también su misión, visión y ejes de acción. Además, asignaron responsabilidades a las mujeres participantes.

A este encuentro acudieron aproximadamente 40 mujeres, la mayoría de ellas docentes, y como en la reunión anterior, cada maestra llevaba a una mujer. La propuesta de Fátima para ese momento, se acuñaba en un lema: *“Juntémonos para protegernos, que si nos ven unidas nos van a respetar”*, que recogía muy bien el anhelo de las participantes en el evento, el cual explicitaron cuando se les consultó sobre qué querían: “la paz, que nos dejen tranquilos, trabajar y tener seguridad” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Se destaca también, la importancia que para estas mujeres fundantes tenía el territorio, dado que, en ese encuentro, al responder a la pregunta ¿para dónde vamos?, ellas manifestaron: “a cuidar el territorio”, y que quedó recogido en el tercer eje de acción que también identificaron: el desarrollo y el medio ambiente en sus territorios. “Luego vinieron sendas reuniones ya en el territorio con el fin de buscarle el nombre. Ya teníamos los ejes temáticos, los objetivos y algunas líneas de acción” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

En cuanto al nombre de la naciente organización de mujeres, inicialmente se había autodenominado como Gran Alianza Departamental, como resultado de la alianza que habían concertado con organizaciones que estaban activas en el territorio, como era la Ruta Pacífica, Casa Amazonía, Asmun y otras más pequeñas. No obstante, luego cambiaron su denominación a Tejedoras de Vida, porque ante el contexto de muerte y destrucción, su intencionalidad sería tejer la vida de nuevo, unirla y reconstruirla. Al respecto, se refirió:

Hicimos la primera reunión en La Cocha, luego la segunda reunión. Allá planeamos tres preguntas para las mujeres: ¿quiénes somos?, ¿qué queremos? y ¿para dónde vamos? Con las mujeres líderes éramos unas 40, la mayoría eran profesoras que yo las podía sacar y las profesoras llevaban otras (...), queremos la paz, que nos dejen tranquilos, que nos dejen trabajar, tener seguridad. ¿Y para dónde vamos?: vamos a cuidar un territorio, a formarlo, y ahí empezamos la misión, la visión, los objetivos (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

La segunda reunión en La Cocha, yo me acuerdo que era para buscar el nombre de la organización, cómo nacían las Tejedoras, cómo se iban a organizar, cómo iban a hacer para que quedara como una plataforma de organizaciones; porque lo que yo entiendo es que Fátima comenzaba con estas Tejedoras de Vida como algo de protección, y yo siempre se lo he dicho a Fátima, que ni ella pensó que esto se iba a crecer tanto. La idea que ella tenía era: juntémonos para protegernos, que si nos ven unidas nos van a respetar (...) En esa segunda reunión en La Cocha, vino la doctora Gloria Flórez con Claudia Girón. Las conocí a ellas y comencé a

ver como otra visión de Tejedoras y a decir: bueno, estas mujeres están planteando cosas bonitas, más interesantes, más políticas (Carmen Ocoró, 16 de junio de 2016).

Nos reunimos también para poder darnos el nombre, porque, primero, se llamaba Gran Alianza Departamental, porque nos unimos a Ruta Pacífica, y luego, nos unimos un poco a organizaciones de Mocoa y consejos comunitarios y nos dimos el nombre de Tejedoras de Vida. Dijimos que Tejedoras de Vida porque había muchas vidas destruidas y nosotras las íbamos a reconstruir, porque había mucha destrucción, eso era una cosa horrible. Entonces, empezamos a decir: vamos a tejer vidas otra vez, a unir las, a reconstruirlas, porque dejaron todo completamente roto, acabaron con todo (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Hicimos tres ejes fundamentales: un primer eje era los derechos humanos y la construcción de paz; un segundo eje era cómo construir políticas públicas para las mujeres en sus municipios, como una herramienta jurídica para reclamar sus derechos justos y necesarios, para que tengan su presupuesto propio en cada municipio, que es un derecho; y el tercer objetivo de la mujer, el desarrollo y el medio ambiente en sus territorios (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Es necesario destacar que estos tres ejes de acción, que surgieron del segundo encuentro, se han mantenido vigentes desde entonces hasta la actualidad. A partir de las reuniones en La Cocha, las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo cuentan con una incipiente estructura, y desde allí comienzan a actuar, principalmente desde iniciativas y acciones colectivas, como se verá a continuación.

Las primeras iniciativas y acciones colectivas

Desde el primer momento —que en este libro se ha denominado como “Surgimiento incipiente”—, las Tejedoras de Vida del Putumayo han hecho visible una significativa competencia creativa, que se ha reflejado en su capacidad de respuesta a necesidades de cada momento y con mayor énfasis a las más apremiantes.

En este aparte distinguimos entre iniciativas y acciones colectivas. Las primeras hacen alusión a actividades propuestas para atender necesidades concretas, sean institucionalizadas o no, y las segundas, pueden ser entendidas como respuestas organizadas y pacíficas ante distintas expresiones de violencia.

Se identifican en ese primer momento como iniciativas clave de las Tejedoras de Vida del Putumayo las ollas comunitarias, ideadas por Fátima, como un espacio en el que las mujeres, al mismo tiempo que preparaban y compartían un almuerzo, exteriorizaban sus tristezas y los hechos violentos que las victimizaron. También, en el 2006, se creó el primer Consejo Comunitario de Mujeres, cuando Fátima se desempeñaba como secretaria de educación. Un consejo institucionalizado legalmente, mediante decreto expedido por el alcalde de ese momento. Sus integrantes tenían la responsabilidad de crear un Plan de acción para las mujeres. Al respecto, se mencionó:

Yo dije: las ollas comunitarias son un éxito, eso nos sirve porque las mujeres nos chismoseamos, nos contamos de todo, nos decimos chistes, a veces el dolor de la una no ha sido tan duro como el de la otra, y cuando la una escucha lo que le ha pasado a la otra, inmediatamente empieza a reaccionar y dice: “Uy, yo pensé que era la única” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Dios mío, decía dentro de mí: ¿qué hacemos? ¿Por dónde empezamos? Así organicé ese consejo comunitario de mujeres; le hice sacar el decreto por el alcalde, le hice un plan de acción, y así se logró por primera vez que dejaran una plática para las mujeres. Eso fue en 2006. Las Tejedoras de Vida no teníamos tampoco oficina. Nos reuníamos en casas de algunas amigas o en espacios amplios para programar actividades, y cuando ya me nombraron secretaria de Educación, dije: “No, aquí hay que formar un consejo comunitario de mujeres y un consejo comunitario de los jóvenes”. Entonces, visité algunas lideresas que había identificado como activistas: Maruja Fajardo, Maura Lara, Carmen Ocoró, Onofre Córdoba, Mariela Pérez, entre otras. Un grupo muy bueno que yo observaba que participaban en todas partes y estaban pidiendo la palabra. Me dije: “Esas que piden la palabra, que están atentas a la reunión, están preocupadas por los problemas, voy a invitarlas”. Entonces, me fui de casa en casa y las invité para que formáramos el primer Consejo Comunitario en Mocoa, y ellas fueron quienes empezaron a hacer un plan de acción (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Como organización no contábamos en ese momento inicial con oficina ni computador. Yo hacía los oficios en la oficina de la Secretaría de Educación y Carmen Ocoró llegaba después de que yo finalizaba mi jornada de trabajo, a las 6:00 p.m., para repartir las invitaciones a reuniones a las mujeres. Las mujeres estaban muy entusiasmadas en participar y me urgía tener una base de datos, y le dije a mi amiga Diva Revelo que me ayudara desde la oficina de salud, en informática, para hacer esta

base de datos. Ella me dijo, “venga le presento a la profesional que está en esta oficina, se llama Nancy Sánchez, y ella le puede colaborar”. Fue así como fui con Diva y nos presentó, y fue la primera base de datos que teníamos (...). Invité también a la oficina a Maura Lara, Carmen Ocoró, Rosalba y Onofre. Les dije: “Vamos a hacer un plan de acción para las mujeres; es importante que a las mujeres nos respeten, es que yo jamás vi a papá y a mamá en irrespetos, peleando, yo siempre los miré preocupados por los hijos (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Tiene su inicio en el municipio de Mocoa. A partir del desplazamiento forzado por el conflicto armado en el Putumayo, muchas mujeres llegamos a Mocoa y nos encontramos que la Alcaldía Municipal estaba conformando el Consejo Comunitario de Mujeres de Mocoa y nos convocan a muchas mujeres del municipio, en cabeza de Fátima, que era la secretaria de Educación y estaba haciendo esa labor de la conformación del Consejo Comunitario de Mujeres, no solo en Mocoa sino en todos los municipios. Cuando nos encontramos en el Consejo Comunitario de Mocoa, que hacíamos en el aula del consejo municipal, nos miramos las caras muchas mujeres del bajo Putumayo, lideresas que veníamos desplazadas de Puerto Caicedo, La Hormiga, Orito, Puerto Guzmán. Aparte de que conformamos el Consejo Comunitario de Mujeres, entonces empezó a gestarse la idea de hacer una gran asociación de mujeres desplazadas en todo el departamento, con sede en Mocoa. En el año de 1996 se da el paro armado en Putumayo, no solo en Mocoa, y en el año 2000 es el desplazamiento masivo; entonces inicia en el 2001, que nos empezamos a encontrar en el Consejo Comunitario de Mujeres en el 2003. Hay una marcha en protesta por la violencia en todo el país y marchamos mujeres de Puerto Caicedo para protestar y pedir a los actores armados se cesaran las muertes indiscriminadas de campesinos y comunidades (colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

En cuanto a las acciones , ellas surgen a partir de 2005 como respuestas a los primeros asesinatos de Mujeres Tejedoras de Vida. El primero de ellos, el de Marina Benavides en Villa Garzón, perpetrado por grupos paramilitares, y el segundo, el de Martha Jamioy de la vereda Alpamanga, del municipio de Puerto Guzmán, y en ese momento gobernadora indígena. En el primer caso, Marina conocía a todos los campesinos de las veredas del municipio de Villagarzón como la Castellana, la Kofania, el Guineo, y había percibido que grupos paramilitares los sacaban de sus hogares, los introducían a taxis, los asesinaban y luego depositaban sus cadáveres en el río. Ella se ideó como

estrategia de prevención, avisar con un pito grande cuando los campesinos fueran retenidos. En efecto, cuando accionaba su pito, los paramilitares abandonaban el lugar y así se salvaron algunas vidas. Además, era una activista muy directa, y se comentó en el trabajo de campo que, en una reunión en la Alcaldía Municipal de Villagarzón, manifestó que para qué incrementar la militarización del municipio si se registraban muchos campesinos asesinados. Pocos días después, su vida fue cegada en presencia de su hija menor. A pesar del duro impacto y del natural miedo, las Tejedoras de Vida del Putumayo mantuvieron sus reuniones, hicieron manifestaciones y pronunciamientos y repartieron afiches.

En el caso de Martha Jamioy, ella se había opuesto a que la guerrilla reclutara los jóvenes indígenas de su resguardo, y lo había manifestado abiertamente. Como respuesta, este actor armado la asesinó en su residencia y prohibió que se le diera sepultura. Un grupo de aproximadamente treinta Tejedoras de Vida del Putumayo se organizaron, fueron hasta la residencia de la lideresa asesinada y, en ejercicio de resistencia pacífica, la inhumaron.

Estas acciones colectivas fortalecían a las Tejedoras de Vida del Putumayo en las distintas subregiones, dado que las empoderaba, evidenciando que, a pesar de ser mujeres heridas por las violencias, se anidaba en ellas un poder pacífico transformador, que emergía de ellas de manera valiente y lograba alcances. Pero también, les daba credibilidad y prestigio frente a la mirada externa e incluso ante los mismos actores armados en conflicto. ¿Quiénes, sino ellas, podrían actuar de manera tan comprometida, exponiendo sus vidas? Así se relata, desde sus propias voces:

(...) en el 2005, pues como no teníamos dinero, no teníamos ninguna ayuda, lo que hacíamos era: nos asesinaban una mujer, salíamos a pelearla; invitábamos a las mujeres y entonces salíamos a hacer plantones. Nos parábamos con letreros en la fiscalía, en diferentes lugares, en los semáforos, bueno hacíamos una cantidad de cosas. Así, protestábamos diciendo que ni una más, que asesinaron a fulana de tal, que dónde están las respuestas. Bueno, todas esas cosas (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 17 de junio de 2023).

En el 2005, entramos en la conmemoración de la Ruta Pacífica. Se les invitó para que vinieran a hacer una correría por el bajo Putumayo; llegaron a solidarizarse con nosotros por el problema que había. Nosotras ya nos llamábamos las Tejedoras de Vida; salimos a apoyar, pero nos asesinan a la primera lideresa de Villa Garzón, ese mismo 25 de noviem-

bre en nuestra gran actividad; nos asesinan a la compañera Benavides, y eso fue un golpe muy duro, porque ella manejaba Villa Garzón. El único papel de esta compañera era que cuando los paramilitares salían a llevarse a los campesinos y a asesinarlos, ella salía con un pito muy grande y se paraba y gritaba durísimo. Ella, como conocía a todos los campesinos de la Cofaina, del Guineo, de todos, entonces cuando miraba que los paramilitares los colocaban en los baúles de los taxis para llevarlos al río y allá los mataban y los tiraban, entonces ella salía con el pito, y cuando ella pitaba como que se detenía la gente y les daba como susto, pero tenga, la mataron. Sin embargo, seguimos nosotras reuniéndonos calladitas; tomábamos café, seguíamos hablando, haciendo pronunciamientos por la muerte de nuestra compañera, no sé cuántos letreros hicimos, manifestaciones, seguimos peleando (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 17 de junio de 2023).

La segunda compañera, al año siguiente; entonces, el grupo se llenó de miedo, pensando que nos van a matar. Me dijo mi marido que no me meta en eso, que mire lo que están haciendo. La otra compañera fue Martha Jamioy, en Puerto Guzmán. Dijimos: “No, Dios mío, ¿y por qué nos matan a Martha?”. Porque Martha estuvo en una reunión y le dijo a la guerrilla que no permitirían que se llevaran a los niños indígenas a la guerrilla, y al decir ella que no permitía eso, que no estaba de acuerdo, y como era gobernadora, entonces tenga, la mataron, y lo peor es que a ella no permitieron enterrarla, sino que la dejaron que se descompusiera en su casa. Nosotras nos bajamos y nadie quería ir; nos fuimos 30 mujeres para Puerto Guzmán, y dijimos: “A ver, que nos maten a las 30, vamos a ver si pueden matar a las 30”, y nos fuimos allá y la sacamos a Martha de la casa donde estaba descomponiéndose y le dimos sepultura; todas con vela y todas con un manto negro, pero nadie nos dijo nada y la enterramos; bueno, pero llenas de miedo (...) entonces a una la mató la guerrilla y a la otra compañera la mataron los paramilitares (tejedora de vida 1, medio Putumayo, 17 de junio de 2023).

Como pudo evidenciarse en este apartado, aunque el momento analizado abarca solo el surgimiento incipiente del proceso organizativo de las Tejedoras de Vida del Putumayo, sus primeros pasos fueron potentes y significativos. Se hicieron visibles desde entonces en sus iniciativas y acciones colectivas, sus potencialidades y capacidades como organización de mujeres y sus posibilidades de consolidación en el futuro.

La pausa: Fátima Muriel viaja a España y realiza una maestría en estudios de género

El inicio del proceso organizativo de las Tejedoras de Vida del Putumayo entró en pausa en el 2006, cuando Fátima Muriel Silva viajó a España para realizar una maestría en Estudios de Género, oportunidad a la que pudo acceder gracias a una beca que obtuvo. Por entonces, Fátima era la presidenta de la organización y convocó a la junta directiva para manifestarles sobre su viaje a Europa, e indicarles que la vicepresidenta, Amanda Camilo, seguiría al frente en calidad de presidenta. No obstante, esta pausa representó también una ventana de oportunidad para que las mujeres de esta organización asumieran posturas importantes y decidieran qué rumbo querían darle a su naciente proceso, y también para Fátima, porque amplió su red de relaciones y su formación en Estudios de Género cualificó su trabajo con las mujeres que integraban la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo. Así lo expresó ella misma:

En el 2006, una amiga me envió una convocatoria internacional y me dijo: “Fátima, le envió esta convocatoria que es para su perfil, es una maestría en estudio de las mujeres y género. Tengo presente lo que usted me ha hablado sobre las mujeres del Putumayo. ¿No será que le puede servir para su trabajo con las mujeres?”. Agregó: “No se preocupe querida, pero mírela, léala, y si hay algo en que le pueda colaborar yo le ayudo, dígame qué no entiende y yo le ayudo. Yo me quedé preocupada por lo que usted me estuvo contado del Putumayo y de las mujeres”. Y me llamó después y me dijo: “Qué te has pensado tú, que te has ganado la beca; tienes que decirnos porque aquí hay muchas en lista, tienes que decirnos que vienes o no vienes o qué hacemos”. Luego, mandé la carta diciéndoles que sí aceptaba la beca; eso fue rápido, corrí a hacer la comisión de estudio, a decirle al señor gobernador que me iba a estudiar, que me había ganado una beca, y me fui preocupada por la organización de las mujeres. Nosotras ya teníamos una estructura: asamblea, junta directiva, en la que yo fui elegida presidenta, y Amanda Camilo, que era la vicepresidenta (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Yo llamé a las Tejedoras de Vida y les dije que me iba a estudiar, que Putumayo me había dado muy duro, que estaba muy triste por tantas muertes, que yo ya no toleraba más, que había visto morir a tanta gente injustamente, y que ahora habían terminado con la vida de mis hermanos, que quería irme para darme un espacio de recuperación lejos de

este escenario de tantos asesinatos, ya que yo no soportaba tanto dolor. Les manifesté que Amanda Camilo iba a quedar de presidenta, pero le pedí me mantuvieran informada. Reuní a las mujeres y les dije: “Voy a dejar a cargo a Amanda Camilo”, pues yo era la presidenta; lo que pasa es que yo después del asesinato de nuestras compañeras, les dije a todas las mujeres que nos uniéramos la Ruta Pacífica, la Casa Amazonía, que en ese momento estaba orientada por dos profesionales de Bucaramanga, quienes para entonces ejecutaban proyectos en el Putumayo, y las Tejedoras de Vida, en una sola organización para hacer una plataforma, hablar un solo lenguaje y no estar la una por allá la otra por acá (...) y así hicimos, y en esa unión yo quedé de presidenta y de vicepresidenta quedó Amanda Camilo, pero como yo me iba para España a estudiar, les dije que ahí les quedaba todo. Habíamos hecho unas primeras encuestas; nosotras nos repartimos y enviamos a muchas compañeras a los municipios a levantar la encuesta con tres preguntas: ¿quiénes éramos? ¿que queríamos? y ¿cuál era nuestro futuro? (...) 600 personas respondieron esa encuesta, esa era la información que dejé a Amanda Camilo, presidenta de la organización, y yo me fui a estudiar, partida el alma con dos amigas asesinadas, con dos hermanos asesinados, con mi esposo con atentado también (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Cuando Fátima se fue a estudiar en el 2006, las Tejedoras de Vida quedaron con Amanda Camilo, quien era la vicepresidenta. Hubo un receso de tres años que duró la maestría de Fátima, no había para hacer reuniones, no había nada para hacer. Yo me fui a hacer en ese tiempo un diplomado de trenzando saberes y poderes con la Ruta Pacífica. Varias de las que estábamos acá arrancamos para la Ruta Pacífica a estudiar (Carmen Ocoró, 16 de junio de 2016).

Al finalizar sus estudios de maestría, Fátima regresó al Putumayo y se vinculó nuevamente a la Secretaría de Educación. Una vez más la invitaron a una reunión en la que Carmen Ocoró y Maura Lara le informaron que la organización se había dividido entre las asociaciones existentes.

Fátima presentó a Amanda Camilo, de la Ruta Pacífica, capítulo Putumayo, una nueva propuesta de unidad. Le pidió que se integraran en una organización departamental, para gestionar recursos y focalizar su trabajo en este escenario territorial. Le manifestó que hacer parte de una organización nacional les dejaría muy poco margen de acción, ya que la gestión de recursos quedaría en el nivel central. Amanda le manifestó que ella ya estaba comprometida con la Ruta y que hacía parte de la coordinación nacional.

Ante la solicitud de las mujeres de su organización, Fátima consideró con ellas que era hora de institucionalizarse. Carmen Ocoró, evidenciando la creatividad que es tan propia de estas mujeres, procedió de prisa en ese sentido, adecuando los estatutos del Barrio de Mujeres, que ella había creado, a los estatutos de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, y así lo presentaron ante la Cámara de Comercio. Al respecto, expresaron las mujeres consultadas:

Después de tres años, Fátima llegó al Putumayo y entonces me dicen Carmen Ocoró y Maura Lara: “Fátima, venga que se acabaron las Tejedoras de Vida porque hay discusiones, hay peleas de las mujeres”. “¿Cómo así?”, les dije yo. Llego otra vez y estamos reunidas y cuando me entero de que las mujeres de Ruta Pacífica estaban en disputa con las de Casa Amazonía por protagonismos, y las Tejedoras de Vida invisibilizadas. Yo les dije: “No, mujeres, ustedes están peleando aquí por protagonismo, ustedes no están peleando por las colectividades” (...). Yo ya venía preparada, volvieron las mujeres y me nombraron otra vez presidente, y nos dividimos (...) (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Cuando ya llega Fátima, nos encuentra en una peleadera. Yo seguía pensando que teníamos que legalizar a Tejedoras y para eso yo lo que hice fue tomar los estatutos de mi barrio. Busqué una amiga que sabía manejar el computador y quien me ayudó a adaptarlos. Imagínese usted, profe, unos estatutos de un programa de vivienda para adaptarlos a unos estatutos de una organización de género. Así legalizamos Tejedoras, y desde ese momento yo ya comencé a ponerle más amor y a decir: “Bueno, aquí es donde quiero estar” (Ocoró, 2016).

Yo le había dicho a Amanda: “Unamos las organizaciones, es mejor no ser una ruta sola nacional, sino que hagamos una departamental de aquí de nuestro territorio, porque la nacional pide recursos para allá y acá no nos llegan. En cambio, si la hacemos departamental, yo creo que soñamos más”. Ella dijo: “Yo no puedo, yo tengo que irme con la coordinación nacional”. Le dije: “Bueno, entonces yo voy a reunirme con las de acá y hacemos una departamental,” y así fue como nos reunimos (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

El proceso de consolidación de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo

El proceso de consolidación de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo puede ser comprendido como el lapso en el que esta organización

de mujeres se dinamiza, siendo probada en sus alcances por el paso del tiempo, ya que no solo mantiene los pilares esenciales que delinearon sus orígenes, sino que se amplía y fortalece, supera limitaciones y dificultades, recoge la cosecha de logros y reconocimientos, y cuenta con procedimientos sólidos que se mantienen a lo largo de su devenir.

La consolidación de esta organización de mujeres cabalga sobre diversos factores: en primer lugar, las causas que abrazan; en segundo lugar, la manera como fueron superando las limitaciones y los desafíos; en tercer lugar, la centralidad de la educación y la planeación, y, en cuarto lugar, las condiciones propias de las mujeres que la integran: su historia compartida, su capacidad de resistencia no violenta, su resiliencia y su sentido de pertenencia.

Las causas que abrazan las Tejedoras de Vida del Putumayo

Las mujeres, sus pérdidas y su dolor profundo, y al mismo tiempo, su empoderamiento, la sanación de sus heridas y la transformación de sus condiciones de vida, son causas que abrazan las Tejedoras de Vida del Putumayo. A su vez, en esta organización asumen una doble condición: por un lado, representan su causa fundante, y por el otro, se articulan como pilar fundamental de su consolidación. Ésta última condición se explica porque estas causas se han convertido en su centro dinamizador, su mayor fortaleza, la razón que hace posible su cohesión o unidad, y la acertada ruta que conduce a sus logros.

Se agrega a lo anterior que estas causas ofrecen la respuesta exacta o a la medida de las necesidades de las Tejedoras de Vida del Putumayo, inmersas, como se ha documentado en distintos apartes de este libro, en un contexto caracterizado por la expresión de violencias plurales y actores violentos que emplean repertorios de inimaginable barbarie y degradación contra ellas, sus familias y comunidades. Pero también hacen visibles alternativas para los anhelos de transformación de sus vidas y su realidad, y les permite perfectamente recuperar la esperanza y su dignidad. ¿Cómo mujeres en esta condición no abrazarían una organización que las coloca en el centro y les ofrece oportunidades reales de transformación?

Las mismas mujeres han apoyado mucho, independiente de que no estén en Tejedoras de Vida. Han visto con buenos ojos, abren sus corazones, mandan buenas energías, están como muy pendientes, y hay casos de mujeres que me dicen que las apunte ahí, en Tejedoras de Vida y

que les dé un papelito donde diga que es Tejedora de Vida para que el esposo no la maltrate ni le pegue. Entonces, le da a uno a entender que estamos haciendo un papel bien importante, y yo le digo: “¿por qué quiere ese papel que diga que es Tejedora de Vida?”, y me dijo: “yo quiero llamarme Tejedora de Vida porque mi vecina, doña María, el marido le pegaba mucho, y desde que es Tejedora de Vida no la volvió a tocar, porque que le ha dicho esa señora a mi marido que ella está metida con un grupo de mujeres que manda a la cárcel a los hombres” (Muriel Silva, 2023).

A las mujeres de Mocoa nos llama la atención organizarnos, porque sentimos que ese espacio es el encuentro, el respaldo para superar muchas situaciones que hemos vivido. Nos llama la atención que aquí, aparte de venir soltando nuestro dolor, entonces empieza un proceso de capacitación, de entender que tenemos derechos, a no ser perseguidas, a no ser violentadas. Comenzamos a conocer las leyes 1257 sobre nuestros derechos; empezamos a estudiar las leyes del derecho internacional humanitario, empezamos a saber que las mujeres somos un papel importante en la sociedad y que no podemos dejar en silencio toda esta situación. Eso nos llama la atención, como un espacio de difundir, de interacción de todo lo que nos pasa a las mujeres (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Conocí a Fátima en el 2005, cuando Fátima llega a la inspección del Tigre. Éramos mujeres totalmente volubles, para acá y para allá, pero no nos habíamos centrado bien en qué teníamos que hacer las mujeres. Entonces, cuando llega Fátima Muriel y dice: “las mujeres del Tigre han sufrido mucho, quiero organizarlas, quiero que nos organicemos”, y he ahí que, desde el 2005, hemos hecho ese camino tan grande y fructífero con Tejedoras de Vida (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Yo fui de las fundadoras, de las que andábamos haciendo bolsos gratis, atendiendo la oficina gratis, como contaba Elizabeth Arciniegas. Nosotras éramos el equipo voluntario. Hacíamos marchas, eventos los 25 de noviembre y 8 de marzo. Era nuestra motivación, nuestro trabajo, estar pendiente si había mujeres maltratadas. En ese tiempo, Carmen Ocoró estaba pasando las duras con su esposo maltratador; con ella nos encontrábamos en el parque, y decía: “estoy esperando que se hagan las seis de la tarde para recoger a mis hijas en el colegio, para poder llegar con ellas a la casa, porque si llego sola, me maltrata”. Entonces, nos poníamos a conversar; yo le decía, “toca ver cómo se resuelve, pero no dé papaya” (Lara Bambague, 2023)

Lo que más destaco de Tejedoras de Vida es la transformación de vidas. Yo pienso que lo que ha hecho Tejedoras con las mujeres, es transformar la vida, la vida de las mujeres. El nombre tiene mucho que ver; yo soy una transformación en este proceso y conozco muchas mujeres que somos la transformación, y lo que más me motiva es que mis hijas han seguido este proceso (Ocoró, 2016).

(...) ahí es donde empezamos a conocer, a entrar a los talleres, a las capacitaciones, a conocer los derechos de la mujer, y mira, cuando se da uno cuenta cómo ha estado ciega, de cuánto han violentado nuestros derechos, y entonces uno empieza a empoderarse, a quererse más, a salir adelante, aprender oficios, y mira que me ha ido bien. Gracias a Dios, de todos esos talleres he aprendido, me la he guerreado como toque para levantar esos chiquillos. Ya tengo dos graduados, el uno, el mayorcito, ya en su tercer semestre de psicología, otra niña estaba estudiando salud mental y ya se graduó, y las otras dos están por graduarse y he podido sola. Ya los estoy volviendo profesionales y mira que sí se puede (Rosero, L., Tejedora de Vida, alto Putumayo, 2023).

Las Tejedoras de Vida del Putumayo me han permitido seguir conociendo, seguir formándome, seguir construyendo mi vida con muchas mujeres, con las historias de muchas mujeres, seguir fortaleciéndome y mirar que cada una contamos con nuestra historia y que seguimos fortalecidas cuando estamos juntas (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

La manera como han superado limitaciones y dificultades

Al igual que la mayoría de las organizaciones, la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo comenzó desde cero, sin recursos económicos, ni dotación o alguna infraestructura básica para operar. Ellas enfrentaron estas limitaciones con voluntad, compromiso, valentía y creatividad, pero también desarrollando capacidades de liderazgo y gestión.

Gracias a la capacidad de liderazgo pudieron impulsar su organización en esa fase inicial y realizar actividades incipientes, pero necesarias. Durante el trabajo de campo, estas mujeres recordaron que el primer computador que obtuvieron fue gracias a una donación de Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023). Como se destaca a continuación, asumían ellas mismas labores de mensajería, acudían a la contratación de servicios para pago posterior, y hacían gestión ante instituciones del Estado.

Yo me vinculé con Fátima, quien trabajaba en educación. Nosotros no teníamos un computador; no teníamos nada, solo las ganas de hacer las cosas. Entonces, Fátima me decía: “Venís a las 6, yo te espero para que redactemos unos oficios”; pero la que redactaba era ella. Entonces, ella me decía: “Vaya a tal parte, a tal otra”. Tocaba a pie, porque yo no tenía moto. En Tejedoras lo que hacíamos era fiar. Fátima me enseñó a hacer la logística y yo fui de las primeras que hicieron logística en Tejedoras. Ella me enseñó que había que citar las mujeres, la comida, la venida, el transporte. Entonces había un amigo en Cootransmayo y él nos fiaba el transporte para poder movilizar las mujeres, y me decía: “Usted cómo me respalda”. Yo le dije: “Con la profesora Fátima; ella tiene plata; si yo no te pago, ella paga”. La profesora Fátima, como era más conocida que la piña, entonces me fiaban a nombre de ella. Íbamos a gestionar con la gobernación los refrigerios; los auditorios no se pagaban, nosotras gestionábamos en la sede de Confamiliar o en los colegios, y muchos talleres los daba Fátima (Carmen Ocoró, 16 de junio de 2016).

La capacidad de gestión también estuvo presente en el logro del primer proyecto apoyado con recursos internacionales. Fátima lo formuló cuando estuvo en España y casi que a su regreso a Colombia obtuvo su aprobación por el Centro de Iniciativas de Cooperación al Desarrollo (CICODE), de la Vicerrectoría de Internacionalización de la Universidad de Granada, España. Este proyecto fue muy importante y marcó el inicio de la consolidación de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Además, sería el preludio del significativo apoyo que la Cooperación Internacional brindaría después a esta organización de mujeres.

Allá en España, en el centro de CICODE, abrieron una convocatoria para unas propuestas, y yo hice la propuesta de acá, de las mujeres. Le digo a la coordinadora de mi tesis: “¿Será que me adelanto con una pre propuesta para ver cómo voy a llegar, si voy a continuar buscando esos liderazgos de las mujeres? Porque están muy solas y la única forma es que nos unamos y nos ayudemos, porque solitas no van a poder hacer nada”. Y me dijo: “Sí, Fátima, presente la propuesta ahí, en CICODE, y a ver cómo le va”. Y me fue super bien, porque me llamaron cuando yo ya me venía para acá. Entonces me dijeron: “Vea Fátima, salió favorecida con esa propuesta suya”. El cheque en ese tiempo era de 20 millones, imagínese, y yo me vine con los 20 millones (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Con este aporte de los veinte millones de pesos de la propuesta que presentó Fátima como estudiante de maestría en la Universidad de Granada al Instituto de CICODE, junto con Carmen Ocoró, iniciaron un ejercicio de gestión para la

consecución de otros recursos ante la Gobernación del Putumayo, la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP) y algunas alcaldías. Como se verá posteriormente en este capítulo, con esta gestión lograron la realización de un diplomado en emprendimiento y género, de carácter semipresencial, para 150 mujeres rurales, especialmente de los municipios de Puerto Asís, Valle del Guamuez y Mocoa.

Más adelante, la capacidad de gestión de las Tejedoras de Vida del Putumayo se hizo más robusta. Así, desde la formulación de política pública para las mujeres, en algunas alcaldías del Putumayo lograron la aprobación de comités consultivos y de casas para la mujer, espacios donde ellas pueden encontrarse, proyectar acciones conjuntas y desarrollar proyectos. Se agrega a lo anterior que esa capacidad se ha dinamizado también para buscar ayudas y acompañar a mujeres víctimas de las violencias, así como a familias damnificadas por emergencias como la generada en 2017 por el desbordamiento de los ríos Mocoa y Sangoyaco, que casi arrasaron un barrio completo y provocaron un número significativo de muertes, dejando muchos sobrevivientes sin sustento.

La centralidad que otorgan a la educación y a la planeación

La importancia que las Tejedoras de Vida del Putumayo han otorgado a la educación y su ejercicio de planeación han incidido, sin lugar a duda y de manera directa, en su proceso de consolidación.

La educación, un eje central en el proceso

Representa un rasgo distintivo de las Tejedoras de Vida del Putumayo el papel principal que han asignado a la educación. En esta organización la educación es eje central y el punto de partida de su trabajo con las mujeres. A su vez, es un instrumento mediador para el cambio y la transformación de sus condiciones de vida y también un mecanismo para cualificar su trabajo como Tejedoras de Vida del Putumayo.

Fue visionaria Fátima Muriel Silva al otorgarle a la educación un rol protagónico en el proceso de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Tal vez, por su formación y ejercicio docente de toda la vida, pero también por su convicción profunda de que la formación es la base de la transformación en las familias, las comunidades y el departamento. Por ese motivo se explica que, con los primeros recursos que obtuvo de la cooperación internacional, decidiera realizar

un primer diplomado para las mujeres que integraban su naciente organización. Este programa de formación se realizó en alianza con la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), que benefició a 150 mujeres sobre un tema relevante: “Empoderamiento y género”. Luego, vendrían otros más, con universidades como La Salle, y con Organizaciones No Gubernamentales (ONG). En la actualidad, esta organización de mujeres cuenta con 1.000 Tejedoras de Vida del Putumayo, formadas en los distintos diplomados que han impartido.

Yo miraba que era importante la educación, porque las mujeres, cuando hicimos una de las primeras caracterizaciones aquí en el Putumayo, me dijeron que no sabían leer ni escribir. Entonces, yo dije: “El analfabetismo es uno de los primeros factores que aquí está permitiendo que a las mujeres se les vulneren sus derechos, porque usted no puede ni hablar, no puede decir nada, es completamente ignorada, es invisibilizada”. Entonces, hay que educarla para que la mujer diga quién es ella, quién es la persona, y se dignifique. Es que habían acabado con la dignidad de ellas, entonces yo empecé por la educación para que se dignificaran (...). Yo pensé que la educación era lo más importante, porque iba ubicando a las mujeres en su papel, les enseñaba a hablar, a valorarse, a defenderse y empezar a ocupar el espacio que le toca como sujeto de derechos (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Bueno, les dije: “Vengan mujeres acá, comencemos de cero; yo presenté una propuesta para trabajar con las mujeres y me he ganado 20 millones. Con ese dinero vamos a formar a 150 mujeres. Yo me voy a dedicar solamente a educar a las mujeres. Voy a educar porque la educación es el cambio y el desarrollo (...). Con la ESAP hicimos el primer diplomado, 50 mujeres en Puerto Asís, 50 mujeres en valle de Guamuez y 50 mujeres en Mocoa, que se llamó Empoderamiento y Género. Con muchas universidades hemos hecho acuerdos, incluso la doctora Esperanza nos ayudó con el diplomado de la Salle sobre “mediaciones para la paz” (...). En este momento Tejedoras de Vida tiene más de 1.000 mujeres que han recibido formación en los diplomados que les hemos impartido (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Fue muy interesante la gestión que realizaron para lograr la concreción del primer diplomado. Como lo habían hecho antes, tocaron muchas puertas y contactaron funcionarios conocidos, como los de la Gobernación del Putumayo, que les facilitó el apoyo para la alimentación y el alojamiento de los docentes del diplomado y de las Tejedoras de Vida que participarían en él. También, y no menos importante, la búsqueda del contacto con el director de

la ESAP, quien había sido gobernador del departamento, y quien respondió positivamente, poniendo en movimiento requerimientos y recursos humanos para que el diplomado se impartiera. Así se narró desde el territorio.

Se vino Carmen Zereida y yo cogí a las Tejedoras y les dije: Carmen, lo primero es que nos vamos a legalizar para poder tener recursos, y segundo, vamos a hacer un diplomado para que las mujeres estudien. Yo tengo 20 millones, los pongo aquí para que eduquemos a las mujeres, pero 20 buscan a otras 20 y esas 20 buscan a otras 20, y así vamos haciendo alianza hasta que reunamos 150 mujeres que vamos a educar; vamos a hacer un diplomado. Nos fuimos a la gobernación y le digo a Esmeralda Medina, que era la secretaria de Desarrollo Departamental: “Voy a hacer el diplomado y necesito que me apoyes con el alojamiento y la alimentación de las mujeres, porque tú sabes que ellas necesitan y es una responsabilidad de acá del gobierno apoyar a las mujeres”. Me dijo: “Fátima, claro que podemos hacerlo”. Y yo le dije: “Yo pongo profesoras, yo pongo lo demás”. Y le dije a Carmen: “La única que está dictando diplomados es la ESAP”. En ese momento estaba de director de esta entidad un exgobernador del Putumayo; lo llamamos para que nos diera una cita y, como accedió, nos fuimos en bus para Bogotá. Le dije: “Vea, ya tenemos alimentación, alojamiento, tenemos todo, y solo falta que usted nos apoye con los profesores de la ESAP”. Él llegó y llamó a la coordinadora y le dijo: “Atiéndame aquí a las de Putumayo, que quieren hacer un diplomado allí”. Y nos mandaron los profesores, que fueron a Puerto Asís, Valle del Guamuez y acá en Mocoa. Eso, yo pienso que logró sacar esa transformación de esas mujeres. Cuando vieron las profesoras, eso las animó mucho. Mujeres que nunca en su vida habían estado en un diplomado. Lo hicimos entre viernes, sábado y domingo, y después, ya seguí con más diplomados, y hoy tenemos 1.000 mujeres que se han formado en estos. ¿Cómo no va a transformar? ¿Cómo no va a cambiar? Ellas tienen otra mirada. Por eso digo que ni la comida, ni los proyectos productivos, ni nada de eso las saca de ahí como la educación, y estoy segura de que la educación es el motor del desarrollo (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Las Tejedoras de Vida del Putumayo han coincidido de manera generalizada al considerar que uno de los mayores aportes de esta organización de mujeres en sus vidas ha sido brindarles el acceso a procesos de formación y al conocimiento. Muchas de ellas manifestaron que, desde niñas, querían estudiar, pero por el difícil pasado que pesaba sobre las mujeres, no se les permitió, lo que representó para ellas una gran frustración en sus vidas. Durante el trabajo

de campo, me impactó que Mónica Guadalupe Botina, tejedora de vida del alto Putumayo, me enseñara un cuaderno que llevaba en su mochila y al cual conservaba como un tesoro, en el que guardaba como un tesoro, con una letra impecable, sus aprendizajes sobre un diplomado en “Mediaciones para la Paz”, que dicté en 2016 con la Universidad de La Salle, a través de su doctorado en Educación y Sociedad.

La Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo ha transformado para mí, de una manera positiva. Ha aportado a los estudios, que también he realizado, y eso ha sido muy bueno porque las capacitaciones, ya enfocadas solo en el tema de mujeres, han servido bastante. Ya en la parte individual, para seguir también en lo colectivo (Sandra Chasoy Chasoy, 24 de junio de 2023).

Tejedoras de Vida ha devuelto la confianza en mí nuevamente, y como a través de Tejedoras de Vida hemos llegado a donde quizás las mismas instituciones han podido llegar. Nosotras, desde Tejedoras de Vida, conocemos bien a fondo la historia de las organizaciones, hemos compartido con las mujeres, sabemos que no solamente en una organización que se constituyó porque sí, sino porque las mujeres en esos espacios ven la oportunidad de capacitarse, de emprender y de hacerlo de manera organizada (Ana Milena Delgado Patiño, bajo Putumayo, 11 de junio de 2023).

La capacitación que a nosotros nos dio la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida fue un alimento para nosotras; pudimos empezar a despertar, a dejar la timidez, a saber, que teníamos nuestros valores y que, por no conocer y no saber, pues estábamos nosotras ahí. Después de que empezamos a conocer que la Ley 1257 nos enseñaba qué éramos y que había que trabajar en equidad y género, que tiene tanto derecho el hombre como la mujer también, entonces, empezamos nosotras con esta Ley y esto fue por medio de la Alianza Tejedoras de Vida, con esas capacitaciones que nos daban, lo que benefició mucho la comunidad y se puede decir que casi a una parte de las comunidades vecinas, porque empezamos nosotros a socializar en las reuniones, en las asambleas y a decir que teníamos unos derechos y que por lo tanto debíamos prepararnos también; que teníamos que capacitarnos porque todo el tiempo no íbamos a estar solo en la casa, con las gallinas, los marranos, los perros, y lavando ropa sin poder salir. Entonces, después, ya desde mi casa, también los muchachos ya sabían que tenían que lavar, que tenían que cocinar e igual darles la comida a los animales, mientras que la mamá salía a capacitarse para beneficiar la comunidad y la familia (Colectivo, Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

La importancia de la planeación

Las Tejedoras de Vida del Putumayo no tenían ninguna experiencia en planeación, pero desde sus inicios esta actividad ha estado presente en su organización. Ellas se han apoyado en este ejercicio incipiente de programación para soportar algunos aspectos de su organización inicial y de su proyección. Es necesario recordar las preguntas orientadoras que se formularon en los encuentros fundacionales de La Cocha. En el primero, se les consultó: ¿De dónde viene usted? ¿A qué le tiene miedo? A partir del resultado de esta indagación generaron el diagnóstico inicial de la situación del Putumayo y de las mujeres en el marco del conflicto armado interno. A su vez, sobre este diagnóstico comenzaron a proyectar sus acciones inmediatas.

En el segundo encuentro de La Cocha, se les dejó una tarea, que consistía en consultar a las mujeres de los 13 municipios sobre estos aspectos: ¿Quiénes somos? ¿Qué queremos? ¿Para dónde vamos? De manera planificada, dos mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo asumieron el ejercicio por cada uno de los 13 municipios del departamento, regresaron con 50 entrevistas por cada localidad, y sobre estas respuestas se formularon los ejes de acción de su organización.

En tiempos más recientes, la planeación volvió a hacerse presente. A partir de la pérdida de mujeres por la avalancha y por el COVID, en la organización se consideró la necesidad de hacer un filtro para evaluar qué mujeres y entidades estaban vinculadas a su asociación para, a su vez, caracterizarlas. Incluso, para brindarles una atención integral:

Las Tejedoras de Vida cuentan con mil mujeres vinculadas a la organización. Con la avalancha de 2017 y con el COVID-19, se murieron muchas mujeres, y muchas se desplazaron. En estos momentos estamos volviéndolas a reestructurar, a organizar, y el equipo técnico está haciendo la revisión para actualizar. Tenemos por lo menos 50 organizaciones ya caracterizadas que están activas, 170 más apoyadas por parte de Tejedoras de Vida (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Me llama una amiga, enfermera jefa del hospital, y me dice: “Fátima, cómo le parece que van a remitir a unas mujeres al psiquiátrico y ellas no quieren ir”. Me fui al hospital y le pregunté al doctor sobre el diagnóstico, porque yo sabía que el hospital no tenía especialista en psiquiatría. Él me respondió que la afectación de la avalancha por la pérdida de sus familiares y bienes había trastornado a las mujeres. Le dije:

“Pero esa no es la solución, doctor; por qué no las deja y las atendemos en el mismo trabajo que tenían, en los restaurantes, como vendedoras ambulantes, etc.” Fue así como las atendimos con un proyecto que les brindó atención integral mediante talleres sicosociales y se les ayudó con materiales para que iniciaran sus trabajos (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Las condiciones propias de las Tejedoras de Vida del Putumayo

En el 2005, desde mi primer acercamiento a las Tejedoras de Vida del Putumayo, y hasta hoy, he podido identificar condiciones propias en ellas, que no solo le otorgan un perfil especial a esta organización, sino que han incidido en su consolidación. Ellas tienen que ver con un pasado común compartido, el desarrollo de capacidades y potencialidades, y con cualidades generalizadas asociadas a la manera como abrazan las causas que las convocan y dinamizan.

El pasado común compartido

Un pasado común de las mujeres que integran las Tejedoras de Vida del Putumayo adquiere una singular relevancia en diversas dimensiones de esta organización, y no solo por compartir la connotación dolorosa de su victimización, sino principalmente porque esta organización les ofrece a las mujeres la posibilidad de resignificar esa condición. En Tejedoras de Vida ellas se reconocen entre sí como mujeres que han vivido experiencias y dolores comunes o similares, y eso facilita que construyan lazos de unidad, solidaridad y comunidad de afectos, y que se apoyen entre sí para sanar y cicatrizar heridas. También favorece su empoderamiento y la recuperación de su dignidad, entre otras. Por estas razones, ese pasado compartido ha contribuido a la consolidación de esta organización.

Cuando a uno le gusta algo y quiere salir adelante, hace muchos sacrificios, porque a una de mujer le toca hacer muchos sacrificios. Bueno, y entonces las reuniones de estas capacitaciones le sirven a uno mucho porque uno aprende, tanto de las compañeras como de los líderes que están dando esos talleres. Entonces, yo le agradezco a todo, y aquí a la señora Fátima, habernos tenido en cuenta para poder despertar, para poder salir adelante, para poder formar una asociación, porque uno cuando conoce muchas cosas o leyes, o aprende o se agrupa, logra muchas cosas; uno puede lograr hacer proyectos para poder sostener o

buscar una mejor vida para la familia, porque es duro todo lo que a uno le ha pasado; porque a uno le han pasado muchas cosas después de la violencia y todo eso; entonces, uno quiere seguir adelante con la familia y buscar cómo trabajar con las demás y agrupar más compañeras (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Sus experiencias como víctimas de múltiples violencias las han convertido en conocedoras de primera mano de los contextos de alta conflictividad en los que han vivido, los actores armados que los habitan, su accionar y sus repertorios de violencia. Esto facilita su labor como Tejedoras de Vida, pues conocen sus territorios y lo que en ellos se vive. Este conocimiento ilumina y orienta la intervención de las Tejedoras de Vida en contextos de confrontación bélica; les permite actuar con prudencia, saber hasta dónde ir y la manera como no puede procederse. Esta valiosa experiencia fortalece el eje de acción de defensa de los derechos humanos y la construcción de la paz de esta organización de mujeres.

Las vivencias mencionadas las han llevado a vivir sus vidas y las causas que abrazan con pasión, es decir, con intensidad. Nada o muy poco es plano o lineal para ellas. Asumen con intensidad el dolor y la alegría, la muerte y la vida, y especialmente el trabajo por la paz. Esto favorece su firme compromiso con la misión, los proyectos y las actividades que desarrollan como Tejedoras de Vida del Putumayo, y, por ende, dan alcances a su organización de mujeres, lo que resuena en su proceso de consolidación.

Su condición de víctimas de las violencias las ha llevado a asumir riesgos y retos para proteger la vida, en su significación más amplia, de otras mujeres, de sus familias y comunidades. En una relación de causalidad, ellas, que han estado al borde de la muerte y han padecido todo, lo imaginable e inimaginable, el terror y la barbarie, las pérdidas y el dolor sucesivo, han aprendido a apartar el miedo para asumir con valentía la protección de otros y evitar que repitan su experiencia de dolor. Dan así, mayores alcances a la labor de su organización de mujeres e inciden en su proceso de consolidación.

Antes, vivíamos como sumisas al esposo, al hogar, y a que hubiera paz en el hogar. Por eso, uno se quedaba callado, pasara lo que pasara, aguantándose, y a veces mirando que somos atropelladas, tanto nosotras como esposas y los hijos también. A veces, uno no puede defender los hijos porque creía que el hombre era el de la casa, y él era el que tomaba la dirección de todo; él es el jefe y el que pone la comida en la casa, y nosotras teníamos que estar sumisas. Ya después, cuando entramos a Tejedoras de Vida y a capacitarnos, pues fue cuando ya doña

Zereida nos buscó y empezamos a entrar en capacitación con doña Fátima. Las mujeres ya nos fueron formando a nosotras como mujeres y a mostrarnos cuáles son nuestros derechos; ya entramos como a valorar que nosotras también podemos tomar las riendas de nuestros hogares y que no solamente la carga se la debíamos dejar al esposo, sino que todo debe ser compartido. Cuando empezamos las capacitaciones, ahí empezamos a formar primeramente nuestra familia, al hogar, porque debe empezar por ahí, primeramente. Después de que ya empezamos a capacitar a nuestros hijos, ya nuestros esposos también participan en capacitaciones y ya ellos también van entendiendo (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Sobrevivir a las violencias en el pasado y luego sanar con otras mujeres sus heridas en la Alianza de Tejedoras de Vida, les ha permitido que se perciban como *mujeres empoderadas, mujeres poderosas, mujeres que transforman, mujeres capaces, mujeres titánicas, mujeres visionarias, mujeres que pueden alcanzar sus sueños*, y dicha autovaloración dinamiza su acción. Se destacó en el trabajo de campo que apelan con frecuencia a estos calificativos, y en algunos casos, como el de Carmen Ocoró, expresan que se sienten orgullosas de que sus hijas hayan seguido su mismo camino, ingresando como nuevas generaciones a esta organización de mujeres. Las Tejedoras de Vida del alto Putumayo hacen alusión a esto en la expresión: “Mujeres muy fuertes, unidas, empoderadas, resilientes, exitosas y deliciosas” (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023); y las del medio Putumayo lo manifiestan así: “Somos unas mujeres saludables, mujeres titánicas, dinámicas y visionarias: Alianza de mujeres Tejedoras de Vida” (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Lo más importante que hemos logrado nosotras las mujeres es el empoderamiento, el fortalecimiento de las capacidades y habilidades que cada una tenemos a partir de capacitaciones. Como decíamos en los diplomados de la paz y de protección del medio ambiente, teniendo en cuenta que somos el pulmón del mundo, teniendo en cuenta que somos parte de esta Amazonía, el Putumayo, y protectoras, guardianas del agua (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

El desarrollo de capacidades y potencialidades

Las Tejedoras de Vida del Putumayo han desarrollado en capacidades, las potencialidades que se anidaban en ellas, pero que no sabían que tenían. Destaco de manera especial su resiliencia, su liderazgo, su perseverancia y

su creatividad; ellas se han articulado entre sí, dando mayores alcances a la misión de su organización de mujeres y, a su vez, contribuyendo a su proceso de consolidación.

Ellas descubrieron su propia resiliencia, es decir, su capacidad para recuperarse después de la tragedia vivida, muchas veces a toda prisa, para poder retomar sus proyectos de vida, comenzar de nuevo y continuar con sus vidas. Así lo hicieron una y otra vez. Esta capacidad fue cualificada cuando se vincularon a la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, y allí aprendieron que podían sanar sus heridas de la mano de otras mujeres que habían vivido algo similar o peor. Su capacidad de superación las hace más fuertes y más comprometidas con las causas que abrazan, así contribuyen al proceso de consolidación de su organización de mujeres.

En la Alianza Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo desarrollaron su capacidad de liderazgo. Conocen sus derechos y son conscientes de la injusticia que han soportado en sus vidas, pero también saben que son capaces, que sí se puede. Esto les ha permitido ejercer un liderazgo en sus comunidades, resguardos, localidades y en la misma Alianza, lo que repercute en la consolidación de su organización.

La Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo nos ha beneficiado en perder el miedo a hablar en público, conocer la parte legal que nos protege, socializar, conocer a otras mujeres, otros espacios, hacer respetar los derechos, empezando con la familia, valorar las aptitudes, talentos, habilidades que cada una posee, fortalecerse, empoderarse, ser resiliente, valorarnos como personas, tener amor propio y autoestima (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

La perseverancia es otra capacidad desarrollada por las mujeres en la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo. Les permite perseguir sus metas y desplegar su capacidad de lucha a partir de métodos pacíficos; asumir que el reconocimiento de sus derechos implica esfuerzos constantes, porque la transformación de la realidad no es fácil ni siempre rápida. Así, logran alcances visibles, que les otorga credibilidad, a la vez que dinamizan la organización en sus territorios.

En la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo, las mujeres también desarrollaron su capacidad inventiva. Ellas partieron de cero; tenían que ser creativas para superar sus limitaciones, intervenir, dinamizar actividades y alcanzar logros. Este ingenio se refleja en el día a día, en su cotidianidad, en sus reuniones comunitarias, en los proyectos de emprendimiento y en sus acciones

colectivas. El ejercicio de creatividad les ha permitido, perfectiblemente, hacerse visibles, ser escuchadas y actuar fortaleciendo el proceso de consolidación de su organización de mujeres.

En el siguiente aparte del trabajo colectivo realizado en el medio Putumayo, las Tejedoras de Vida evidencian su creatividad:

Ese espacio era también para socializar la situación que estábamos pasando cada una de nosotras como mujeres: maltrato familiar y conflicto armado. A nivel nacional, el conflicto se agudizaba en todo lado. Luego, se amplía ya en la iniciativa de consolidar la alianza que ya se ha registrado en la Cámara de Comercio. Enviamos a todos los municipios una serie de encuestas para saber de fuente directa, de las mismas mujeres, qué estaba pasando en Putumayo, en Orito, en todos los 13 municipios. Nos dividimos de a dos compañeras voluntarias, porque no contamos con apoyo de ninguna entidad externa o interna, eran puras ganas. Solamente hicimos 50 encuestas por municipio y eso nos permitía ver que era la misma situación que estábamos pasando en Mocoa; en todas las mujeres de los municipios, sobre todo en las cabeceras municipales, veíamos desplazamiento del campo a la ciudad y las condiciones muy parecidas (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Cualidades con las que abrazan sus causas

Una condición extraordinaria de las Tejedoras de Vida del Putumayo es la cualidad particular con la que abrazan sus causas, que como se verá en este aparte también inciden en la consolidación alcanzada por esta organización. Tienen que ver con la manera como asumen su condición de Tejedoras de Vida, la formulación y ejecución de los proyectos, las acciones colectivas que emprenden, las tareas y los emprendimientos, entre otras.

Responsabilidad y compromiso

Por su propia experiencia, conocen las necesidades vitales de otras mujeres, de sus comunidades, resguardos y localidades. En su organización han aprendido la misión y los ejes de acción de las Tejedoras de Vida del Putumayo. También son conscientes de que responder adecuadamente a estas necesidades e intencionalidades depende de manera directa de la forma como asu-

men su rol dentro de su organización femenina. Por ese motivo, desarrollan sus tareas con altos niveles de responsabilidad y compromiso, fortaleciéndola y consolidándola.

Valentía y firmeza

Las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo han tenido que desplegar su valentía y firmeza para crear y consolidar su organización de mujeres en este departamento, caracterizado por la expresión directa y degradada de las diversas violencias, mencionadas en capítulos anteriores.

Se requerían estas cualidades en el momento de decidir su vinculación a las Tejedoras de Vida, dado el alto riesgo que esto implicaba en contextos de terror y barbarie, o en el caso de la violencia intrafamiliar, desafiando la oposición de sus maridos y recibiendo su maltrato. También, para desarrollar las acciones colectivas que son propias de esta organización de mujeres y que generalmente hacen ruptura en lógicas de violencia y confrontación armada. Se agrega a las anteriores, la valentía que despliegan cuando ejercen la resistencia no violenta al oponerse a actores que ejercen la violencia y a cualquier acción que atente contra la vida en su comprensión más amplia, es decir, la humana, la de la naturaleza y la de las especies, y cuando desarrollan esa bella y noble labor de mediadoras para proteger vidas en contextos de alta conflictividad, que implican un riesgo permanente para sus vidas. Como ellas manifestaron en el trabajo de campo: “Somos unas heroínas que seguimos en esta lucha sin importar quiénes nos intimiden” (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Logros y desafíos

A lo largo de sus dos décadas de existencia, la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo ha alcanzado logros significativos, cada uno de los cuales ha dinamizado y fortalecido esta organización de mujeres. Así mismo, como en todas las organizaciones, también han asumido dificultades y desafíos de cara al presente y al futuro.

Principales logros

La Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo ha recogido valiosos logros a lo largo de su existencia, producto de lo arduamente sembrado, caminado, construido y alcanzado. Ellos han representado, en mayor o menor medida, un músculo para su dinamización, proyección y consolidación.

A continuación, se relacionan algunos de estos logros. Unos, identificados en los análisis de la autora del libro y otros derivados de los aportes de las mujeres, recogidos durante el trabajo de campo realizado en las subregiones del alto, medio y bajo Putumayo.

Crear y lograr la consolidación de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, dada la problemática profunda y prolongada que se registra en este departamento, asociada a plurales violencias y actores armados, cuyo accionar se expresa con intensidad.

Realizar una revolución pacífica en la vida de las mujeres, en términos de una transformación profunda que parte de procesos de formación y reconocimiento de derechos, pasando por proyectos que facilitan su empoderamiento y liderazgo hasta lograr cambios significativos en ellas mismas, sus familias, sus comunidades, así como las veredas y localidades donde viven.

Alianza es la palabra que ha generado esta revolución en nosotras las mujeres. Entonces, queremos hacerle honor a ello. Alianza es armonía de mujeres, porque nosotras también somos mujeres víctimas, somos resilientes, que hemos luchado y nos volvimos a través de un conflicto lideresas; porque a pesar de las circunstancias aprendimos de nuestras dificultades y ahora lideramos los procesos para sacar otras mujeres adelante. Somos incansables, no solo importan las luchas; siempre estamos firmes para atender a aquellas mujeres que lo necesitan, apoyando a cada una de las mujeres de nuestro municipio, ya sea de la zona rural o urbana, con el propósito de continuar en un proceso de paz, que es responsabilidad de cada una de nosotras (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Los procesos de educación y formación que la Alianza de Tejedoras de Vida ha impartido a las mujeres. La mayoría de ellos, representados en diplomados en los que han participado mujeres de las tres subregiones de este departamento. Dentro de ellos: “Empoderamiento y Género”, “Mediaciones para la Paz”, “Comunicaciones y Género”, y “Guardianas del Agua”, entre otros. En la actualidad, esta organización cuenta con mil mujeres que han sido beneficiadas con estos programas de formación. De ellos, se han derivado múltiples logros: empoderamiento de las mujeres, conocimiento de sus derechos, recuperación de su autoestima y su dignidad, pero también desarrollo de capacidades y potencialidades, entre otros.

Facilitar la unidad de las mujeres a partir del reconocimiento de un pasado común de sufrimiento, que las ha hermanado, así como de un proceso de

sanación de sus heridas desde el acompañamiento mutuo. Así mismo, brindándoles la posibilidad de desarrollo conjunto de proyectos colectivos y de un ejercicio de solidaridad que ha motivado, incluso, algunas acciones colectivas como movilizaciones o actos simbólicos para denunciar violencias que afectan a las mujeres. En la subregión del alto Putumayo las Tejedoras de Vida reconocieron la unidad de las mujeres dentro de los mayores aciertos o logros de su organización. Así lo expresaron en un acróstico: “Mujeres Tejedoras de Vida unidas, hilando nuestro porvenir. Mujeres Tejedoras de Vida construyendo saberes, unificamos mujeres hombro a hombro, trabajando por un futuro mejor” (colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 24 de junio 2023).

Dentro de los aciertos está la unificación de las mujeres, su empoderamiento y fortalecimiento; también, se obtuvo un premio de oro para todas las mujeres del Putumayo y fueron a recibirlo a Alemania, Francia y España, con Fátima, Amanda Camilo y Emerenciana Chicunque. Guardianas del agua permite valorar lo que nos rodea. También es un acierto un diplomado en mediadoras de paz y también, pues, que se ha trabajado bastante sobre la política pública de la mujer, Ley 1257 (colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 24 de junio de 2023).

El significativo nivel de reconocimiento y sentido de pertenencia con la organización por parte de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Como dijeron las Tejedoras de Vida de la subregión del bajo Putumayo: “nos ha hecho mujeres independientes, lideresas solidarias, emprendedoras y útiles para la sociedad” (Colectivo, Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023). Además, se destacó el especial y generalizado agradecimiento de estas mujeres a Fátima Muriel Silva durante el trabajo de campo. Sobre esto, se expresó:

Quiero felicitarla, señora Fátima, por ese trabajo que usted ha hecho. Usted es un ejemplo para nosotras las mujeres, para continuar y evitar todos esos malentendidos y para poder ayudarnos las mujeres unas a otras y hacerlo con todas las mujeres (Olga Marina Ceballos, 20 de junio de 2023).

Destaco esa organización que tienen y la ayuda inmediata que dan a las mujeres que recurren a ellas, y ese amor que tiene la señora Fátima por las personas, por las mujeres, sin mirar la etnia, la raza. Ella está allí con la mano amiga para apoyar, y las profesionales que trabajan allí lo hacen también con mucho amor. Cada vez que uno está con ellas, se siente como en familia; hemos aprendido y hemos andado junto a ellas en estos años que hemos caminado (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

En primer lugar, ese compartir de conocimientos de ellas y de mí, porque yo también conozco algo que tengo para compartirles; eso ha sido una fortaleza. A través de todo lo que las Tejedoras nos han enseñado, uno de ahí les va compartiendo a otras personas: mira que sí se puede, mira que uno puede sobresalir, mira que la ley tal nos enseña tal cosa (...) a mí sí me ha gustado conocer ese programa de las Tejedoras de Vida del Putumayo, porque además de hacer amistades, he aprendido mucho de ellas, mujeres valientes, mujeres que se han dedicado y muchas veces uno compara lo que uno ha vivido con lo que otras han vivido, y lo de uno es una miniatura de lo que otras han vivido (...) para comparar casos que han vivido otras personas y, sin embargo, se han superado, y esa es la clave (M. L. Rosero, alto Putumayo, 24 de junio de 2023).

Las Tejedoras de Vida del Putumayo transformaron mi vida. Uno ha tenido sus dificultades, sus problemas y angustias, pero eso no quiere decir que uno se deje vencer por ese momento. Las Tejedoras de Vida nos han enseñado a empoderarnos como mujeres, que uno no se puede dejar pisotear de nadie. Con mi mamá éramos solas al no estar mi padre, y por eso, desde muy joven, he estado trabajando. Ha marcado mi vida, que las tejedoras nos hayan enseñado a que la mujer se empodere, que la mujer puede salir adelante, y la parte psicológica que es fundamental, porque uno como mujer debe quererse a sí misma, porque muchas veces uno deja todo atrás: la autoestima; uno siempre es lo último, porque uno primero es que los de la casa que coman, que vistan, que todo, y luego uno dice: “voy a ver si me alcanza para mí, me compro esto, me compro lo otro” (D. Moreno, 16 de junio de 2023).

La formulación de los tres ejes fundacionales: la defensa de los derechos humanos y la construcción de la paz, la política pública para las mujeres y la protección del medio ambiente y el desarrollo en el territorio. Las Tejedoras de Vida del medio Putumayo los consideran grandes logros, y más aún, que hayan podido desarrollarlos hasta el momento de la mano de procesos de formación mediante diversos proyectos y acciones.

Los mayores aciertos que nosotras encontramos es que pudimos trabajar los tres ejes fundamentales que mueve la Alianza: primero, la defensa de los derechos humanos de las mujeres, conocer el derecho internacional humanitario y que sea aplicado en nuestro territorio, así como trabajar el tema de la paz en todos los ámbitos. También, trabajar la parte de las propuestas económicas para las mujeres, que se estén plasmando en proyectos económicos y en el fortalecimiento de emprendimientos, y que se esté trabajando en la participación política y

la toma de decisiones en los espacios públicos (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Los avances alcanzados en política pública para las mujeres, representados en la formulación y aprobación de estas políticas en siete¹⁰ municipios del departamento, principalmente del bajo Putumayo. Además, que como producto de dicha política se hayan abierto Casas de la Mujer y Consejos Consultivos de Mujeres en algunas localidades.

Nosotras, por ejemplo, les entregamos a todas las mujeres de los municipios donde hicimos política pública, su cartilla, con la política pública, para que cuando vayan a los espacios de los planes de desarrollo, tengan sus argumentos para poder decir: esto es lo que nosotras necesitamos; no es una receta de necesidades, sino unos problemas colectivos que nos hemos identificado todas las mujeres para poder exigir, y es una herramienta jurídica (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Gracias a la política pública de mujer y género se abrieron espacios en los diferentes municipios, donde poco a poco se vienen construyendo los Consejos Consultivos de Mujeres. Este es un espacio en el que las mujeres se están empoderando y que hoy en día vemos cómo la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo es la que ha motivado estos espacios, tanto de la política pública en todos los municipios como de los Consejos Consultivos. Hoy vemos que gran parte de los municipios cuenta con esta política pública y con el Consejo Consultivo de Mujeres (colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 18 de junio de 2023).

Lo primero que se hizo fue el empoderamiento de las mujeres. Claro está que no se ha llegado a todas las mujeres, pero hace falta. Después de tener una mujer empoderada, con resistencia para poderle decir al marido con bases: “me voy para una capacitación”, eso no se podía hacer si no daba permiso. Entonces, ya organizamos acá el Consejo de Mujeres a nivel municipal, pues a los alcaldes tampoco les servía mucho tener esas mujeres que diariamente iban a estar pidiendo recursos; entonces, las utilizaron mal, hacían con ellas lo que querían; pero tuvimos la oportunidad de organizar, de que se empoderaran; el alcalde, de tanta insistencia, ya pensó en la necesidad de la Casa de la Mujer, ya el Consejo Comunitario de Mujeres empezó a exigir la Casa de la Mujer y ya fue con compromiso (Colectivo, Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

.....

10. Puerto Leguizamo, Valle del Guamuez, San Miguel, Puerto Guzmán, Puerto Asís, Orito.

Los importantes avances de la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo, en términos de gestión para la canalización de recursos económicos que auspiciaran emprendimientos, proyectos productivos y de seguridad alimentaria para las mujeres vinculadas a esta organización o que, sin serlo, contaran con su aval. La concreción de este logro significativo ha sido posible por la capacidad de gestión de las Tejedoras de Vida y el apoyo de la cooperación internacional. Sin la articulación de estos dos factores, no lo habrían logrado.

El logro del proyecto “Empoderamiento político y económico para las mujeres del Putumayo - Tejedoras de Vida”, que se obtuvo con el apoyo de las Embajadas de Francia y Alemania, representó una apertura significativa para que las Tejedoras de Vida del Putumayo pudieran comenzar a organizarse en asociaciones y desarrollar proyectos productivos o emprendimientos. No obstante, como se trataba de recursos económicos robustos y esta organización femenina no contaba con experiencia en ejecución de este tipo de proyectos, los donantes asignaron su administración a Caritas Alemania, y dado que esta ONG no contaba con oficina en Colombia, lo asignaron a Pastoral Social, quedando Tejedoras de Vida del Putumayo como socia. No obstante, se destaca que varias mujeres se beneficiaron del programa, lo que permitió profundizar la ruta de trabajo de las Tejedoras de Vida del Putumayo en el eje de acción de desarrollo económico en el territorio.

El proyecto Empoderamiento Político y económico tuvo ciertos tropiezos en su ejecución con la Pastoral Social. La Unión Europea retoma el proyecto y es asignado a otro socio, que es ICCO Cooperación. En esta fase, el proyecto asumió la denominación de “Mujeres que Transforman”. Es un proyecto grande de mujeres Tejedoras de Vida, en el aspecto político, económico y social. Fue donado por los embajadores cuando hicieron un recorrido de ocho días por todo el departamento del Putumayo. Nos reunimos en todos los municipios; en cada uno de ellos nos acompañaron las lideresas que tenían organizaciones afiliadas a Tejedoras de Vida. En cada localidad asistían entre cincuenta y sesenta mujeres, y todas les entregaron a los Embajadores unos papelitos o documentos informales, en los que escribieron lo que querían. Ellas lo que hicieron fue decir que querían apoyo para proyectos, con gallinas, cerdos, chontaduro, yuca, peces; las modistas pidieron máquinas de coser, presentaron sus necesidades al señor embajador. Cuando llegamos a Mocoa, después de todo ese recorrido, me dijo el señor embajador: “¿Qué hacemos, doña Fátima, con todo ese poco de peticiones de sus mujeres? Nadie presenta un proyecto, sino que hay un poco de solicitudes”. Entonces le dije: “Pues yo pienso que lo mejor es hacer un fondo

para las mujeres, hagamos un fondo y de acuerdo con las necesidades, hagamos las líneas que ellas están pidiendo: las de peces, las de cerdos, las de gallinas, las de máquinas, y cuando salga la plata, ellas tienen que presentar todas propuestas de proyecto, tienen que hacerles una convocatoria y que todas las tejedoras envíen las propuestas” (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

En el 2014, hacemos parte de pleno con ellas, en un proyecto que nos vincula con FOS, que es de emprendimientos. Allí, nosotras como asociación Pacari, iniciamos y tuvimos unos resultados muy bonitos, porque pudimos vincular a población infantil, juvenil, y más que todo madres de familia (...) Entonces, desde allí hemos venido con ellos caminando (...) Otro proceso duro y muy bonito que destaco es el de Guardianas del agua. Este proceso consiste en que somos una red de mujeres del alto, medio y bajo Putumayo, lideresas que nos empoderamos en esta línea que dice clarito de Guardianas del agua, donde Tejedoras nos ofrece desde su propia gestión, una formación de contenido ambiental para tener ese empoderamiento. Luego, viene otra segunda fase y ya es en la tercera donde nosotras, a través de lo que aprendimos junto con las demás compañeras, hacemos una formulación, una propuesta ambiental dependiendo de la necesidad de cada territorio. Eso es lo que nos ha gustado más, porque ha permitido que nosotras, como mujeres, visibilicemos el trabajo, y se ha reconocido este trabajo tan bonito de cuidar el territorio, el agua, de concientizar también, porque se han concientizado bastante de que hemos dado pasos firmes y nos los han reconocido (Sandra Chasoy Chasoy, 24 de junio de 2023).

Contar con el apoyo de plurales actores de la cooperación internacional. Especialmente, por parte de la Unión Europea.

Las alianzas significativas que las Tejedoras de Vida del Putumayo han cultivado a lo largo de su trayectoria. Se destaca dentro de ellas, la consolidada con Gloria Flórez Schneider –en la actualidad Senadora de la República– y la construida con Nancy Sánchez.

La Alianza de Tejedoras de Vida ha obtenido diversos reconocimientos desde 2011. Ellos han sido otorgados por entidades regionales, nacionales e internacionales. Los relaciono a continuación:

- La Embajada de la República de Francia y la Embajada de la República Federal de Alemania les otorgaron, en 2011, el premio franco-alemán de derechos humanos, “Antonio Nariño”.

- La Asamblea Departamental del Putumayo les concedió, el 17 de febrero de 2012, una exaltación por su trabajo permanente para mejorar la calidad de vida de las mujeres putumayenses.
- En marzo de 2017, la Cámara de Comercio del Putumayo les otorgó un reconocimiento por su trabajo de empoderamiento de las mujeres y sus organizaciones en el departamento.
- En noviembre 20 de 2020, el Programa Integral de Garantías para Mujeres Líderes y Defensoras de Derechos Humanos les dio un reconocimiento por su proceso organizativo en favor de las mujeres lideresas y defensoras de derechos humanos.
- El 18 de octubre de 2022, la Comisión Segunda Constitucional Permanente del Senado de la República les confirió la condecoración Orden al Mérito de la Democracia Gran Comendador.
- El 1 de noviembre de 2022, la Cámara de Representantes les otorgó la condecoración: “Orden de la Democracia Simón Bolívar”, en el grado de Cruz Comendador
- El 17 de septiembre de 2023, la organización *Woman Alternatives*, de Irlanda, les otorgó también un reconocimiento.

Alcanzar una duración de veinte años representa, en sí mismo, un significativo logro de las Tejedoras de Vida del Putumayo. Por un lado, por lo que esto significa en un departamento de alta conflictividad, pluralidad de violencias y de actores armados, y el accionar directo de todos ellos. Por el otro, porque el transcurso de dos décadas indica que ha sido un proceso probado en el tiempo, que se ha mantenido dinámico, ha alcanzado metas y superado desafíos, con una significativa consolidación.

Las dificultades y desafíos

La Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo ha registrado dificultades y desafíos. Dificultades de enormes proporciones, relacionadas con violencias prolongadas que se han perpetuado hasta el presente y han impuesto una carga insostenible sobre las mujeres como el patriarcado y su expresión en el machismo. Otras, por la violencia de un conflicto bélico, también prolongado y degradado, que ha impactado de muchas maneras a estas mujeres. Ellas reflexionaron colectivamente durante el trabajo de campo y las identificaron como sigue a continuación.

Dificultades y desafíos señalados por las Tejedoras de Vida del medio Putumayo

La carencia o insuficiencia de garantías de seguridad representa una dificultad que limita el desarrollo de su labor. Al respecto, se manifestó:

Aún hay mucho miedo para participar y salir a la plaza pública, digamos a guerrear los espacios en el nivel de decisión, porque no hay garantías de seguridad. Muchas mujeres lo intentamos. Yo digo, personalmente, estuve participando en esos medios de gestión con muchas dificultades, con mucha discriminación, con falta de garantías, porque fui amenazada en varias ocasiones y en este momento participo, así como estamos ahora, en bajo perfil. No hay garantías para las mujeres; eso lo podemos decir desde Mocoa y en todo el departamento, y las muertes de nuestras líderes que ya mencionamos (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Los riesgos que asumen por la labor que desarrollan las Tejedoras de Vida del Putumayo y la presencia activa de diversos actores armados en este departamento, dado que siempre están expuestas y han sido o pueden ser declaradas objetivo militar por parte de los grupos en referencia.

Estamos expuestas a que nuestro liderazgo sea declarado objetivo violento (...) cuando tú eres líder, estás expuesto a que seas objetivo militar; entonces sí estamos en un noventa por ciento expuestas a ser un objetivo (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

El machismo presente en el departamento, que también se refleja en las alcaldías municipales y no permite a las Tejedoras de Vida del Putumayo avanzar más en sus procesos de empoderamiento ante estas entidades estatales.

Una de las mayores dificultades es lograr penetrar a cada uno de nuestros municipios, teniendo en cuenta que estamos en un departamento machista, en donde aún operan actores criminales; en donde, teniendo en cuenta que nosotras nos preparamos y estamos haciendo la denuncia de nuestros derechos, no les cae muy bien que nosotras salgamos a promulgar nuestros derechos. Uno de los mayores desafíos es que, a pesar de que nos han dicho los grupos armados: “usted no puede”, ahí seguimos resistiendo, insistiendo y persistiendo y decimos sí podemos (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

La necesidad de que se creen Casas de la Mujer en todos los municipios es un importante desafío. Hasta el momento, los avances logrados, siendo valiosos, son insuficientes frente a las necesidades de las mujeres. Al respecto, relataron:

Otro de los desafíos que tenemos es que en cada uno de los municipios se construya ese espacio propio para nuestras mujeres que son las Casas de la mujer. Muchas gestoras están empoderadas, pero les falta (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Asociado con el anterior, otro desafío es *exigir que instituciones privadas que manejen rubros para espacios sociales los articulen con sus municipios, para que ellas puedan acceder a estos recursos.*

Otro de los desafíos es que, si bien es cierto que diferentes instituciones que no son públicas dentro de sus marcos económicos y jurídicos, ellos manejan los rubros para espacios sociales; nosotras como mujeres debemos exigirles que se articulen con nuestros municipios de categoría sexta, que si estos espacios son construidos para nosotras son con los recursos que nosotras mismas creamos (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

En similar sintonía con el anterior, otro desafío es *realizar mayores esfuerzos de incidencia para ampliar la participación de las Tejedoras de Vida del Putumayo en el acceso a los presupuestos de las entidades públicas, especialmente en la Gobernación y las Alcaldías, para que puedan implementar la política pública para las mujeres.*

Tenemos dentro de los mayores desafíos, lograr una mayor participación presupuestal en relación con parte de la política pública y en la parte territorial de la administración. Tenemos el desafío de hacer mayor incidencia en los planes y programas del Gobierno. Lograr que las mujeres se empoderen en la parte política. Creo que hay una brecha muy grande, el patriarcado siempre ha mantenido en esos espacios de decisión y no nos han permitido estar en ese espacio (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

La difusión de la Ley 1257 de 2008 y la creación de hogares de paso para mujeres afectadas por la violencia intrafamiliar, que se ha incrementado desde los tiempos del COVID-19. Al respecto, manifestaron las Tejedoras de Vida del Putumayo:

En los tiempos del COVID-19, dentro de nuestros hogares, se disparó la violencia intrafamiliar y se viene disparando cada día más. Nosotros podemos visitar la página de la Secretaría de Salud y ahí vemos

un comparativo; ahorita en el 2023 está en 637 mil casos identificados como casos de violencia intrafamiliar. Aquí podemos analizar dos cosas: una, que si bien es cierto que, desde las alcaldías, con todo esto que la Alianza viene haciendo, fortaleciendo en todos los espacios dentro del municipio para que la Ley 1257 se dé a conocer, y se tenga conocimiento que, dentro de esta ley, en el artículo 19 se obliga a que los municipios den una garantía para que las mujeres que son afectadas por la violencia intrafamiliar tengan esa oportunidad de esos espacios de las casas hogares de paso. Nuestras mujeres, que son víctimas, pueden lograr que se les garantice eso, con un equipo multifuncional que tiene que hacer acompañamiento a estas mujeres o a estas familias (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

La violencia estructural, en términos de estigmatización y prejuicio por posturas ideológicas, representa también una dificultad para las Tejedoras de Vida del Putumayo.

La estigmatización por la libertad de pensamiento. Casualmente, tenía un debate ahí en la mesa y me dijeron, no sé quién me lo dijo, pero me dio risa; a veces, la libertad de pensamiento lleva a discriminar a la otra persona y decir, bueno, si ella piensa así, con que tiene afinidad guerrillera o tiene afinidad paramilitar. Esa es una de las graves y mayores afectaciones que hay en la sociedad, no entender y aceptar que cada uno tenemos un pensamiento ideológico y una libertad de expresión (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Dificultades y desafíos señalados por las Tejedoras de Vida del bajo Putumayo

Una dificultad inicial de las Tejedoras de Vida en esta subregión fue empezar a organizarse de manera voluntaria, sin esperar nada a cambio. Un trabajo de concientización que implicó desde ese momento un cambio en la mentalidad de las mujeres.

Al inicio, el mayor tropiezo de las mujeres fue empezar a organizarse sin esperar nada a cambio, de manera voluntaria, porque era importante tener una organización para no solamente reclamar los derechos o reclamar, de pronto, aporte monetario o económico, sino para aportarle a la sociedad (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Varias Tejedoras de Vida de esta subregión han sido víctimas de diversos hechos violentos: amenazas, homicidios y desplazamiento forzado. Esto limita

su labor o la convierte en una actividad de alto riesgo (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

La carencia o fragilidad en la confianza de la comunidad con la Fuerza Pública representa un desafío que las Tejedoras de Vida de este departamento consideran importante.

La Fuerza Pública no nos respalda, nos está masacrando; porque cuando estuvo la guerrilla, que competía con los paracos, ayudaba a los paracos a que masacraran la gente; los pasaban por el lado de ellos y no los denunciaban, y si uno iba y ponía una denuncia o pedía que ayude a alguien, lo vendían. O sea, que va y dice, “fulano me dijo, fulano me sapió”. En la institucionalidad no hay confianza y ese es el peor tropiezo (Colectivo Tejedoras de Vida bajo Putumayo, 2023).

Algunas Tejedoras de Vida de esta subregión identificaron dificultades en la ejecución de proyectos auspiciados por el proyecto “Mujeres que transforman”. Dentro de estas, lentitud en el desembolso de los recursos; el COVID-19, que representó un tiempo muerto y la distancia que se generó entre los costos planteados en los proyectos iniciales, así como los costos reales de la ejecución de los proyectos después del COVID-19, lo que, a su juicio, generó que estos proyectos productivos quedaran medio ejecutados.

Respecto del proyecto mencionado, las mujeres reconocieron los esfuerzos de su organización de mujeres y manifestaron que tenían conocimiento de que la Alianza de Tejedoras de Vida no había sido la ejecutora de los recursos, sino otras organizaciones como Pastoral Social y el Instituto de Crédito Oficial (ICO).

Como era mucho el dinero que daba el Fondo Europeo para la Paz y Tejedoras de Vida no estaba en capacidades para manejar esa cantidad de dinero, porque se necesitaban ciertos requisitos para manejarlos, y además nosotras no teníamos experiencia en trabajo productivo, teníamos apenas como seis organizaciones en Puerto Caicedo. El proyecto de empoderamiento político y económico de las mujeres Tejedoras de Vida tuvo dos etapas, una primera fase en la que su operador fue Cáritas Alemana-Pastoral Social en Colombia. Esta etapa se vio interrumpida al año de su ejecución, porque la Contraloría encontró algunos desaciertos. En la segunda etapa, la Unión Europea convoca a ICCO Cooperación, dada su experiencia en el Putumayo, con proyectos productivos, quienes a partir de ese momento asumieron como operadores del proyecto. Ya nosotras quedamos a cargo del trabajo de capacitación a las mujeres y la formulación de la política pública (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Un desafío importante para las Tejedoras de Vida de esta subregión es lograr que se avance y profundice la ruta para su acceso a los proyectos productivos y los emprendimientos, que les permitan una mayor autonomía y contribuir a la seguridad alimentaria de sus familias (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Dificultades y desafíos señalados por las Tejedoras de Vida del alto Putumayo

Los municipios del alto Putumayo quedaron por fuera de la categorización de los municipios PDET, y esto restringe la posibilidad de que sus proyectos reciban la financiación del Estado y de la cooperación internacional.

Hemos tenido un problema muy grave y es que en los proyectos, cuando a nosotros no nos aprueban, nos dicen: aprobamos este proyecto, pero solamente en los municipios Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET). Al decir municipios PDET, corta todo el alto Putumayo (...) La dificultad ha sido la falta de apoyo, más que todo del Gobierno, en todo lo que tiene que ver con proyectos, pues como dijeron las compañeras, ahí está lo del PDET, que nos han marginado mucho en ese sentido (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Personas procedentes de otras subregiones del departamento llegan al alto Putumayo y generan allí violencia, generalmente asociada a microtráfico. Esta es una dificultad que está afectando a las Tejedoras de Vida que residen allí.

El alto Putumayo es un territorio de paz, no catalogado como tal. Entonces, las personas, por ejemplo, del bajo Putumayo, están llegando mucho acá al alto. Yo considero que, a veces, ese desafío de tener acá a las personas que están llegando es bien duro, porque, si bien ellos tienen también su proceso de vida, sus costumbres, acá tenemos otras. Nos hemos encontrado que ellos vienen, por ejemplo, miran más de fondo allá la coca y el consumo de diferentes sustancias y acá en el Alto, pues no miramos esa parte; pero hoy en día sí la están mirando bastante. Los que vienen del bajo –no digo todos, pero sí en su mayoría–, entonces tienen inclinaciones a la delincuencia, por ejemplo, y eso está afectando a las comunidades indígenas y eso está afectando a la cultura, y eso es un desafío grande para el alto Putumayo, para tenerlos acá, darles la mano como hermandad en el territorio, es un desafío grande (Sandra Chasoy Chasoy, 24 de junio de 2023).

Un importante desafío es lograr un hogar de paso para las Tejedoras de Vida de esta subregión, afectadas por el alto impacto de la violencia intrafamiliar en este territorio.

Cuando veo mujeres que están pasando por lo mismo que pasé yo con ese marido maltratador, yo digo: “qué bonito sería hacer un hogar de paso donde podamos acogerlas”, porque uno no puede decirle: “déjelo, si no va a aportar”, porque lo que más se necesita es dinero, porque los niños necesitan ropa, estudio, comida (...) Conocí un lugar que queda en el Lago Agrio de Ecuador, donde hay una casa de paso donde reciben todas las mujeres violentadas. Allá, las preparan en esa casa, la mujer sale de ahí cuando ya está preparada para emprender sola, de lo contrario no sale, tienen vigilancia, tienen psicología. Entonces, una casa de esas hace falta aquí, dentro del municipio de Santiago o en el valle de Sibundoy (M. L. Rosero, alto Putumayo, 24 de junio de 2023).

Es importante tener en cuenta que, en el Putumayo, por la gestión de las Tejedoras de Vida, se ha logrado contar con cuatro casas de la mujer, ubicadas en estos municipios: Puerto Guzmán, Puerto Leguízamo, Puerto Caicedo y Santiago. El problema en todas ellas es que las mujeres no cuentan con recursos propios para su administración ni con una organización femenina que las administre y las coloque al servicio de las demás mujeres.

Una dificultad sentida la representan las divisiones entre las mujeres, lo cual impide mayores avances en su labor:

Se tenía la organización, estábamos unidas, dijimos llamarnos una plataforma como Tejedoras de Vida. Yo he tratado de sostener bien o mal, pero sostenerla, y me ha costado mucho, porque yo ya vine con una mirada de género y las profesionales muy lejos de todo esto, y me tocaba estar como exigiendo mucho, insistiendo, enseñándoles lo que soñé cuando vine de allá: hacer una escuela de género (Fátima Muriel Silva, 16 de junio de 2023).

Otro desafío relevante para las Tejedoras de Vida de esta subregión es trabajar para *superar el machismo en las comunidades indígenas*.

Dentro de las comunidades indígenas hay mucho machismo, y entonces dentro, de los líderes, siempre piensan que son ellos, cuando nosotras estamos un paso adelante, pues les duele reconocer, y ese ha sido uno de los grandes obstáculos (Sandra Chasoy Chasoy, 24 de junio de 2023).

Las Tejedoras de Vida del alto Putumayo identifican como un importante desafío desarrollar allí el turismo ecológico, aprovechando la belleza natural de esta subregión.

Nosotros como comunidades del valle de Sibundoy, le estamos apostando al turismo, ya que el valle de Sibundoy es un lugar muy precioso de visitar; tiene muchos puntos de visita turísticos, los cuales a veces no están ni siquiera explotados. Entonces, el sector turismo sería una parte buena, mejor dicho, buenísima, porque en el tema agrícola el fuerte es el monocultivo, pero con el monocultivo estamos trayendo contaminación, la ganadería igual; pero con el turismo limpio y ecológico, sí podíamos traer lo que es la verdadera convivencia entre personas y naturaleza, esa sería mi idea (M. L. Rosero, alto Putumayo, 24 de junio de 2023).

Coincidiendo con las Tejedoras de Vida del medio Putumayo, las del alto identifican también dentro de sus dificultades las expresiones de violencia estructural representadas en el racismo y el clasismo.

Otro obstáculo que también hablamos al rato es el clasismo. Yo me he encontrado con mucho clasismo y racismo; yo he vivido las dos partes, y bueno, así sean obstáculos, pero ahí vamos (Sandra Chasoy Chasoy, 24 de junio de 2023).

Otro desafío relacionado por las Mujeres Tejedoras del alto Putumayo, es establecer una ruta para la interacción regional, nacional e internacional con otras organizaciones de mujeres, que fortalezca lo construido a nivel local y al mismo tiempo permita avanzar más mediante la formulación de propuestas conjuntas en los nuevos contextos mencionados.

El otro desafío es seguir juntándonos con otras mujeres de nuestra región y de otras regiones y seguir con las propuestas, porque es importante fortalecernos como mujeres, no solamente estar en un local, sino ir buscando ese camino, digamos de seguir construyendo un camino fuerte con otras mujeres, que no sean de lo local (Colectivo, Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

capítulo ha ofrecido un largo recorrido por el sendero transitado por la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo durante dos décadas. Ha seguido sus huellas, desde las trazadas en su amanecer hasta las construidas en su más reciente presente. A su vez, se ha detenido donde parecían más profundas, allí donde los abismos se hacían más visibles, pero también donde al parecer se celebraban los tiempos de cosecha.

Resta conocer los desarrollos de esta organización de mujeres relacionados con la paz y su construcción, y, lo más importante, cómo transitaron de mujeres heridas por la violencia a constructoras de paz. En esto se centrará el siguiente apartado del libro.



Mandala elaborada por las Mujeres Tejedoras de Vida del medio Putumayo, durante el trabajo de campo realizado en el marco de la elaboración de este libro. Las mujeres emplearon en esta creación heliconias, frutas, hojas y otras especies de flores; representando la riqueza de la naturaleza y la abundancia.

Registro Fotográfico: Luz Mery Rivera

Capítulo 4

Transitando de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz

Este capítulo ofrece una mirada que articula a las Tejedoras de Vida del Putumayo con la paz; analiza su transición hacia constructoras de paz y caracteriza su proceso como experiencia de construcción de paz. En algunos apartes de su contenido, se recogen y se colocan en diálogo los aportes de los Estudios de paz con las narrativas de estas mujeres, relacionadas con sus comprensiones y vivencias de paz, los métodos que han empleado para construirla, los factores que han favorecido o dificultado esta labor, lo que ha transformado en sus vidas y los aprendizajes que les ha dejado su trabajo por la paz.

En esta sección del libro se busca responder a estos interrogantes: ¿Qué enseñan los estudios de paz sobre la construcción de la paz y las iniciativas civiles de paz? ¿Cuál es la comprensión de la paz de mujeres heridas por las violencias? ¿Cómo interpretamos esa comprensión de paz desde los Estudios de paz? ¿Por qué decimos que las Tejedoras de Vida del Putumayo transitaron de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz? ¿Cómo han construido la paz? ¿Cómo se caracteriza esta experiencia de construcción de paz?

Como se evidenció en el capítulo anterior, la paz representa el primer eje de acción de esta organización de mujeres. Sin embargo, el trabajo por la paz que han realizado las Tejedoras de Vida del Putumayo ha ido más allá de la formalidad que reconoce este eje en sus estatutos, convirtiéndolo en una realidad en la acción, en un escenario difícil y de alta conflictividad como el Putumayo. A pesar de su alta victimización por cuenta de las violencias, documentada en el segundo capítulo de este libro, las mujeres de esta organización que fueron consultadas durante el trabajo de campo expresaron cómo entienden la paz, reconocieron haber tenido vivencias de paz en su vida, identificaron los mé-

todos que han utilizado para construir la paz, así como los factores que han facilitado o dificultado esta labor, y compartieron sus aprendizajes sobre su labor de constructoras de paz. De esto se ocupa este cuarto capítulo.

Los estudios de paz y su campo de conocimiento

La Segunda Guerra Mundial, que culminó en 1945, representó una experiencia altamente destructiva y devastadora, exacerbada por confrontaciones bélicas previas de la misma naturaleza. Ante esta realidad, distintos sectores relevantes de la sociedad, que incluían desde estadistas hasta pacifistas y militares, iniciaron una reflexión centrada en un anhelo compartido: ¿cómo evitar una nueva guerra mundial? (Hernández Delgado, 2024; Mouly, 2022; Checa Hidalgo, 2014).

Esta preocupación común generó los estudios de paz que, desde entonces, como su nombre lo indica, se centran en la paz. Estos estudios se ocupan tanto de las violencias –y dentro de estas, los conflictos bélicos, y las relaciones conflictivas, buscando cómo prevenirlas y desaprenderlas– como de las formas pacíficas de intervenir y transformar los conflictos armados. Asimismo, se enfocan en la ruta para transitar de relaciones violentas y conflictivas hacia relaciones pacíficas, incluyentes y colaborativas (Curle, 1994).

Con el surgimiento de los estudios de paz, se produjo una ruptura en la forma tradicional en que se comprendía la paz, que se equiparaba solo a un valor y se la ubicaba en el ámbito personal. A partir de dichos estudios, la paz se sitúa en el ámbito público, se prioriza en las agendas de los Estados y de los organismos intergubernamentales, y se convirtió en un campo de estudio para la academia, entre otros. Así mismo, los estudios de paz generaron otras disciplinas de apoyo, también centradas en la paz: la historia de la paz, la investigación para la paz, la educación para la paz, la cultura de paz, y la construcción de la paz, siendo esta última la más reciente. Desde estas valiosas disciplinas, en ochenta años estos estudios han proporcionado significativos conocimientos teóricos y prácticos sobre la paz y su construcción (Hernández Delgado, 2024).

Los enfoques de paz: un desarrollo entre minimalismos, maximalismos y comprensiones más reales

Desde su surgimiento, los estudios de paz se han ocupado de desentrañar los significados de la paz. Para hacerlo, se ha apoyado en la investigación para la paz, que puede ser entendida como: la indagación en el pasado, el presente y de cara al futuro, sobre los requerimientos o condiciones para construir la paz (Galtung J., 1995). Así, han surgido distintos enfoques de paz, que han intentado definirla.

Cada enfoque ha representado un aporte, dado que destaca aspectos importantes sobre la paz y su comprensión; pero hasta el momento no existe un concepto único, universalmente aceptado. De esta manera, como se verá a continuación, se han registrado enfoques minimalistas, otros maximalistas y otros muy reales y pragmáticos.

La paz negativa

El primer enfoque fue el de la paz negativa, así denominada por Johan Galtung, quien encontró su origen a finales de la Segunda Guerra Mundial, y define la paz como *la ausencia de guerra*. Esta descripción recoge, de un lado, una de las comprensiones sobre la paz de los griegos y los romanos de la antigüedad y, por el otro, la necesidad urgente de evitar una nueva guerra mundial (Galtung J., 1995).

Si bien la paz se relaciona de manera directa con la resolución y transformación pacífica de conflictos bélicos, anhelo expresado en todos los tiempos por diferentes Estados y colectivos humanos, la paz es mucho más que ausencia de guerra. Algunos Estados pueden no registrar este tipo de conflictos, pero evidenciar otras modalidades de violencia: estructurales, como la miseria, la exclusión, el autoritarismo, o el sexismo; culturales, como el racismo; o directas, como resultado de otros tipos de violencias. Por este motivo, se considera que esta visión es un enfoque minimalista de la paz.

La paz positiva

Al inicio de los años sesenta, en 1962, surgió el enfoque de la paz positiva, generado por Johan Galtung, quien se había propuesto indagar sobre las com-

prensiones de la paz en distintas culturas y religiones. Así, Galtung constató que para el cristianismo la paz era el amor, para Gandhi la verdad, y para el Jainismo equivalía al principio del *ahimsa*, que implica no matar a los seres vivos, entre otros (Galtung J. , 1995; Ramos Muslera, 2015).

Este enfoque planteó que la paz era mucho más que ausencia de guerra, y que estaba relacionada con valores, necesidades y con el desarrollo. A su vez, la definió como *ausencia de toda violencia y e injusticia social* (Galtung J. , 1995). Si bien este enfoque representó un avance importante frente a los significados de la paz, también constituyó un enfoque maximalista, dado que definió la paz como una condición ideal o inalcanzable.

La paz imperfecta

Hacia finales de los años noventa, en 1998, surgió el enfoque de la paz imperfecta, generado por el académico Francisco A. Muñoz. Su planteamiento más importante fue la afirmación de la imposibilidad de paces perfectas y, con ello, la comprensión de la paz como un proceso que se construye en el día a día, generalmente en escenarios donde también habitan las violencias (Muñoz, 2001).

Este enfoque caracteriza la paz como inacabada y perfectible. La primera, porque la paz se construye por seres inmersos en la conflictividad, una característica inherente a la condición humana. Además de esto, porque la paz se construye en escenarios en los que hace presencia, de manera inevitable, la complejidad. Y ambos factores llevan permanentemente a la necesidad del trabajo por la paz (Muñoz, Herrera, Beatríz, y Sánchez, 2005). En cuanto a la segunda, es decir, su carácter perfectible, dado que solo es posible avanzar en el proceso que construye la paz a partir del paso por diversas experiencias y aprendizajes.

La paz imperfecta no puede entenderse como una paz defectuosa, sino como una paz cercana a la condición humana. Tampoco puede ser vista como una paz etérea, dado que se concreta en la realidad. Esta paz se manifiesta cada vez que se resuelven pacíficamente los conflictos, se contribuye al bienestar humano, se reconocen experiencias de paz, y se realizan aportes para articular las realidades pacíficas. También se hace evidente cuando se otorga mayor poder a la paz en la cotidianidad, en los escenarios comunitarios, y en los ámbitos de lo privado y lo público (Muñoz F., La paz imperfecta, 2001); (Hernández Delgado E. , 2024).

La construcción de la paz y las iniciativas civiles de paz

Este aparte del capítulo se centra en la construcción de la paz y ofrece, desde los estudios de paz, una mirada sobre aspectos clave relacionados con sus significados y características. También, recoge aprendizajes sobre las iniciativas civiles de paz. Estos conceptos permiten analizar de manera más integral y profunda la experiencia de trabajo por la paz de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo.

Los orígenes

Se ha ubicado el origen del concepto *construcción de paz* en 1974, cuando Johan Galtung, estudioso de la paz, la identificó a partir de tres dimensiones del trabajo por la paz en la resolución de los conflictos: el mantenimiento de la paz (*peacekeeping*); el establecimiento de la paz (*peacemaking*), y la construcción de la paz (*peacebuilding*) (Galtung, 1976; Mouly, 2022). Sin embargo, fue solo hasta 1992, después de la Guerra Fría, cuando este concepto registró una aceptación generalizada (PNUD, 2014). Específicamente, cuando Boutros Boutros Ghali, secretario general de Naciones Unidas, lanzó el programa *Una agenda para la paz*, ofreciendo la siguiente noción sobre construcción de paz: *Medidas destinadas a fortalecer estructuras que tiendan a reforzar y consolidar la paz, con el fin de evitar la reanudación del conflicto* (Boutros Boutros, 1992).

Este campo de los estudios de la paz es joven, pero se le atribuye un innegable carácter propositivo y esperanzador, dado que evidencia realidades concretas de paz y genera una ruptura frente a escepticismos instalados, que niegan oportunidades a la paz (Hernández Delgado, 2009).

Significados de la construcción de la paz

La construcción de la paz ha sido conceptualizada y, en este aspecto, registra importantes avances. Sin embargo, hasta el momento no existe un criterio unificado sobre sus componentes ni tampoco sobre los indicadores que podrían permitir la medición de su impacto (Lederach, 2008; Hernández Delgado, 2009; Rettberg, 2012). Tampoco se cuenta con reglas absolutas, universales o replicables en todos los contextos, que aseguren el éxito de los distintos ejercicios de construcción de paz (Fisas, 2004; Lederach, 2008; Hernández Delgado,

2012). No obstante, los estudios de caso documentados han ofrecido importantes aportes sobre diversos aspectos de este interesante campo de estudio.

A continuación, se relacionan algunas definiciones de la construcción de la paz. Cada una amerita una reflexión profunda y asimismo todas en su conjunto permiten identificar características generales muy significativas de la misma.

La construcción de la paz es un esfuerzo multifacético y de largo plazo que requiere el compromiso coherente de diversos actores y que integra actividades políticas, humanitarias, de seguridad y desarrollo. La construcción de paz debe ser consciente frente a los conflictos y adecuarse a las realidades únicas de cada situación de conflicto o posconflicto. Y, lo más importante aún, la construcción de la paz debe fortalecer las capacidades nacionales para el manejo del conflicto en todos los niveles y establecer las bases para la paz y el desarrollo sostenible (Cheng-Hokins, 2012, pp. xxiii-xxvii).

La construcción de la paz es un proceso dinámico, no secuencial, con altibajos y que implica diversos retos y frentes de acción paralela. El proceso ocurre en múltiples ámbitos (internacional, nacional y local) e involucra actores de diferente naturaleza (...). (Rettberg, 2012, p. 4).

La construcción de la paz bien podría entenderse como ingeniería del cambio social (...) cómo nos movemos de la violencia destructiva a un compromiso social constructivo (...). Cambio social constructivo es el intento de desplazar las reacciones de aquellas definidas por el temor, la recriminación mutua y la violencia hacia las caracterizadas por el amor, el respeto mutuo y el compromiso proactivo. El cambio social constructivo persigue cambiar el flujo de la interacción humana en el conflicto social de ciclos de violencia relacional destructiva a ciclos de dignidad relacional y compromisos respetuosos (...) Ese es el reto: cómo ir de lo que destruye hacia lo que construye. Eso es lo que denomino cambio social constructivo (Lederach, 2008, pp. 10-11).

Medidas destinadas a fortalecer estructuras que tiendan a reforzar y consolidar la paz, con el fin de evitar la reanudación del conflicto (Boutros Boutros, 1992).

La construcción de la paz es un proceso que se enfoca en las raíces del conflicto con el fin de transformar estructuras de violencia en estructuras de paz (Mouly, Estudios de paz y conflictos. Teoría y práctica, 2022, p. 166).

(...) es la capacidad de dar a luz algo nuevo que por su mero nacimiento cambia nuestro mundo y la forma en la que observamos las cosas (...) rompe los moldes de lo que parecen puntos muertos estrechos, de cortas miras, o estructuralmente determinados (...) irrumpe en nuevos territorios y se niega a quedar atado a lo que plantean las visiones existentes sobre la realidad percibida o a lo que las respuestas prescriptivas determinan como posible (Lederach, 2008, pp. 51-54).

Las definiciones anteriores ofrecen elementos clave para desentrañar los significados de la construcción de la paz. El primero de ellos es su intencionalidad, orientada hacia la prevención de la violencia y, con ello, a un modo de afrontar y superar el conflicto a través de vías pacíficas. El segundo es el carácter de proceso, pues implica que se desarrolla a lo largo del tiempo y es perfectible, en la medida en que cada experiencia puede ser mejor. El tercero es su estrecha relación con la transformación, el cambio y la inclusión. El cuarto es la importancia de contar con estructuras que faciliten la construcción de la paz. El quinto elemento es la complejidad de su campo de acción, que no solo se limita a la transformación de conflictos armados, sino que también abarca condiciones para la vida digna, la resolución pacífica de todos los conflictos, la reparación integral de las víctimas, el acompañamiento y la eficacia en procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR), la reconstrucción de los daños causados por los conflictos bélicos, la profundización de la democracia, el desarrollo que coloque el énfasis en las poblaciones menos favorecidas, la justicia transicional, la educación para la paz, las comunicaciones para la paz y la reconciliación, entre otros.

A lo anterior se agrega, como sexto elemento clave, su relevancia con respecto a los procesos de paz en las fases de prenegociación, negociación y posacuerdo, destacando la especial importancia que tiene en esta última etapa al incluir la implementación de lo pactado. En séptimo lugar se encuentra la implicación en la construcción de la paz de múltiples actores, redes y niveles, entre otras. Finalmente, el octavo elemento se refiere al despliegue de potencialidades y capacidades en quienes realizan el trabajo por la paz, tales como: creatividad, capacidad de cambio, disposición para asumir retos, habilidad para ir más allá sin perder el vínculo con las luchas del día a día, y trabajar en relación con otros, ya sea en redes o alianzas estratégicas, entre otras (Hernández Delgado, 2024; 2014).

Principales características

El concepto de *construcción de paz* cuenta con características propias que se relacionan con su naturaleza, actores, alcances, intencionalidad, campo de

acción y requerimientos. Además, dichas características se interrelacionan y retroalimentan entre sí (Hernández Delgado, 2024). Se relacionan a continuación algunas de ellas:

- En cuanto a su naturaleza, la construcción de paz es un proceso y en esta condición se desarrolla con el tiempo. No es algo acabado, porque está en permanente elaboración y reelaboración (Lederach, 2008; Rettberg A., 2012).
- Con respecto a su intencionalidad, la construcción de la paz, en su teoría y su práctica, procura tanto la transformación pacífica de los conflictos, como la prevención y el desaprendizaje de las violencias. Derivado de la anterior, propone métodos pacíficos para la protección de la vida en su comprensión más amplia, es decir, no solo el cuidado de la vida humana, sino la defensa de mínimos vitales de pueblos, comunidades y sectores poblacionales, tales como: el territorio, la cultura, la autonomía y la autodeterminación. Principalmente, convoca y dinamiza para generar un tránsito desde lo que destruye –ya sean violencias estructurales como la pobreza y la exclusión, o violencias directas como los conflictos armados– hacia lo que construye, como acuerdos sociales y políticos, relaciones pacíficas, colaborativas, y la generación de cambios y transformaciones sociales, entre otras (Hernández Delgado, 2024, 2012; Lederach, 2008).
- También, con relación a su naturaleza, la construcción de la paz es compleja. Esta característica es producto de los múltiples ejes o líneas de trabajo que integran su ámbito de operación, la diversidad de actores que se involucran en el trabajo por la paz y los distintos escenarios en los que se desarrolla, esto es, territorios rurales, semirurales, urbanos, y comprenden veredas, corregimientos, barrios, municipios, países, regiones, y continentes, etc. (Lederach, 2008; Hernández Delgado, 2012; Rettberg, 2012).
- Con respecto a la duración, la experiencia indica que la construcción de la paz comprende lapsos de mediano y largo plazo, y que no es algo que se logra de forma inmediata ni, dicho coloquialmente, “de la noche a la mañana” (Lederach, 2008; Hernández Delgado, 2009).
- Con relación a sus alcances, es siempre perfectible. Esto significa que sus logros no son perfectos porque, aunque se alcance una meta, siempre quedarán otras problemáticas por resolver y nuevos objetivos por alcanzar. A su vez, estos procesos de construcción de paz pueden continuar e incluso ampliar su avance tras emprender nuevos intentos o etapas, pues a partir de la experiencia y los aprendizajes inherentes

logran superar periodos de estancamiento y cualificar sus métodos y estrategias (Lederach, 2008; Hernández Delgado, 2014).

- En cuanto a su desarrollo, la construcción de la paz “es dinámica, no siempre secuencial, enfrenta altibajos, implica plurales retos y frentes de acción paralela” (Rettberg, 2012; Call y Cousen, 2008; Paris, 2009). Por lo tanto, no debe asumirse como algo lineal, que no cambia con el tiempo ni enfrenta dificultades y desafíos.
- Con respecto a sus actores, son diversos: domésticos o nacionales, internacionales, independientes, colectivos, públicos, y privados (Rettberg, 2012). A estos se suman: comunitarios, étnicos, organizaciones de mujeres, colectivos de jóvenes, experiencias de víctimas, sectores gubernamentales, organizaciones no gubernamentales, diplomáticos, religiosos, académicos, negociadores de paz, mediadores para la paz, firmantes de paz en procesos de transición o reincorporación, entre otros.
- En cuanto a su campo de acción, es amplio y plural: a. Generación de condiciones para la vida digna; b. Prevención de violencias y la transformación pacífica de los conflictos; c. Atención integral a las víctimas; d. Procesos eficaces de desmovilización, desarme y reintegración de excombatientes; e. Reparación de los daños causados; f. Reconstrucción del proyecto de vida de las víctimas, el tejido social, y la infraestructura social y económica destruida; g. Generación de políticas públicas para la paz; h. Protección de la naturaleza y el ambiente; i. Educación para la paz; j. Comunicaciones para la paz; k. Profundización de la democracia; l. Justicia transicional; ll. Reconciliación, entre otras (JUSTAPAZ; Lutheran World Relief, 2006).
- Con relación a sus requerimientos: es indispensable el trabajo colectivo o en red de relaciones, el despliegue de la imaginación y la creatividad, el desarrollo de la técnica, el arte, el hecho de pensar en un presente de doscientos años, tratar el asunto del cambio social, la disposición para asumir retos y riesgos, para salir de la zona de confort o del lugar común (Lederach, 2008). Se agregan a las anteriores: ejercicios de planeación procurando dejar lo menor posible al azar, cultivar capacidades como el asombro, la sensibilidad, la persistencia, el diálogo constructivo, la escucha activa, la concertación, y la sencillez en quienes reconocen la complejidad de la paz (Hernández Delgado, 2024). También, se requieren métodos pacíficos, como la resistencia civil, la mediación para la paz y la negociación, entre otras (Hernández, 2009; Mouly, Hernández, 2019; Hernández, Mouly, 2019; Hernández, 2023).
- En cuanto a sus desafíos, la construcción de la paz implica retos. El principal es el tránsito de relaciones marcadas por la violencia y el odio

hacia relaciones pacíficas, incluyentes y colaborativas. Asimismo, la reconstrucción del tejido social en sociedades fragmentadas por violencias prolongadas y arraigadas, y lograr colocar en movimiento las dimensiones de la construcción de la paz de la pirámide que propone Lederach: de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba y del centro hacia los extremos (Lederach, 2008; Ury, 2005).

- En cuanto a la eficacia de la construcción de la paz, dada su complejidad, ha sido difícil identificar los indicadores que permitan medirla. Hasta el momento se ha aceptado el rango de disminución de homicidios en confrontaciones armadas. El cual, si bien representa un marcador importante, es insuficiente para determinar la eficacia de la construcción de la paz (Rettberg, 2012).

Es necesario crear indicadores más apropiados, que ofrezcan estimativos más integrales sobre los logros de experiencias y procesos de construcción de paz. Pensar, por ejemplo, en categorías como: disminución o fin de violencias, reparación integral de víctimas, desvinculación de combatientes y reintegración de ex-combatientes, transiciones para la paz, consolidación de estructuras que eviten la reactivación de los conflictos, mejoramiento de la calidad de vida, desarrollo de capacidades, reconstrucción de infraestructura, reformas sociales y políticas, y políticas públicas para la paz, justicia transicional y reconciliación, entre otras.

Las iniciativas civiles de paz desde los estudios de paz

Tradicionalmente, se ha concebido la paz como una competencia privativa de los Estados. Sin embargo, en la historia reciente es difícil sostener esta afirmación dado que la investigación para la paz ha ofrecido amplia evidencia sobre la importancia y el rol protagónico de la sociedad civil en la construcción de paz.

En el caso de Colombia, y desde una perspectiva de construcción de paz, en las últimas siete décadas se han registrado en este país diversos acontecimientos relevantes, relacionados con la participación de la sociedad civil en el trabajo por la paz. El primero de ellos, y tal vez el más significativo, es el surgimiento a lo largo y ancho de Colombia de múltiples iniciativas de paz que encuentran origen en los distintos sectores de la sociedad civil¹¹; algunas

.....

11. Como pueblos indígenas y afrodescendientes, comunidades campesinas, organizaciones de mujeres, de jóvenes y de víctimas.

de ellas robustas, exitosas y de larga duración. El segundo son experiencias significativas, como “el Mandato Ciudadano por la Paz, la Vida y la Libertad”, que en 1997 alcanzó el respaldo de diez millones de votantes. El tercero es un dinámico, vigoroso y sostenido “movimiento por la paz”, identificado desde mediados de la década de los setenta, que ha sobrevivido a momentos de represión, estigmatización del trabajo por la paz y violencia contra líderes sociales (García Durán, 2006). El cuarto consiste en movilizaciones pacíficas y transformadoras, como las lideradas por jóvenes en 2016, para proteger el acuerdo de paz logrado entre el Estado, durante el Gobierno de Santos, y las FARC, luego del nefasto resultado del plebiscito de ratificación. A juicio de algunos académicos, “Colombia probablemente es el país en conflicto armado con la mayor movilización para la paz” (García Durán, 2006).

Las iniciativas civiles de paz, documentadas desde los años noventa del siglo XX, representan realidades propositivas y esperanzadoras, y evidencian otras realidades de Colombia que cuestionan la práctica generalizada de caracterizar a este país solo por sus violencias. A su vez, constituyen casos palpables de construcción de paz y evidencian los alcances de las acciones colectivas y los métodos no violentos como mecanismos de transformación de conflictividades generadas por violencias estructurales y directas (Hernández Delgado, 2024; 2009; 2004).

Hallazgos de investigación para la paz centrados en estas experiencias permiten afirmar que no han sido gestadas desde teorías académicas, sino desde las propias vivencias de los distintos sectores poblacionales que las crean, sus capacidades y potencialidades, y su necesidad urgente de enfrentar los desafíos que imponen distintas expresiones de violencia estructural, como la exclusión y la marginalidad, así como violencias directas, como el conflicto armado, entre otros (Hernández Delgado, 2004; 2005).

En Colombia, se ha hecho visible un ejercicio permanente de construcción de paz por parte de la sociedad civil comprometida con la paz, y muy especialmente, dentro de esta, por las iniciativas civiles de paz de base social. Se estima que estas iniciativas de paz comenzaron a surgir en la década de los sesenta del siglo pasado, que proliferaron en los ochenta y que comenzaron a ser documentadas de manera científica desde finales de los noventa (Hernández Delgado, 2008).

Quienes integran estas experiencias han evidenciado significativas potencialidades o capacidades para el trabajo por la paz: una desbordante imaginación

y creatividad, un fuerte compromiso cultural y comunitario, un poder transformador desde acciones pacíficas y acciones colectivas que hacen posible lo que parece imposible, entre otras (Hernández Delgado, 2024). Justamente, dentro de estas experiencias ubicamos a las Tejedoras de Vida del Putumayo.

Los significados de las iniciativas civiles de paz

Surgen varios interrogantes sobre estas experiencias: ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuáles son sus significados? ¿Cuáles son los rasgos que las caracterizan? ¿Qué tipologías se identifican dentro de las mismas?

Un factor orientador tiene que ver con la denominación de estas iniciativas de paz. Por un lado, quienes las han generado les han otorgado una calificación con la que intentan expresar sus significados, y por otro, también desde la mirada académica han sido categorizadas y clasificadas. Algunas iniciativas se han definido como territorios de paz, colocando el énfasis en el escenario geográfico que las contiene. Otras se han denominado comunidades de paz, destacando como eje central el proceso de organización comunitaria y la acción colectiva (Hernández Delgado, 2009). Al respecto, algunos investigadores han señalado que:

La idea de una comunidad de paz significa justamente eso: un grupo de personas que formaban una comunidad de paz independientemente de su ubicación física, es decir, no delimitada por un territorio (Mitchell y Ramírez, 2009, p. 248).

Quienes han generado y dinamizado estas experiencias las han denominado de diferentes maneras. Algunas las han llamado *resistencias*, aludiendo a un ejercicio colectivo de oposición a las violencias y a todos sus actores, como las experiencias de resistencia civil indígenas, afrodescendientes y campesinas (Mouly y Hernández Delgado, 2019). A otras las han calificado como asociación, colocando el acento en la articulación entre quienes comparten la condición de pertenecer a un mismo pueblo o sector poblacional, como *asociación campesina*, *asociación de mujeres* o *asociación de jóvenes*, entre otras. Algunas se han otorgado un nombre que resalte la intencionalidad que las articula y cohesiona, como comunidades en autodeterminación, autonomía y dignidad, dado que en el origen de estas experiencias está la demanda de autonomía o autodeterminación, o también la *Asamblea Municipal Constituyente*, pues su finalidad es integrar un poder local constituyente que genere una nueva forma de participación ciudadana, haga política y regule lo público.

Así mismo, desde la mirada académica, se ha hecho referencia a todas estas experiencias como *iniciativas civiles de paz de base social* (Hernández Delgado, 2004), *territorios de paz* (Idler, Garrido y Mouly, 2015) y otros términos como *zonas de paz* (Mitchell, Christopher y Hancock, Landon, 2007). A continuación, se relacionan algunas definiciones sobre las iniciativas civiles de paz:

Estas iniciativas pueden ser comprendidas como: procesos generados y dinamizados por diversas expresiones de la sociedad civil y en algunos casos por estas y las Iglesias, en cuya intencionalidad se explicita su relación con la paz y su construcción. Generalmente adoptan métodos no violentos para movilizarse, protegerse o transformar la realidad, incidiendo y haciendo un tránsito perfectible, de situaciones de violencia a espacios de diálogo, entendimiento y acuerdos, en torno de la protección de mínimos vitales o la realización de cambios constructivos. Representan experiencias de construcción de paces imperfectas desde empoderamientos pacifistas, en su modalidad de resistencias no violentas o mediaciones entre conflictividades y poderes pacíficos transformadores (Hernández Delgado, 2024; 2014).

Las iniciativas civiles de paz son procesos de construcción de paz, de carácter colectivo, generados por distintos sectores de la sociedad civil,¹² con intencionalidades diversas según los actores en los que encuentran su origen, pero con el elemento común de coincidir en el propósito de contribuir, desde métodos no violentos, a alguno, varios o a todos estos objetivos: la prevención de violencias, la gestión pacífica de las conflictividades, la superación de las violencias, el tránsito de relaciones violentas a relaciones pacíficas o de cooperación y la reconciliación (Hernández Delgado, 2005).

(...) son propuestas construidas desde los más frágiles, en un mundo colonizado por la idea de que solo a partir de fortalezas económicas, políticas o militares, se pueden realizar cambios importantes. El mundo de los frágiles era –de alguna forma sigue concibiéndose así– el mundo de la incapacidad, de la ausencia de poder, del sometimiento y la obediencia a las decisiones tomadas desde quienes detentan el poder de centro. Estas decisiones estuvieron respaldadas por mucho tiempo por la sacralización de las normas (Martínez, 2008, p. 53).

.....

12. Pueblos, comunidades, sectores poblacionales, como mujeres, víctimas y jóvenes, Iglesias, desplazados, migrantes, empresarios, gremios, microempresarios, la academia, intelectuales y artistas, entre otros.

Pueden ser comprendidas como procesos perfectibles, generados y dinamizados por pueblos, comunidades y sectores sociales identificados como base social. Encuentran su origen en necesidades apremiantes impuestas por las violencias y en el desarrollo de capacidades y potencialidades para construir la paz de quienes las crean y colocan en movimiento. Su intencionalidad está estrechamente vinculada con la resolución y transformación pacífica de conflictividades causadas por violencias estructurales y directas, la protección de mínimos vitales, y el empoderamiento pacifista o desarrollo de poder pacífico transformador de quienes las crean y lideran. Construyen paz en dimensión de abajo hacia arriba y desde la región (Hernández Delgado, 2004; 2009).

Las iniciativas civiles de paz de las mujeres

Es diversa la tipología de las iniciativas civiles de paz. A su vez, se registran diferencias y sintonías dentro de ellas (Hernández Delgado, 2009; García Durán, 2006). Representan factores diferenciadores: los contextos geográficos en los que encuentran su origen, los actores que las generan y dinamizan, sus procesos organizativos, su intencionalidad, sus niveles de trabajo en red y sus alcances, entre otras (Hernández Delgado, 2008).

Con relación a sus sintonías o aspectos comunes, se pueden señalar: encontrar su origen en sectores de la sociedad civil; su recurso a métodos no violentos para gestionar y transformar la conflictividad; la creatividad con que desarrollan su trabajo por la paz, que es inherente a todas ellas; representar empoderamientos pacifistas y escenarios de construcción de paces imperfectas, que, de muchas maneras, hacen posible lo imposible y dan a luz lo que no existe, apropiando estas expresiones de Lederach (Hernández Delgado, 2024).

Dentro de las iniciativas civiles de paz se ubican las que han gestado e impulsado las mujeres. Se destaca, como se ha hecho en este libro, que han sido precisamente ellas quienes han recibido el mayor impacto tanto de violencias estructurales¹³ como directas¹⁴, y a pesar de ello, o tal vez por ser precisamente ellas las víctimas, han decidido organizarse, salir “de la casa a la plaza”, como dicen en la Asociación de Mujeres del Oriente Antioqueño AMOR (Hernández Delgado, 2012, p. 90). Inicialmente, en torno al reconocimiento de sus derechos como mujeres, y posteriormente para realizar un ponderado y reconoci-

.....

13. Como el machismo, el autoritarismo, la exclusión y la pobreza, entre otras.

14. Como los feminicidios, los conflictos armados internos y las guerras.

do trabajo por la paz, porque, como expresan las mujeres de la Organización Femenina Popular OFP y las de la Ruta Pacífica: “las mujeres no parimos hijos ni hijas para la guerra” (Hernández Delgado, 2012, p. 90). Se destacan también las valiosas transiciones que hacen visibles algunas iniciativas de mujeres, como la de la Asociación de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, que, como describe este texto, transitan de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz.

A pesar de la importancia de las iniciativas civiles de paz de este país y de sus significativos logros, no han alcanzado aún la articulación necesaria con otras de la misma naturaleza, ubicadas en distintos lugares de la geografía nacional para lograr una mayor incidencia a nivel nacional. Avanzar hacia esta meta se ha convertido en uno de los principales propósitos y retos de muchas de estas iniciativas, dado que lograrlo les daría mayores alcances a su trabajo por la paz. A pesar de ello, es evidente en la actualidad que cada vez son más visibles en el contexto nacional y en el internacional, como referentes importantes de construcción de paz en Colombia (Hernández Delgado, 2024).

La comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo

Las Tejedoras de Vida del Putumayo no han realizado ejercicios para conceptualizar los significados de la paz. Como se verá en este apartado, debido a sus duras y tempranas experiencias inmersas en violencias, un buen número de ellas, antes de vincularse a esta organización de mujeres, consideraba la paz como algo lejano a sus vidas y eran escépticas frente a sus posibilidades. Sin embargo, esto cambió cuando decidieron integrar la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, dado que, a partir de los procesos de formación que allí recibieron y de su misma labor de trabajo por la paz, ampliaron su forma de entender la paz.

Durante el trabajo de campo, estas mujeres expresaron comprensiones concretas sobre la paz y en ellas se refleja la huella de diversas influencias. La primera de ellas es la incidencia de las vivencias asociadas a las violencias, especialmente dentro de ellas, al conflicto armado interno; la segunda, los aprendizajes derivados de la formación que han recibido sobre temas relacionados con la paz en los diplomados realizados; la tercera, su experiencia de construcción de paz; y la cuarta, las cosmovisiones y culturas, en el caso de las Tejedoras de Vida indígenas y afrodescendientes.

A continuación, se recogen las comprensiones de paz de las Tejedoras de Vida de las tres subregiones del Putumayo, y se colocan en diálogo con los estudios de paz, específicamente dentro de estos con los enfoques de paz a los que se hizo referencia al inicio de este capítulo.

La comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del medio Putumayo

Las Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo asumen que su organización de mujeres es un laboratorio de paz porque realizan su trabajo por la paz en un contexto muy difícil, hostil, en medio de una confrontación armada permanente. También, coinciden al considerar que el trabajo por la paz en este contexto genera de manera permanente altos riesgos.

Nosotras somos como un laboratorio de paz, porque hemos trabajado en medio del conflicto, de la guerra, de tanta hostilidad, de tanto problema, y en este departamento tan complejo. Nosotras, haciéndonos sentir y defendiendo nuestro espacio, porque lo importante es tener el espacio y decirle a la gente que aquí hay otra gente que está pendiente de las cosas, del territorio y de la paz (Muriel Silva, 2023).

Se identificaron *tres tendencias en la comprensión de la paz* de las Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo. *La primera* está representada por las mujeres que, antes de vincularse a esta asociación femenina no pensaban en la paz o la asociaban a la finalización del conflicto armado en su territorio, y consideraban que la paz era un asunto que concernía solo a los actores armados enfrentados en este conflicto; pero que, luego de integrar esta Alianza de Tejedoras de Vida en este departamento, entendieron que la paz tenía que ver con ellas y con cada persona. Al respecto, así lo expresaron durante el trabajo de campo:

Creíamos que paz era un territorio libre de conflicto armado, pero que era responsabilidad solamente de los grupos al margen de la ley o de los actores quienes iniciaban el conflicto. En este momento, a través de la capacitación de transformación que hemos tenido, consideramos que es un territorio libre de conflicto, pero ya no es responsabilidad solo de los grupos al margen de la ley, sino que es responsabilidad de cada uno de nosotros, porque yo, como mamá, cada una de ustedes, como mamás, tenemos una gran responsabilidad desde los grupos familiares, criar hijos con principios y valores que apoyen y fortalezcan al cambio de este mundo (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Creíamos que era un trabajo y responsabilidad del gobierno, y ahora entendemos que es un deber de cada individuo (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

En diálogo con los estudios de paz, podría decirse, respecto a esta primera tendencia, que antes de vincularse a la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo, muchas mujeres tenían un enfoque de paz negativa. Esta comprensión de la paz surgió después de la Segunda Guerra Mundial y, en ese contexto devastador, era comprensible que se definiera la paz como ausencia de guerra. Sin embargo, se concibe como un enfoque minimalista de la paz, pues, si bien todos estamos de acuerdo en que la paz tiene que ver con la resolución pacífica de los conflictos bélicos, también es cierto que la paz es más que la finalización de estos conflictos y tiene que ver con otros factores. Puede ser que un país carezca de este tipo de conflictos armados, pero esto no garantiza la existencia de la paz, dado que en él se expresan otras modalidades de violencia, como la estructural, que se hace visible en la exclusión, la dominación y la marginalidad, entre otras; o violencia cultural, como el racismo; o violencia de género, como el feminicidio.

La segunda tendencia la representan las comprensiones de la paz que brindaron de Tejedoras de Vida del medio Putumayo, la cual asocian con la protección de la vida de todos los seres humanos, la prevención de las violencias que han padecido, para evitar que otros pasen por esa experiencia, y la defensa de los jóvenes, que están expuestos a diversas violencias.

Todos como seres humanos somos una vivencia de paz. La lucha de hoy en día de nosotros o de siempre, es defender la vida y los derechos de nuestros hermanos, no solamente indígenas, sino como seres humanos, en general. Defender a la juventud, porque más en riesgo ha estado la juventud; los adultos corremos riesgos por defender los derechos de la juventud, de la niñez, de las familias, entonces es un riesgo, porque uno tiene amenazas (Patiño, 2023).

No sabía qué era la paz. Uno siempre veía los grupos armados, el conflicto; pero hablar de paz para mí no significaba nada. Para mí, antes la paz no significaba nada; hoy pienso que la guerra que de una u otra forma yo también sufrí, porque viví un desplazamiento muy joven antes de tener mis hijas, y no me gustaría que mis hijas tengan que sufrir un desplazamiento, porque lo desestabiliza a uno, porque tú sueñas, construyes, te ilusionas (Ocoró, 2016).

En esta segunda tendencia, la comprensión de la paz también sigue ligada al impacto del conflicto armado; pero se supera la comprensión de la paz solo

como finalización de este conflicto. Aquí, la paz se extiende a la protección de la vida, los derechos humanos y los jóvenes, la prevención de violencias y la seguridad. Desde los estudios de paz, podría considerarse que aquí hay una apertura al enfoque de la paz imperfecta. Este enfoque, planteado en 1998 por Francisco A. Muñoz, no quiere decir que se trate de una paz defectuosa; significa que reconoce que no existen paces perfectas, que la paz equivale a un proceso que se construye en el día a día y generalmente en medio de las violencias.

Con respecto a lo anterior, se trata de un proceso que es inacabado porque los seres humanos siempre estamos inmersos en la conflictividad y que es perfectible porque cada intento o ejercicio puede ser mejor. Esta paz imperfecta se hace visible cada vez que resolvemos pacíficamente los conflictos, y no solo los bélicos, cuando contribuimos al bienestar de los seres humanos, al reconocer realidades de paz, al facilitar la articulación de las experiencias de paz y al otorgar mayor espacio a la paz (Muñoz, 2001). Encuentro que esta segunda tendencia es ya una apertura a esa paz imperfecta, dado que la consecución de los aspectos con los que equiparan la paz estas mujeres, mencionados al inicio de este párrafo, implica un proceso permanente en el Putumayo y, además, realizado en medio de diversas violencias. Se agrega que la protección de la vida y los derechos humanos, la prevención de las violencias y la defensa de los jóvenes contribuyen al bienestar de los putumayenses.

La tercera tendencia está impregnada de la cosmovisión de los indígenas del pueblo Nasa. En ella, la paz equivale a la armonía, tiene un fuerte componente espiritual y se vivencia y se mantiene a partir de rituales de armonización y del comportamiento humano.

La paz en sí como nacionalidad NASA o como indígena, la encontramos en la espiritualidad. No solamente yo he hallado paz en ese sentido, sino como la mayoría de las familias, que cuando queremos estar bien totalmente o como dicen armonizadas, entonces estamos con la medicina propia (Patiño, 2023).

La comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del bajo Putumayo

La comprensión de la paz de las Mujeres Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo tiene dos momentos: un antes de vincularse a esta organización de mujeres y un después de hacer parte de esta asociación. Con relación al primer momento, la comprensión de la paz de las mujeres, en forma mayoritaria, estaba influida por la realidad de la expresión directa e intensa del conflicto

armado en su territorio y en sus vidas. La paz significaba el desarme, la desmovilización y la salida del territorio de los actores armados enfrentados en este conflicto, y era una competencia o responsabilidad del Estado. De igual manera, estaba marcada por el escepticismo frente a las posibilidades de la paz en el campo específico de los procesos de paz, porque consideraban que la guerra es un negocio y por los intereses en los cultivos ilícitos. No creían que fuera posible lograr una paz negociada.

Respecto del segundo momento, es bastante interesante, pues evidencia el poder transformador de quienes construyen la paz, como el caso de las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, que logran remontar esas comprensiones limitadas sobre la paz, dimensionándola en dos sentidos: por un lado, facilitando un entendimiento de la paz asociado al desarrollo, mejoramiento de la calidad de vida, empoderamiento de las mujeres y transformación de la sociedad. Por otro lado, evidenciando la ventana de oportunidad que ofrecen los procesos de paz y generando procesos de sensibilización frente a la difícil historia de vida de quienes ingresaron a la lucha armada, sus temores al asumir la decisión de dejar atrás esta opción de cambio desde las armas y su respuesta positiva a las alternativas de transición en su condición de excombatientes. Al respecto, expresaron las Tejedoras de Vida consultadas durante el trabajo de campo:

La paz se entendía como que los grupos armados entregaran las armas y se fueran del territorio, entonces eso era la paz. Ahorita la entendemos ya con inversión social y una economía estable (Colectivo, Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Antes de entrar a Tejedoras de Vida, nosotras siempre hablábamos de que la paz era algo imposible, porque para nadie es un secreto que el negocio es la guerra, ese es el negocio, la guerra, los cultivos ilícitos. Ahora, yo veo que la paz sí es posible construirla, yo digo que sí. Pero nos va a llevar tiempo, porque cambiar la mentalidad de las personas no es fácil ni cambiar el actuar de una comunidad completa, que es machista, difícil; porque en muchas partes el empoderamiento de las mujeres los hombres lo comenzaron a concebir, como “llegó un enemigo más”, porque ya las mujeres empezamos a exigir nuestros derechos y empezamos también esa etapa de rebelión. Pero también algo muy importante, es que las mujeres hemos aportado a que nuestros hijos salgan a estudiar, ya nosotras nuestro chip ya no se quedó que, en la finca, que a ningún lado podemos salir. Las mujeres poco a poco estamos hilando la paz (Delgado, A. M. Tejedora de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Yo pensaba que la paz nunca se iba a dar, eso es algo que siempre pensaba, porque después de lo que nos pasó, no solamente nosotros, sino mucha gente que pasó por esa situación difícil. Yo decía, para que se dé la paz, es como un paso gigante, como cambiar este mundo, como imposible. Cuando comenzaron los diálogos de la paz, toda la gente pensaba que nunca se iba a ver el desarme, ni que la guerrilla se iba a desmovilizar. Hoy en día pienso que sí es posible; se están dando los procesos de paz y con el apoyo en terreno, Tejedoras ha hecho lo que otras instituciones no lo han hecho. Yo he hablado con muchas mujeres excombatientes y me dicen que el temor de ellas es que las asesinen en un momento dado, en cualquier momento peligró su vida. Eran muchos temores, pero Tejedoras de Vida ha aportado para la paz desde ahí, desde capacitar esas mujeres, porque no miraban otra salida, sino la de las armas; no miraban otra parte su generación de ingresos. Entonces, se les ha capacitado para que ellas puedan salir adelante con sus familias, generando ingresos, pero desde la manera lícita, en la parte de bordados, en la piscicultura, en la parte de las abejas, en Guzmán. Creo yo que Tejedoras ha hecho un aporte muy grande para que esas mujeres puedan salir de una encrucijada (Tejedora de vida 6, bajo Putumayo, 2023).

Los imaginarios frágiles sobre la paz en el bajo Putumayo son comprensibles, dado que ha sido la subregión más afectada por el conflicto armado interno en ese departamento. En parte, por su condición de frontera con Ecuador, los intereses en las actividades del narcotráfico y la disputa entre actores armados por el dominio de estas actividades. Los putumayenses, y especialmente las mujeres, de manera prolongada han quedado sometidas al vaivén del accionar de estos actores y de las dinámicas del conflicto armado y han padecido un múltiple impacto intra e intergeneracional de un conflicto bélico degradado, que ha acudido en forma sostenida a dimensiones de barbarie y terror para imponer sus lógicas de guerra y someter a la población civil.

En diálogo con los estudiosos de paz, la comprensión de la noción de paz de las mujeres puede ser leída un el primer momento como paz negativa, es decir, como ausencia de guerra (tal como se explicó anteriormente). Pero en el segundo momento, marcado por su ingreso a la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo, esta comprensión se amplía a una visión de paz que encaja en la paz imperfecta, pues se busca, en medio de la realidad del conflicto armado y mediante un proceso que consideran será lento, mejorar la calidad de vida, acceder al desarrollo y transformar la sociedad. Como una Tejedora de Vida lo expresó: “las mujeres poco a poco estamos hilando la paz” (Delgado A. M., 2023).

También se registra que las comprensiones de la paz de las Mujeres Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo se dividen en dos momentos: antes y después de su vinculación con la organización. Sin embargo, esta evolución se presenta en una tendencia diferente, centrada en el ámbito privado de las relaciones familiares y la violencia intrafamiliar. En el primer momento, antes de unirse a la organización, las mujeres concebían la paz como una forma de sumisión a sus maridos en el contexto de los conflictos y la violencia que ocurría dentro del hogar.

Sus esposos o compañeros ejercían un control total sobre sus vidas, determinando todo lo que les era posible e imposible en su cotidianidad, e incluso contaban con poder para golpearlas “por causas injustificadas”, según las entrevistadas. Con respecto al segundo momento, es decir, después de hacer parte de la asociación de mujeres, la paz trascendió el hogar y la sumisión. En este contexto la paz ahora se entiende como un proceso de empoderamiento femenino que implica la recuperación de la autoestima, la oportunidad de acceder a capacitación, y la transformación de las mujeres en sujetos de derechos en la sociedad, así como en agentes activas en la construcción de la paz. Las Tejedoras de Vida consultadas manifestaron:

Antes de vincularnos con la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo, la paz era ser sumisa al marido; si estando sumisa al marido no había ningún problema porque todo calladito, nosotras no teníamos el valor que tenemos ahora. Nosotras éramos sumisas, pues hasta pedíamos permiso al marido si nos dejaba salir, si podíamos hacer alguna cosa que nosotras queríamos. Siempre nos tocaba pedir permiso, si él nos decía que no, pues no íbamos. Aunque a veces nos golpeaban sin dar motivos, nos tocaba ser bien sumisas y nosotras creíamos que, entre más sumisas fuéramos, iba a haber paz. La paz ahora es valorarnos y capacitarnos para triunfar mejor en la vida y en la sociedad (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Antes de conocer a las Tejedoras de Vida, la paz que se entendía en nuestro municipio era lo que cada familia le iba enseñando a sus hijos, o sea, desde los valores que en la familia les inculcaban a los hijos: cómo deben comportarse, cómo deben no dejarse llevar de las cosas que se les atraviesan en el camino. Para nadie es un secreto que nuestros jóvenes, a veces, se dejan llevar de otros pensamientos; pero también, algunas personas tenían y teníamos pensamientos firmes para no caer en ese flagelo del conflicto. También, antes de conocer a las Tejedoras, yo pensaba que la paz era cuestión del gobierno; pero con las Tejedoras

cambió ese pensamiento; la paz debe comenzar conmigo, con mi hogar, y no esperar que venga de otros (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

La comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo

Las comprensiones de la paz de las Tejedoras de Vida de la subregión del alto Putumayo también están delimitadas por un antes y un después de vincularse a esta organización femenina. Ahora bien, esto se vincula con la influencia mayoritaria que ejercen sobre ellas las cosmovisiones de los pueblos indígenas a los que pertenecen.

En el momento previo a relacionarse con esta organización de mujeres, la paz se identifica con lo que es propio de sus culturas indígenas, lo aprendido desde sus costumbres y la práctica de sus rituales, como en el caso de las conversaciones junto a *la tulpa*,¹⁵ el compartir en *la chagra*¹⁶ y la realización de rituales como los de armonización, que equilibran la energía de las personas o los territorios. Asimismo, una paz entendida como sanación a través de la medicina propia. De igual manera, se concibe una paz que trasciende el hogar y la familia, proyectándose hacia las relaciones con el territorio, que incluye todo lo que lo habita: la naturaleza, los recursos naturales y los seres espirituales, que, desde las cosmovisiones indígenas, tienen vida y se complementan con lo humano. En esta comprensión se destaca una dimensión ecológica de la paz.

Es necesario tener en cuenta que la palabra “paz” no existe en las lenguas indígenas, y que su equivalente es la *armonía*. Por este motivo, la paz era vista, en ese primer momento, como algo lejano y responsabilidad de las autoridades. Al respecto, manifestaron:

(...) antes de vincularme a las Tejedoras de Vida, la paz la miraba como algo tan arriba, tan de las instituciones, como si ellos fueran quienes transformarían la paz; pero en esos momentos sí me doy cuenta de que las enseñanzas desde casa, o sea, cuando mi madre se sentaba junto a

.....

15. La *tulpa* es la denominación de un fogón que se hace sobre tres piedras. Los indígenas han cultivado la costumbre de conversar en torno a la tulpa.

16. La *chagra* son los sitios donde se siembra el alimento desde prácticas colectivas. Se convierte también en un espacio para el diálogo, la conversación y el intercambio.

la tulpá, desde allí empieza la paz, cuando empezamos con nuestras familias a armonizarnos, desde allí empieza la paz (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

En algún tiempo de mi vida, consideraba que la paz solamente la tenían algunos, de pronto por los hechos que ya narré, y otros de pronto, que han incidido también en esa parte; pero la paz es muy bonita porque ya, volviendo a su interioridad, como pueblos indígenas, pues la paz la encontramos desde la armonía espiritual y eso es lo que mí me ha marcado. Entonces sí, he entendido y he alcanzado a tener paz para también dar un poquito de paz a través de la sanación. Entonces, yo iniciaba también comentándoles que soy seguidora de la medicina tradicional y mis maestros me han enseñado cómo armonizar la vida, cómo tener esa paz interior (Chasoy Chasoy, 2023).

(...) la paz es no solamente con las personas, sino en todo el territorio. Para uno todo tiene sentido: las piedras tienen vida y toda la naturaleza, toda la madre tierra tiene vida. Para las comunidades es sentir el amor hacia el otro y desde ahí empieza; como las planticas nos dan los alimentos, entonces a nosotros y nosotras, como estamos junto a ellas, también hablándolas, escuchándolas, o sea, son momentos que se transforma (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

En el marco de este primer momento denominado como *el antes*, una tendencia en la comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo es la equiparación de la paz a la solución pacífica del conflicto armado interno. Sin embargo, en el momento *del después*, tras su vinculación con la organización de mujeres, esta manera de entender la paz se amplió al considerar que la paz también corresponde a la responsabilidad propia, y que esta cuenta con un campo de acción propicio en los hogares y la sociedad. Sobre esto indicaron:

Antes de ingresar a Tejedoras de Vida, nosotros mirábamos la paz como con los grupos al margen de la ley, como que tenían que llegar a un acuerdo, transformar su pensamiento, sus problemáticas con la sociedad. Y después, ya lo miramos como desde nosotros, desde nuestros hogares, empezando por nosotros mismos y desde luego, con nuestra sociedad y los grupos armados y todos los que estemos en conflicto (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Asimismo, en ese momento *del después*, la comprensión de la paz se amplía al ser entendida también como expresión de solidaridad y empatía. A esta extensión de paz se suma ser asumida no solo como el hecho de estar en ar-

monía consigo mismo, sino también en el apoyo y la sanación de las mujeres en conjunto, especialmente, en términos de recuperar la autoestima.

(...) después de integrar la organización de mujeres, la paz uno la siente también cuando ayuda al otro, cuando el otro necesita de uno y uno está allí, a pesar de que quisiera aportar más porque hay muchas necesidades en nuestro pueblo, en nuestras comunidades. Pero, sin embargo, con lo que uno hace, uno se siente feliz y uno siente que contribuye a la paz, tan solo escuchando, tan solo un momento donde dormimos todas y estamos juntas. Desde la chagra también, cuando dormimos en la chagra construimos mucha paz, cuando nos reunimos a sembrar, a trabajar, ahí reímos, ahí estamos haciendo chistes, escuchando y eso es transformar la paz en medio de la tristeza; es transformar paz en la chagra (Narváez Jakanamijoy, I. alto Putumayo, 2023).

Antes de entrar a las Tejedoras de Vida, entendía la paz como estar tranquila, que nadie me moleste; pero en cuanto entré a Tejedoras de Vida, es donde yo ya empiezo a conocer más, veo que nos falta mucho, que es muy poco lo que hemos avanzado, que no solo es estar en paz con uno mismo, que eso es insuficiente, que tenemos que apoyar sanándonos desde nosotras mismas, empezar por nosotras mismas a querernos, a apoyarnos, y enseñar a las demás a quererse, a valorarse, y a seguir la paz (...). Eso hace mucha falta, porque muchas veces nos enseñan otras cosas, pero no a querernos nosotras mismas, a valorarnos como personas, a querernos como mujeres (...) (Rosero, M. L., alto Putumayo, 2023).

Antes, entendíamos que la paz era institucional, antes de llegar a Tejedoras de Vida; pero logramos entender con los diplomados, con las capacitaciones que nos brindaron y los proyectos financiados, que cada una de nosotras somos y generamos paz en nuestro territorio (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Se destaca también una tendencia que representa una comprensión feminista de la paz en las Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo: Esto se evidenció cuando manifestaron que, en el primer momento, antes de vincularse con esta organización de mujeres, la palabra paz les era lejana dado que no se

.....

15. La *tulpa* es la denominación de un fogón que se hace sobre tres piedras. Los indígenas han cultivado la costumbre de conversar en torno de la tulpa.
16. La *chagra* son los sitios donde se siembra el alimento desde prácticas colectivas. Se convierte también en un espacio para el diálogo, la conversación y el intercambio.

hacía visible como expresión de justicia y apoyo hacia la mujer. De igual manera, cuando expresaron que en el segundo momento, después de hacer parte de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida, habían comprendido que la paz era también una lucha por empoderar y proteger a las mujeres.

Esta forma de entender la paz puede ser producto de la realidad que viven las mujeres en el alto Putumayo, quienes soportan el impacto directo y devastador de la violencia intrafamiliar y de género. Un impacto que se ha expresado con mayor intensidad en esta subregión donde el patriarcado está vigente y el pasado adverso, que históricamente ha pesado sobre las mujeres, no pasa del todo. Se trata entonces de un fenómeno invisible o poco visible, pero que afecta de manera significativa a las Tejedoras de Vida de esta subregión y que requiere una atención prioritaria.

Antes de que nos capacitaran, escuchábamos la palabra paz, pero de lejitos, como que no la entendíamos porque no se hacía visible (...) no sabíamos qué significaba paz, porque no había justicia, no había apoyo a la mujer. De ahí en adelante, después de que ya nos capacitamos, gracias a la alianza de Tejedoras de Vida, ya sabemos qué es la paz. La paz empieza por los hogares, con los hijos, con la familia (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Antes, entendíamos que la paz era institucional, pero con Tejedoras de Vida logramos entender que cada una de nosotras somos y generamos paz, desde nuestro niño interior, con sanación (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Las comunidades indígenas, la paz la empezamos en la chagra, que son los espacios con nuestras familias, donde nos sentamos a conversar y a tejer, a trabajar, a moler maíz, a desgranar. Desde ahí comencé a saber qué es paz. Mi madre nos transmitía paz; pero con la alianza, cuando yo fui a las reuniones de allanando caminos y otros espacios, entendí que la paz es que hay que luchar, hay que empoderarse y no tener miedo de defender a otras mujeres (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

La cita que se relaciona a continuación recoge, de manera integral, la comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo en ese segundo momento. Tal comprensión de la paz se relaciona con el trabajo por lo colectivo, el bienestar, la seguridad, la superación de la violencia intrafamiliar y el empoderamiento de las mujeres. De igual manera, se asume que la paz no se materializa en las leyes ni se reduce a la solución del conflicto armado interno, sino que se construye desde el hogar y la familia.

Saber y conocer cómo es la paz, pues uno a veces cree que todo son leyes gubernamentales y debido a ataques de grupos armados y todo eso; pero la realidad es que la paz se construye desde los hogares, las familias, con tranquilidad y al brindarle a la familia seguridad y bienestar, trabajar por lo colectivo, y también aprender a solucionar los problemas de la casa para poder construir la paz, empoderarse mucho, porque si nosotras no nos empoderamos en el sentido de estos talleres y replicar, pues lo que aprendemos (Colectivo Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

Al poner en diálogo el enfoque de los estudios de paz con la comprensión de la paz de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo, se evidencia que en esta subregión es menor la tendencia a equiparar la paz con la resolución pacífica del conflicto armado interno y, por ende, con la expresión de paz negativa. Esto coincide con la realidad, dado que, si bien el conflicto en referencia también ha tenido presencia en el alto Putumayo, su impacto ha sido menor en comparación con el de otras subregiones de este departamento.

La tendencia predominante en las comprensiones de paz de estas Tejedoras de Vida es más amplia y relaciona la paz con elementos propios de sus culturas indígenas, reconociéndolos como parte de su identidad y en su valor intrínseco. Asimismo, la paz se asocia con intereses colectivos, la solidaridad, la empatía, la protección del territorio, el bienestar, la seguridad, la superación de la violencia intrafamiliar y la protección y el empoderamiento de las mujeres.

A su vez, esta comprensión de la paz le da un carácter procesual; es decir, la asume como una lucha constante o de largo aliento, que se construye en medio de diversas violencias que hacen presencia en la subregión. Además, reconoce las experiencias de paz de las culturas indígenas, y las articula después, con los aspectos señalados antes en este párrafo. Por estas razones, esta visión de paz puede ser arropada por el enfoque de la paz imperfecta.

Las vivencias de paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, contactadas durante el trabajo de campo, reconocieron que en las distintas subregiones de este departamento han vivido experiencias de paz. Esto es muy significativo, pues, dadas las sucesivas vivencias de violencias degradadas que han padecido, sería comprensible

que no identificaran este tipo de experiencias en sus vidas. Sin embargo, el hecho de que las reconozcan puede interpretarse como un síntoma de su transición de mujeres heridas por la violencia a constructoras de paz, como indica el título de este libro, y también como una expresión de su experiencia en el trabajo por la paz.

Algunas de las vivencias de paz que relataron durante el trabajo de campo surgieron de experiencias de violencia extrema, como un rayo de luz visible en la noche más oscura. Otras han tenido su origen en el proceso de paz realizado entre el Estado, bajo el gobierno de Santos, y las FARC, o en acciones a favor de los derechos de las víctimas, como la recuperación de la memoria histórica. Asimismo, algunos de estos hechos se han originado en prácticas de mediación con alcances dentro del marco del conflicto interno armado; otras, en prácticas culturales propias de las culturas indígenas; y en algunos casos, en los cambios registrados en actores relevantes frente a violencias como la intrafamiliar.

Estas experiencias se describen a continuación a partir de las entrevistas aplicadas a Tejedoras de Vida en cada una de las subregiones del Putumayo.

Narrativas sobre vivencias de paz de las Tejedoras de Vida del medio Putumayo

Las Tejedoras de Vida de esta subregión compartieron vivencias de paz relacionadas con tres experiencias distintas, todas ellas asociadas al conflicto armado. La primera, en un marco del proceso de paz realizado entre el gobierno Santos y las FARC, un acontecimiento histórico, el más importante en términos de paz en Colombia, y consistió en la llegada al Putumayo, en 2016, de los firmantes de paz desmovilizados de las extintas FARC, la insurgencia por entonces más robusta, consolidada y antigua del continente. La segunda, una acción colectiva de una comunidad que pudo impedir que un abuelo fuera asesinado por los paramilitares, y quien estando en cautiverio, tuvo que presenciar el atroz desmembramiento de otras personas, también privadas de su libertad en el mismo lugar de cautiverio y, tercera, la iniciativa de los murales de la memoria para honrar y recordar mujeres asesinadas y desaparecidas en el marco del conflicto interno armado. Las experiencias narradas representan vivencias de paz para las Tejedoras de Vida de esta subregión, porque, en el primer caso, les permitió registrar de primera mano, la dimensión humana detrás de la guerra y siempre presente en la paz, y principalmente, los alcan-

ces de los procesos de paz y el poder transformador de la paz. En el segundo, porque evidenció la solidaridad de un colectivo que se expuso ante actores armados para salvar la vida de un integrante de su comunidad, y que, a su vez, contribuyó al proceso de sanación de una Tejedora de Vida de esta subregión del Putumayo, que había perdido a su padre tres meses antes por cuenta de los paramilitares.

Cuando llegaron los firmantes de paz de las FARC al Putumayo, en 2016

Fuimos hasta Puerto Rosario, en el 2016. Yo decía esto es único, ver todo esto es único. En unos carros venían solo mujeres embarazadas; después me sorprendió mucho que había un comandante; decían que era Martín Sombra, y había un anillo de mujeres muy bonitas, bellísimas. Luego, había otro anillo de hombres y estos hombres tenían unos perros grandes. Lo que más me sorprendió es que eran mujeres bonitas las que estaban alrededor de este señor. Luego, ver niños que venían de la mano de sus madres, entonces uno dice, esos son los lenguajes del amor en medio de la guerra. Vimos que el que llegaba se bajaba de los botes, hombres con animales, como el loro o el miquito, todos con sus mascotas. Eso fue muy bonito y lo más que me impresionó fue cómo a las mamás ansiosas de ver a sus hijos, cuando los encontraban, se abrazaban y lloraban. Pero también, veía la cara de otras madres que preguntaban por sus hijos y les decían: “no, aquí no está”. Había gente que los insultaba porque, claro, también hicieron mucho daño; pero otra gente los aplaudía, en los colegios, la gente, los niños con banderas blancas, el letrero de “bienvenidos a la paz”. Eso fue lo que vi de la paz, de ese proceso tan bonito (Ocoró, 2016).

Liberación de abuelo secuestrado, quien presenció hechos atroces, y fue liberado por mediación comunitaria

Sí, he vivido experiencias de paz. Estuvo secuestrado mi abuelo, fue como tres meses o cuatro meses después de la muerte de mi padre por cuenta de los paramilitares. Eso fue un cruce de emociones muy terrible, donde la comunidad de El Empalme se reunió; mi abuelo era un hombre como temeroso de las cosas de Dios, que no se mete en cosas, sino que tenía una asociación de paneleros y él siempre iba a hacer gestiones, porque querían un trapiche para moler su panela. Entonces, lo mismo de siempre, los paramilitares lo acusaron porque salía a ha-

cer sus gestiones, que él era seguramente un informante. Entonces lo secuestraron. La comunidad se reunió y fueron a reclamarlo; fueron allá y los paramilitares les dijeron que él no estaba allí. Cuenta mi abuelo que él llevó la Biblia, y que él tuvo que presenciar como asesinaban y despresaban a la gente delante de él, y él se quería tapar con la Biblia y le decían: “viejo hijuetantas, te vamos a matar y quítese esa Biblia de la cara”, y le servían la comida con las manos llenas de sangre. Dice mi abuelo que fue algo muy terrible. Mi mamá, yo le doy gracias a Dios por la mamá que tengo, aunque le dijeron que mi abuelo no estaba ahí, mi mamá movió cielo y tierra, habló con la gente, con grupos de mujeres de allá del Empalme, de la Iglesia, y lo fueron a reclamar en chivas, y los paramilitares nunca pensaron que la comunidad iba a hacer algo así, un grupo grande que iba a ir a hacer un plantón para reclamarlo. Mi mamá solicitó hablar con esa gente y la escucharon. Ese momento de paz me llena el corazón, porque cuando ya pasó eso que pasó, lo de la manifestación, mi mamá dice que ella estaba en una esquina; eso fue por allá, por El Placer, que le dijeron que estaba allá un comandante; entonces, ella fue a buscarlo, y cuando llegó una camioneta y de un momento a otro le preguntaron: “¿usted es la que anda buscando a fulanito de tal?”, y ella les dijo: “sí”. Le dijeron, “súbase”, y la subieron a un carro, y la llevaron donde el comandante y el comandante le dijo: “no pensamos que ustedes iban a hacer algo como una movilización, que iban a reclamar a ese señor. ¿Quién es? Deber ser importante para que venga tanta gente aquí a reclamar a este señor”. El señor dijo que habían llevado a mi abuelo, pero que no era la persona que ellos pensaban. Para mí fue algo grandioso; le pidieron disculpas a mi mamá y le entregaron a mi abuelo (Tejedora de Vida 6, bajo Putumayo, 2023).

Los muros de la verdad

Para mí, los muros de la verdad fueron un trabajo que me eché a hombros por tantas mujeres asesinadas y desaparecidas, pues no podían quedar en el limbo o que nadie las reconociera. Yo misma les coloqué el nombre a los murales: para que la memoria no muera. Es un gesto de paz muy bonito que tú llegues al aeropuerto y veas; no es tanto las tapas, sino la transformación de los rostros que hay de las mujeres, que va de los rostros que expresan el dolor de la guerra, hasta los de tranquilidad, y todos los rostros, el proceso de transformación que hemos venido haciendo las Tejedoras en el Putumayo (Ocoró, 2016).

Narrativas sobre vivencias de Paz de las Tejedoras de Vida del bajo Putumayo

Al igual que en el medio Putumayo, las Tejedoras de Vida de esta subregión manifestaron haber tenido vivencias de paz. La primera, compuesta por varias acciones, incluyó actividades en el marco del proceso de paz entre el Estado, bajo el gobierno de Santos, y las FARC, centradas en promover el voto favorable en el plebiscito de ratificación del acuerdo final de paz. Otra acción, realizada luego de la firma de dicho acuerdo, se materializó en iniciativas para la reconstrucción de la memoria histórica de las mujeres. La última se reflejó en el acompañamiento para fortalecer a las mujeres del bajo Putumayo, motivándolas a participar en los consejos consultivos.

La segunda vivencia de paz recoge dos experiencias relacionadas con avances en la reconciliación y la gestión pacífica de conflictos comunitarios. En el primer caso, las Tejedoras de Vida de El Tigre, en esta subregión, realizaron un importante trabajo con mujeres victimizadas por la masacre ocurrida en 1999, buscando sanar sus profundas heridas y ayudarlas a recuperar su proyecto de vida, liberándolas del odio y los recuerdos del pasado. En el segundo caso, facilitaron la reconciliación entre mujeres divididas por conflictos religiosos.

Estas vivencias de paz adquieren una singular importancia, ya que evidencian el tránsito de mujeres heridas por las violencias hacia ser constructoras de paz. Se trata de mujeres que padecieron directa o indirectamente el horror de la masacre perpetrada por paramilitares en El Tigre, y esta transición se hace visible de muchas maneras: por un lado, al organizarse como Asociación Violetas de Paz, que forma parte de la Alianza de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo; y por otro, al evidenciar su apertura hacia la reconciliación con el apoyo de mujeres que fueron víctimas de la misma tragedia.

Sobre las vivencias de paz, nosotras, en la época del plebiscito, trabajamos mucho en la inspección de El Placer con las organizaciones, haciendo foros por la paz, hacíamos cine foros por la paz. Una vez se firmaron los acuerdos, hemos trabajado incansablemente en la memoria, en fortalecer los murales. Aparte siempre hemos estado trabajando; yo, por lo general en el municipio, con temas de fortalecimiento de las mujeres, animándolas a que participemos de los consejos consultivos (Delgado A. M., 2023).

Hay una vivencia hermosa; mire lo que pasó en el 99 en la masacre de El Tigre, y que hoy yo pueda ver el logro de que las mujeres perdonen, la reconciliación, de que no vivan con ese dolor, y unas me dicen: “ay, doña Ruby, yo ya perdoné lo que a mí me hicieron, o ya, yo quisiera perdonar”. Eso para mí, es una vivencia hermosa, porque ellas ya no quieren pensar en lo que les pasó. Y otra vivencia de paz, la más bonita, es que allá había un abismo tenaz entre evangélicas y católicas. “Que usted es evangélica, yo no me junto con la evangélica; que usted es católica, yo no me junto con la católica, porque es que las católicas visten así, y nosotras vestimos así, nosotras somos hermanas y ustedes no son hermanas”. Pude, como cosa de mi Dios, reunir las y decirles que eran mujeres y que no tuvieran eso de que soy católica y con usted no me junto. Entonces, tuve como una vivencia de paz de que ellas se den ese abrazo, de que yo no vuelva a pensar mal de usted. Esa mediación fue tan hermosa, que yo decía, “qué alegría que se estén abrazando”, a pesar de que eran todas así, y hoy en día hagan parte de la Asociación Violetas de Paz (Tejada, 2023).

Narrativas sobre vivencias de Paz de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo

Las Tejedoras de Vida de esta subregión del Putumayo compartieron diversas vivencias de paz. La primera, en total sintonía con sus culturas, sus cosmovisiones y costumbres. La segunda, basada en experiencias de paz que resultaron de su trabajo en beneficio de la comunidad. La tercera, como resultado de un ejercicio de mediación en el conflicto armado, específicamente a través del intercambio con comandantes de grupos armados, centrados en la escucha, el diálogo constructivo y la espiritualidad. Finalmente, la cuarta surge de los cambios percibidos en las mujeres que se empoderan a partir de su labor como Tejedoras de Vida del Putumayo, y de maridos que comprenden la importancia del trabajo de estas mujeres.

Según el relato de las Tejedoras de Vida del alto Putumayo, en unos casos son vivencias de paz porque evidencian prácticas espirituales propias de sus culturas indígenas, que posibilitan la armonía consigo mismo, con las familias, las comunidades y el territorio. Y en otras, porque materializan la solidaridad que es el valor más relevante de la paz, la empatía con el sufrimiento humano, y la noble labor de incidir en actores armados para salvar vidas desde la mediación en los conflictos armados. Con respecto a la última, porque muestran los alcances de la labor de las Tejedoras de Vida en esta subregión

en términos de generar cambios en las mujeres y sus entornos familiares, y porque estas transformaciones son indispensables para superar la violencia intrafamiliar.

(...) las vivencias de paz que he tenido han sido a través de la tulpá y la chagra junto con mis padres en las enseñanzas de los valores de todas las prácticas del buen vivir. Las buenas prácticas son estar bien con uno mismo, en armonía con la madre tierra, con las demás personas y cada vez seguir enriqueciendo los saberes ancestrales, los saberes que cada día construyen nuestro camino (Narváez Jakanamijoy, I. alto Putumayo, 2023).

(...) he tenido momentos de paz en mi vida. Considero que la paz se interioriza desde cada ser y mi paz es la paz espiritual. Para entender la paz, nosotros, como comunidad indígena, decimos armonizar; es armonizar la vida, entender por qué estamos aquí. Desde ese punto de vista, armonizo la paz desde entender por qué estoy aquí, para qué, y cómo también puedo ayudar a que esa paz se siga construyendo y tejiendo desde nuestros saberes (Botina, 2023).

(...) yo la paz la vivo trabajando por mi comunidad; esa es la paz que yo siento cuando yo puedo ayudar, cuando yo puedo sanar unas personas (Rosero, M. L., alto Putumayo, 2023).

Hay muchas, pero un hecho de paz que viví también en el bajo Putumayo fue escuchar a veces a los comandantes de los grupos subversivos, escucharlos y también entenderlos de por qué han escogido esta vida, porque dentro o detrás de ese camuflado y detrás de esa metralleta, hay una historia de vida y hay veces que cuando ellos buscan también sanar algo, buscan también dejar todas esas malas energías y uno escucharlos (...), darles uno un consejo a ellos y que ellos lo escuchen y lo admitan, y me he sentido por eso contenta. Ahorita cumplí 40; en ese año que viví esta experiencia, tenía 19 ó 20 años y me decían: “usted es una chiquilla”, pero entonces ellos alcanzan también a mirarle a uno el grado de madurez y el grado de espiritualidad que uno va llevando, entonces llegarles con esa palabra, yo digo que fue un aporte también bonito (Tejedora de vida 3, alto Putumayo, 2023).

Me parece lo más bonito y lo más valioso, es que el esposo de una señora del grupo, nos haya dicho que la esposa ha cambiado mucho, que ella llega a la casa con armonía y que él ha visto el cambio (...); este señor reconoce la transformación de la esposa y por ello él mismo se va a dejarla, él mismo le dice: “ya son horas para que usted vaya”, y ella ha empezado como a cambiar y se ha visto como ese cambio en ella,

digamos en la familia. Ellos nos cuentan y nos agradecen con ese amor que ella haya hecho un cambio de vida, porque antes era una persona amargada, triste (...); a estas mujeres les ha servido como estar en este grupo para poder cambiar como un poquito su estilo de vida (...). Me gusta esto porque él es uno de los pocos hombres que ha entendido, porque los demás, pues piensan que la mujer al quererse, al amarse ella misma, está dejando de ser sumisa (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

Campos de acción y estrategias empleadas en su trabajo de construcción de paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, altamente victimizadas por diversas violencias, demuestran una postura visionaria e integradora al definir sus ejes de acción y una notable creatividad en la creación de sus estrategias de intervención. Son visionarias porque cada eje y sus correspondientes estrategias responden a necesidades concretas y relevantes de las mujeres, sus contextos y la construcción de la paz; y son integradoras porque, en conjunto, tienen el potencial de avanzar en la transición de violencias arraigadas y prolongadas hacia realidades constructivas, relaciones pacíficas y de colaboración.

Como se verá a continuación, cada eje y estrategia de intervención contribuye a aspectos específicos. Algunos facilitan el empoderamiento de las mujeres y producen cambios que ellas mismas han interpretado como una revolución pacífica. Otros transforman realidades adversas impuestas por las violencias. Unos median para proteger vidas en el marco del conflicto armado; otros contribuyen a la sanación de mujeres heridas por las violencias, y algunos se centran en el cuidado de la naturaleza. Asimismo, otros promueven procesos de paz y acompañan a mujeres firmantes de acuerdos de paz; algunos contribuyen a la reconstrucción de la memoria histórica de las mujeres, y los últimos facilitan avances incipientes en el proceso urgente y necesario de la reconciliación en el Putumayo.

Estas mujeres heridas de maneras diversas, injustas, imaginables e inimaginables, como una cajita de sorpresas, han desarrollado capacidades y una creatividad extraordinaria para crear y poner en movimiento ejes de acción y estrategias de intervención que facilitan su labor de construcción de paz. Estos tienen como rasgo común que son pacíficos o no violentos, responden a la urgencia de necesidades sentidas y, en veinte años, han registrado logros significativos.

Los campos de acción para construir la paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo no han cursado estudios de posgrado en resolución de conflictos o construcción de paz, pero han creado ejes de acción y estrategias de intervención orientados a gestionar pacíficamente la alta conflictividad en sus territorios. Esto con el fin de prevenir y superar las violencias, acompañar procesos de sanación de las víctimas y buscar alternativas para transitar de realidades violentas a contextos de colaboración pacífica. Lo han hecho desde la sabiduría adquirida a partir de su propia experiencia como mujeres heridas por las violencias, su conocimiento del territorio y de las lógicas de las violencias que han padecido, así como de las capacitaciones brindadas por su organización de mujeres.

Las capacitaciones, los diplomados, son métodos de hacer paz. También, las mujeres mediadoras para la paz, haber hecho tantos planes de acción para el plebiscito, es porque creemos en la paz. Yo le decía a Fátima, “es complejo cómo las mujeres que han sufrido tanta guerra luchan por el proceso de paz”, y ella, un día en Bogotá, cuando se iba a firmar la paz, se despertó Fátima llorando; yo nunca la había visto llorar. Me dijo: “Carmen, estoy muy emocionada porque yo que viví esta guerra no quiero que mis hijas y mis nietas la vivan” (Ocoró, 2016).

Algunos de estos ejes, sin que ellas lo supieran o hubieran estudiado formalmente, han sido empleados por distintos sectores sociales a lo largo de la historia de la humanidad, documentados por investigadores de la paz y las ciencias sociales. Otros responden a necesidades específicas de sus contextos, y en conjunto representan campos vitales para la construcción de la paz.

Estos campos de acción, seleccionados y cuidadosamente planeados por las Tejedoras de Vida del Putumayo, no son perfectos, porque como se mencionó anteriormente en este capítulo, no existen paces ni rutas perfectas para construir la paz. Sin embargo, en sus contextos han logrado resultados positivos que han fortalecido y consolidado esta organización, permitiéndoles avanzar sobre dichos logros. Los ejes se describen a continuación, basados en las narrativas de las Tejedoras de Vida del Putumayo, quienes los explican desde su propia experiencia.

Educación feminista y educación para la paz

Como se afirmó en el tercer capítulo de este libro, desde los orígenes de esta organización, la educación ha sido uno de sus ejes centrales. Dentro de su

campo de acción en la construcción de paz, dos modalidades de educación han sido fundamentales: la educación feminista y la educación para la paz. Ambas han respondido a necesidades esenciales de estas mujeres en un departamento marcado por la profunda problemática de violencias descrita en el capítulo , que ha impactado significativamente a las mujeres.

Fátima Muriel y las Tejedoras de Vida fundadoras acertaron al interpretar la necesidad urgente de una educación feminista, que permitiera a las mujeres conocer sus derechos, recuperar su autoestima y empoderarse de sus vidas. Históricamente, las condiciones adversas que universalmente pesan sobre las mujeres en el Putumayo han persistido de generación en generación, con énfasis en la violencia intrafamiliar que las ha victimizado, invisibilizado y silenciado. Era necesario empezar por la educación feminista para que estas mujeres pudieran participar en la causa liberadora de la revolución pacífica que, como ellas dicen, generó la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo. Esto también fue fundamental para el proceso de sanación de las heridas profundas que les han dejado las violencias. Como un efecto en cascada, era indispensable que las mujeres se empoderaran de sus vidas para que pudieran abrazar la construcción de la paz.

La educación para la paz les ofreció elementos teóricos que les permitieron comprender el contexto de violencias en el que vivían, su condición de víctimas y la gravedad de que las violencias se prolonguen y profundicen tanto en su departamento como en Colombia. También les permitió conocer el poder de la paz, el potente método de la no violencia, la importancia de la construcción de la paz, la ventana de oportunidad que representan los procesos de paz y la urgencia de la reconciliación. Además, esta modalidad de educación les brindó herramientas para su trabajo por la paz, cualificando lo que ya hacían en sus territorios o facilitando que lo intentaran por primera vez.

Entre 2010 a 2015, el diplomado de mediación para la paz permitió que varias mujeres sean mediadoras de paz de los conflictos en nuestros territorios. Desde ahí, quedamos como mediadoras de paz (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Resistencia civil o no violenta

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, con gran valentía, han liderado campañas de resistencia civil para oponerse pacíficamente a diversas violencias y a todos sus actores. En este ejercicio, se han movilizado para exigir justicia en casos de desaparición de mujeres, han creado murales de la memoria para

recordar a aquellas que han sido asesinadas, han realizado plantones frente a las instituciones gubernamentales locales y ante los actores armados, demandando medidas en favor de la vida, y se han opuesto a las petroleras en defensa del territorio.

También han marchado, de manera masiva y vestidas de negro, para rechazar el abuso y la violación sexual de las mujeres empleada como arma de guerra, entre otras. En este contexto difícil, complejo y violento del Putumayo, estas mujeres se han levantado en oposición, muchas veces, incluso a costa de sus propias vidas para decir con la firmeza que las caracteriza: “¡No, alto, no más!”.

Inicialmente, pues, eran carteles, carteleras, y vengan, juntémonos y hagamos una olla comunitaria, y nosotras Tejedoras, ponemos la carne y lo que se necesite para la olla comunitaria. Otras veces, en conjunto, nosotras colocamos la carne y ustedes colocan el plátano, la yuca, pero vamos a resistir, por ejemplo, las movilizaciones del Teteye, porque los amenazaban y porque regaban el crudo y que todo esto pasaba. Yo recuerdo que, en una de esas movilizaciones, de estas actividades, no recuerdo el año, pero vaciaron 26 mulas que venían cargadas de ACPM, de petróleo, y de ahí nos llamaron a las Tejedoras, pero también iba la defensoría (Ocoró, 2016).

Mediación en el conflicto armado

Antes de recibir formación en el diplomado de Mediaciones para la Paz, algunas Tejedoras de Vida del Putumayo ya actuaban como mediadoras en todas las subregiones del departamento, aunque no lo supieran. Se convirtieron en intermediarias entre las comunidades o los resguardos indígenas y los actores del conflicto armado, a petición de sus comunidades o vecinos, con el objetivo de interlocutar con estos actores y salvar vidas de personas que iban a ser ejecutadas, liberar a personas retenidas, recuperar los cuerpos de quienes habían sido asesinados o facilitar el paso de estudiantes, adultos o enfermos durante paros armados. Asimismo, han actuado como mediadoras para facilitar la resolución pacífica de conflictos entre sectores enfrentados en sus comunidades y promover la reconciliación.

La mediación es una labor noble y extremadamente difícil que siempre las pone en riesgo, pero que también les ha dotado de capacidades y competencias especiales que les han permitido construir paz en sus territorios. A continuación, se presentan algunos relatos sobre los ejercicios de mediación de estas mujeres:

También me ha tocado mediar con las juntas de acción comunal. Así mismo, me tocó un caso en Caicedo, cuando los paramilitares que estaban matando y desapareciendo tantas familias, cogieron a dos presidentes de las juntas y los desaparecieron. Nosotros éramos conocidos, trabajamos como Junta, los acompañamos. Me tocó enfrentarme con los paramilitares; ahí sí me tocó solita o yo nunca digo sola, porque yo siempre digo, Dios y mis ancestros están con nosotros, y tengo una fe también en las almas benditas del purgatorio; entonces, digo, todos están conmigo. Me tocó enfrentarme con ellos y bendito sea Dios, dijeron dónde los habían asesinado, dónde estaban los cuerpos, y mandaron un grupo de ellos para que los recogieran y se los entregaron a la familia. Entonces, para mí, esos son gestos de paz son logros (Tejedora de Vida 3, medio Putumayo, 2023).

Me tocó mediar para salvarle la vida a un indígena, padre de familia que, por cierto, tenía muchos chiquitines y eso era lo que más me conmovía, porque eran 6 chiquitines. Me tocó mediar bastante, en ese entonces, con el comandante Blanco de los paramilitares. Dijo: “vos sos docente, una chiquitita, ¿cuántos años tienes? Sentémonos a hablar”. Nos sentamos a conversa; el único aspecto que el respetó fue el tema de la espiritualidad, porque él dijo que, si tomábamos remedio, y yo le dije que sí. Entonces dijo: “o sea que, si quieres, ¿me puedes hacer una brujería?” “Pues tanto así, no”, le dije, “porque nosotros tomamos remedios para sanar, pero, pues sí, de pronto, a veces toca hacer contras, pues, podemos defendernos de esa manera”. “Pues yo no quiero que me hagas ningún mal, ni me dejes andando algo mal, entonces mediamos, les voy a entregar a la persona que ha venido a buscar y ustedes verán qué le hacen, si le dan remedio, si lo meten al cepo o qué le hacen”. Y nos lo entregó, pero eso fue una lucha, porque nos tocó armar un teatro y salir a las once de la noche, del resguardo. A mí me tocó hacerme la enferma, llegaron los de la ambulancia para salir del territorio y salir al pueblo y allí buscamos al comandante, y allí ya nos lo entregó (...) (Tejedora de Vida 2, alto Putumayo, 2023).

Esas mediaciones, para mí, son algo importante porque hacen que ese corazón que está tan cerrado se abra. Lo otro que me gusta a mí, es que ya esos odios y esas venganzas ya dejan de existir. Ya no se odia a éste porque fue guerrillero o a esa mamá, que fue mamá de un guerrillero, o a ese papá que fue papá de un paramilitar. Esas dos faenas yo las tengo claras dentro de la mediación y la paz (Tejedora de Vida 6, bajo Putumayo, 2023).

Sanación de mujeres víctimas de las violencias

La condición de víctimas de las Tejedoras de Vida del Putumayo inspiró el surgimiento de su organización de mujeres y ha sido el motor de su consolidación. Este reconocimiento compartido de un pasado común de pérdidas y sufrimientos las ha hermanado, permitiéndoles movilizar las causas que defienden.

Estas mujeres descubrieron que podían sanar sus heridas desde ellas mismas, a través de un ejercicio mutuo de cooperación y solidaridad. Han aprendido a escucharse muchas veces, haciendo de la escucha una parte esencial de su cotidianidad. Reconocen su dolor en el de las otras Tejedoras de Vida, quienes han vivido experiencias similares o incluso más dolorosas. Se han acompañado, apoyado y han alzado sus voces, movilizándose en su departamento en nombre de todas las mujeres victimizadas como ellas.

También comenzamos a trabajar la parte psicosocial. No es lo mismo que a ti te den millones de pesos cuando estás enferma, destruida. ¿Qué vas a hacer con eso? Ni sentido tiene que te den. Entonces, comenzamos a hacer ciertas capacitaciones sobre cómo sanar estas heridas, cómo ir sanando los cuerpos de las mujeres que han sido azotados por la guerra; cómo comenzar a creer, a contar. Las mujeres, en estos espacios, se dedicaron a contar sus dolores, y lo bueno es que se respeta el espacio, lo que ahí hablan las mujeres desde el dolor y que ahí está, y esa es la transformación que hemos venido haciendo desde Tejedoras (Tejedora de Vida 2, medio Putumayo, 2023).

Este campo de acción ha sido integrado a las culturas de las Tejedoras de Vida de los pueblos indígenas del Putumayo. Ellas lo han extendido, entonces, a prácticas propias de sus cosmovisiones, escuchándose en la chagra, cuando tejen y cuando están en sus espacios comunitarios.

Desde este eje, las Tejedoras de Vida del Putumayo, han avanzado en sus procesos de afrontamiento del pasado, reconstrucción de su presente, y proyección de su futuro; han liberado el dolor y el odio, e incluso, han ido preparando condiciones para la reconciliación. Al hacerlo, no solo sanan ellas mismas, sino que pueden ayudar a sanar a otros. Desde los estudios de paz, la atención integral de las víctimas representa un importante eje de acción de la construcción de la paz.

Nosotras, como comunidades indígenas, hemos iniciado con nuestros métodos propios para construir la paz y uno de los más importantes

es la sanación espiritual, han enseñado nuestros mayores y nosotras también, estamos empoderadas en esta sanación; nosotras decimos sanarnos para poder sanar, perdonar desde el corazón para poder perdonar, eso es lo que nosotras hacemos, armonizarnos desde los hogares, y creemos y estamos seguras de que este es el principal paso para que haya paz (Colectivo, Tejedoras de Vida, alto Putumayo, 2023).

(...) lo primero, los trueques de los alimentos que tenemos en nuestra chagra, ya que así aportamos a la economía y que miren nuestros esposos, nuestros hijos, que también la mujer es valiosa y que aporta. También, hacemos talleres de autocuidado donde nosotras mismas debemos estar bien para poder escuchar al otro. Es sanar todo lo que traemos, todas las cargas, todos los espacios duros que hemos vivido; empezar a sanar, no a olvidar, porque es imposible; pero sí sanar para convivir con el otro, con el que nos ha hecho daño, con las personas que hemos herido, porque también nosotros hemos herido; poder convivir y darle como armonía, primero a nosotras mismas, y después, a los que están a nuestro alrededor (...). A veces, nos sentamos a cocinar, preparar alimentos propios, allí estamos sanando. También, cuando estamos riendo o escuchando la una o escuchando la otra, o sea, los espacios de emprendimiento, cuando estamos tejiendo bolsos, manillas, collares, ahí también estamos sanando, y por ello, pues, es una forma de también aportar a la paz (Narváez Jakanamijoy, I., alto Putumayo, 2023).

El dolor de muchas mujeres lo viví en carne propia, porque mi papá, lamentablemente, fue asesinado en ese tiempo de violencia. Yo había cumplido 15 años, entonces para mí, fue muy difícil, y mis hermanos quedaron pequeños y el último, en el vientre de mi mamá, que tenía cinco meses de embarazo. Fue algo traumático; nos tocó a nosotros ayudarlo a mi mamá a salir a vender pescado, pollo o ropa por las calles. Lo que fuera para poder comer. Había días que mi mamá no comía por darnos a nosotros, fue algo muy doloroso. Cuando nosotros llegamos, recién habían asesinado a mi padre, entonces yo vi cómo quedó. Iban a matar era al ayudante que iba en el vehículo, pero también lo mataron a él, y ya después dijeron que era algún informante de algún grupo armado y lamentablemente le hicieron eso, cuando mi papá no debía nada; era una persona que transportaba los pasajeros de un lugar a otro. Es algo que lo marca a uno para toda la vida, y uno inicialmente guarda un rencor hacia esos grupos. Entonces, mi mamá quedó sola, le tocó guerreársela; mi mamá fue una de las mujeres que decía que iba a dejar morir los hijos, porque mi papá ya no estaba, que ella no iba a salir adelante, sino era

con el hombre; entonces, cuando yo comienzo a escuchar a las Tejedoras, que uno como mujer también puede salir adelante, que las mujeres tenemos que empoderarnos, que las mujeres también debemos capacitarnos, bueno, muchas cosas, y en la parte psicológica, porque aunque habían pasado muchos años, a mí me quedó como un dolor en el corazón. Entonces, llegaron las Tejedoras y ellas nos hacían esos círculos de poder; entonces, eso como que le permite a uno que vaya sanando. Usted no olvida, pero ya no recuerda con tanto, con dolor, porque yo era una de las que no podía recordar, porque yo me ponía a llorar y me ponía remal. Entonces, fue algo muy bonito poder comenzar a aprender que también uno tiene sus derechos y que cualquiera no le puede a uno vulnerar sus derechos; entonces, eso fue lo que más me llamó la atención, porque ellas hablaban de los derechos y no solamente hablaban, sino que también nos enseñan que uno debe hacer valer sus derechos (Moreno, 2023).

Recuperación de la memoria histórica de las mujeres

Las Tejedoras de Vida del Putumayo han asumido como eje de acción la reconstrucción de la memoria histórica de las mujeres, lo que representa un campo importante para la construcción de la paz. Este eje busca que se reconozcan las mujeres que fueron asesinadas o desaparecidas en el marco del conflicto armado, que se conozcan los hechos que les segaron la vida para que no se repitan, honrar su memoria, facilitar que sus familiares realicen sus duelos suspendidos y contribuir a la sanación de sus heridas.

Un caso emblemático en el desarrollo de este eje lo constituyó el de las hermanas Galarraga. Se trata de cuatro jovencitas¹⁷, menores de edad, que en el 2001 fueron desaparecidas por los paramilitares del Bloque Central Bolívar que operaba en La Dorada, un municipio del bajo Putumayo. La menor de ellas solo tenía 12 años cuando fue desaparecida. Durante diez años, la madre de las niñas, la señora Blanca Nieves, las buscó de manera valiente y resistente, pero solo hasta el 2010 sus cuerpos fueron hallados en una fosa común. Según el diagnóstico forense, las niñas no solo padecieron la desaparición forzada, sino también la tortura y la violación sexual. Las Tejedoras de Vida del Putumayo documentaron el caso de forma escrita y en video, como homenaje a las niñas Galarraga y en apoyo a su madre y a su hermana sobreviviente. Además, en 2018 restauraron un monumento levantado en su memoria (Melo Portillo, 2017).

.....

17. Sus nombres fueron: Jenny Patricia, Mónica Liliana, Nesly Milena y María Nelly Galarraga Meneses.

En desarrollo de este eje, las Tejedoras de Vida del Putumayo han capacitado mujeres acerca de sus derechos como víctimas, han señalado las rutas de atención en las entidades públicas, y las han animado y acompañado para que superen el miedo y denuncien todo tipo de agresión. A su vez, han elaborado seis murales de la memoria, cada uno de ellos en sitios emblemáticos de seis municipios del Putumayo: Mocoa, Puerto Guzmán, Orito, Valle del Guamuez, San Miguel y Puerto Asís. Se destaca, dicen las mujeres de esta organización, que estos murales no han sido dañados ni han recibido ataques.

Tenemos dos historias con la pintura, unas historias muy bonitas de las mujeres del Valle del Guamuez. Tenemos una galería, podemos decir. Una, la del paramilitar y la otra de la niña de la bomba. Nosotras, lo que estábamos buscando era recursos; cuando llegan proyectos, aplicamos recursos para las historias de las mujeres, dejarlas en pinturas. Entonces, usted puede mirar un cuadro que hay muy bonito, donde se plasmó la historia de una señora que nos contaba que el paramilitar fue y sacó a la esposa del guerrillero, una jovencita que estaba esperando un bebé y la arrastraron por todo el camino del cabello y le sacaron el bebé delante de todos, del papá, y sacaron el bebé, y el bebé salió vivo y delante de todos le cortaron la cabecita al bebé. Ese cuadro lo pintó Jonatan; pintó a la niña cociéndole la cabecita al niño, pegándosela, es hermoso ese cuadro (Muriel Silva, 2023).

El cuidado de la naturaleza que da una dimensión ecológica a la paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo han incorporado también, como eje de acción, el cuidado de la naturaleza, respondiendo a una necesidad vital del Putumayo y de todo el planeta. Así, han procurado darle una dimensión ecológica a la paz. Con este propósito, crearon el programa de *Guardianas del agua*, realizaron un diplomado para brindarle formación de alta calidad a la comunidad. Además, las mujeres de esta organización sobresalieron en la subregión del alto Putumayo al desarrollar un proyecto diseñado para aplicar los conocimientos adquiridos en sus propios territorios.

Guardianas del agua surge del tercer eje que tenemos, porque empezamos con la preocupación de la contaminación de las aguas de los ríos. Las mujeres, muy preocupadas por eso, entonces nacieron las guardianas del agua. Es un programa muy bonito, en donde se empezó a formar a las mujeres en la parte ambiental, que conozcan los planes ambienta-

les. Hicieron unos mapas hidrográficos muy bonitos y cada una se adueñó de sus ríos para protegerlos. Están reforestándolos, interviniéndolos, cuidándolos (Muriel Silva, 2023).

La incorporación de nuevas generaciones y la batucada

Un campo de acción reciente y muy interesante de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo corresponde a la incorporación de nuevas generaciones de mujeres en esta organización. Muchas de las nuevas integrantes son hijas de las primeras Tejedoras de Vida, y esto es importante porque permite un fortalecimiento en doble vía, es decir, de parte de la Alianza hacia las jóvenes, y de estas últimas hacia la organización. Cabe resaltar que esta es una manera de protección y empoderamiento en un contexto donde las violencias impactan con mayor intensidad a las mujeres; asimismo, este espacio permite brindarles la formación y las oportunidades que han logrado sus madres.

La decisión de las jóvenes de unirse a la organización de mujeres puede interpretarse positivamente, ya que refleja su motivación por los objetivos y ejes de acción de las Tejedoras de Vida, además de ofrecerles un espacio para contribuir y expresarse. También es alentador que esto suceda, dado que en muchas iniciativas civiles de paz suele haber una brecha generacional que impide la participación activa de los jóvenes y su conexión con las causas por las que lucharon sus padres, así como el valor de los procesos que ellos iniciaron. Asimismo, la batucada se convierte en un medio de expresión para estas jóvenes mujeres, lo cual resulta muy interesante.

La *batucada*, como expresión de que las jóvenes quieren y piensan y siguen transformando sus vidas y quieren seguir luchando por esta paz; la *batucada*, para mí significa vida (Ocoró, 2016).

Apoyo para el desarrollo de iniciativas productivas

Este eje de acción de la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo implica una gestión de incidencia a nivel local, nacional e internacional para obtener apoyo y recursos económicos que permitan a las mujeres desarrollar propuestas productivas y de seguridad alimentaria. Sin duda, se trata de un campo muy importante por diversas razones. Por un lado, permite a las Te-

Tejedoras de Vida de este departamento generar ingresos, lo que fortalece su empoderamiento, facilita su autonomía y les otorga un mayor reconocimiento y respeto por parte de sus esposos, compañeros, familias y comunidades. Por otro lado, previene que busquen ingresos en actividades clandestinas que conllevan riesgos, como aquellas relacionadas con el narcotráfico, la recolección de hoja de coca, el trabajo en laboratorios de producción de pasta de coca o el transporte de sustancias ilícitas. Asimismo, ofrece seguridad alimentaria en regiones donde la disponibilidad de alimentos es escasa debido a la dedicación a cultivos ilegales.

Por estas razones, este eje contribuye a la construcción de la paz. Además, la paz está vinculada a la satisfacción de necesidades esenciales y al desarrollo, lo que hace visionario que las Tejedoras de Vida trabajen en la construcción de la paz, articulando este campo de acción con los mencionados anteriormente.

Están los proyectos productivos, los que hemos venido trabajando, porque lo primero fue capacitar a las mujeres; hasta que un día nos dijeron: “nosotras ya nos hemos capacitado, ahora necesitamos cómo dejar los cultivos ilícitos”. ¿Cómo los dejamos?: apoyándoles con proyectos productivos. Nos sorprendía mucho que las mujeres pidieran gallinas. ¿Pero si tú tienes gallinas? Decían: “es que, si yo cuido mis gallinas, las cuido aquí con mi familia, y no me tengo que ir a raspar coca, a ganar más y a perder mis hijos. En época de pandemia repartimos más de 24.000 gallinas (Ocoró, 2016).

(...) no hay paz con la barriga vacía. Mi fuerte es la agricultura, mientras una persona tenga trabajo, va a tener comida, va a tener techo, va a tener estudio, va a tener todo. ¿Entonces, cuál es la idea? Fortalecer eso, o sea, sintiendo esa paz (...), la paz no puede, no puede construirse con la barriga vacía (Rosero, M. L., alto Putumayo, 2023).

Acompañamiento y ambientación a los procesos de paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, a pesar de la alta victimización del conflicto armado interno, han apoyado su solución negociada. Desde esta perspectiva, han participado activamente en el proceso de paz realizado entre el Estado, en el gobierno Santos y las FARC. Fátima Muriel hizo parte de la Comisión de Género que acompañó todo este proceso de paz. A su vez, ambientaron el acuerdo final de paz en sus territorios cuando este iba a ser sometido a ratificación, y han estimulado a las mujeres para que se apropien en los asuntos e instancias locales que allí se contemplan, tales como los Planes de Desarrollo

con Enfoque Territorial (PDET) y los Programas de sustitución de Cultivos Ilícitos (PENIS). Al respecto, se relató durante el trabajo de campo:

La otra experiencia linda fue que me encontré en Cuba con Joaquín Gómez, comandante de las FARC, que me pareció muy bonita. El salió a pedirme perdón y yo le dije que venga a pedirle perdón a las mujeres, porque no habían sido hijos míos los que había arrebatado (Muriel Silva, 2023).

La reconciliación que es el horizonte de la construcción de la paz

La reconciliación representa un eje de acción de la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo y de la construcción de la paz; también, una ruta idónea para la transformación de conflictos armados. Con base en los estudios en reconciliación se ofrece la siguiente definición:

La reconciliación es la restauración de las relaciones entre individuos, grupos y Estados después de la violencia, la guerra, el genocidio, la guerra civil, las graves violaciones de los derechos humanos –como las segregaciones (*apartheid*) y la esclavitud (trabajo forzoso)– o actividades similares. La reconciliación, como política, requiere de una estrategia a largo plazo con muchas prácticas en múltiples niveles (Leiner y Muhsen Suliemen AlDajari, 2018).

Es valioso que las Tejedoras de Vida del Putumayo hayan incorporado la reconciliación dentro de los ejes de acción de su trabajo por la paz y que, además, lo estén promoviendo desde hace seis años. Se pueden observar dos tendencias en su enfoque hacia la reconciliación y su relación con la construcción de la paz.

La primera, que es generalizada, entiende la reconciliación esencialmente como un mecanismo de sanación, ya que consideran que en su base está la disposición al perdón por parte de las víctimas. Esto les permite sanar al liberar el dolor y el rencor, incluso por sí mismas. Además, gracias a su apertura a perdonar, pueden dialogar con los comandantes de los grupos armados y obtener información valiosa sobre lo que sucedió con sus seres queridos y los lugares donde fueron enterrados sus cuerpos.

(...) el primer método ha sido esa parte de sanación de perdonar a la persona que le frustró la vida, no solo a mi papá, de perdonar a los comandantes de los grupos armados que van a nuestros territorios y se

llevan a nuestros líderes y nos toca a nosotras salirlos a buscar, a mediar por la vida de ellos. Entonces, ese método de sanación, ese método de la palabra, de armonizar también la palabra, son métodos que valen la pena (Chasoy Chasoy, 2023).

El propósito era, como nos habíamos capacitado, abrirnos y dar la oportunidad y demostrar que sí aprendimos, que el perdón es el camino hacia la paz y que el resultado es una paz interior para cada una de nosotras, una tranquilidad, porque ya no siento ese odio, ese rencor por quien mató, porque yo tuve la capacidad de repararme a mí misma y perdonar, liberar mi alma. La otra es la base espiritual sin importar si fue guerrilla o paramilitar que se le llevó algún hijo o algún familiar, lo desaparecieron y a partir de ese resurgimiento de paz confesaron que los habían asesinado, y sus víctimas, a pesar de que solo encontraron los restos, fue una tranquilidad espiritual para cada una de ellas, quienes pudieron darle cristiana sepultura (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

La segunda tendencia asume la reconciliación como restauración de la comunicación y de la relación entre los actores que fueron separados por la violencia. Aquí el perdón no se percibe como sanación, sino como apertura y disposición para reanudar las relaciones y el buen entendimiento entre quienes se consideraban como adversarios. Al respecto, las Tejedoras de Vida consultadas manifestaron:

El perdón de la reconciliación. Nos encontramos en los municipios, por ejemplo, en El Placer, en el parque de las veredas que estaban todas peleadas porque unos habían sido paramilitares, y otras habían sido de milicianos; otros habían sido del ejército, y se habían peleado todas las veredas. Entonces, hacer unos partidos de fútbol para encontrarnos todos y compartir una olla comunitaria y todos comer de lo mismo, venciendo el odio; todo eso, pues a mí me parece una experiencia muy bonita (Muriel Silva, 2023).

Una tercera tendencia fue considerar la reconciliación como la aceptación e inclusión de las y los excombatientes. Esto como producto de un proceso de paz que alcanzó un acuerdo final de paz a partir de una mirada más integral y humana de parte de quienes dejaron las armas, teniendo en cuenta las razones que los llevaron a integrar el grupo armado y a la lucha armada.

Yo recrimino las acciones de otros grupos que siguen haciendo violencia, pero no recrimino aquellos que hicieron parte de las Farc que, en

este momento, están resocializándose. Es una aceptación que yo he hecho y yo confío en el cambio. Mi compañera dice que ella ha aceptado el cambio porque no solamente hemos sido víctimas de la guerrilla, sino de otros actores y circunstancias; los departamentos han sido víctimas del paramilitarismo. Hemos aprendido a entender la postura, tanto de unos como de otros, porque no podemos recriminar a una sociedad por un actor, ya que son distintas las circunstancias que han conllevado que tengamos esas dificultades que hemos superado a través de la alianza (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

Aceptar aquellos grupos desmovilizados que están acordonados en nuestro municipio, y a través del diálogo y la conciliación, resarcir todo ese daño y solucionar aquellas problemáticas que se presentaron y aún se siguen generando en menor proporción (Colectivo Tejedoras de Vida, medio Putumayo, 2023).

En el desarrollo de este eje, las Tejedoras de Vida del Putumayo participaron en un programa piloto de reconciliación entre víctimas y excombatientes de las extintas FARC, auspiciado por el Ministerio de Justicia y Derecho y la agencia de cooperación FUPAD, y en el que la autora de este libro participo como mediadora. Desde entonces, han trabajado con las firmantes de paz de La Carmelita, apoyándolas con capacitaciones y acceso a recursos para el desarrollo de proyectos productivos.

Las estrategias constructoras de paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo demuestran una vez más su creatividad al generar, desde ellas mismas, estrategias para intervenir en su labor de construcción de paz. Algunas de estas estrategias han sido reconocidas y adoptadas a nivel universal en distintos momentos de la historia, como es el caso de las movilizaciones. Sin embargo, otras poseen una autenticidad especial que se refleja en la manera en que las denominan, asociándolas en algunos casos con instituciones propias de las culturas indígenas y, en otros, con especies animales o instrumentos musicales de la región. Dentro de estas últimas se identifican: Las tulpas de la paz, Las comadreas, Las arahuanas y La marimba de la paz. Sobre esto, manifestaron:

Hay algo muy bonito dentro de Tejedoras de Vida que hicimos con los acuerdos de paz, que fue hacer *grupos integrados por mujeres y hombres*. En alto Putumayo, hicimos un grupo que se llamaba *La tulpa de la paz*. En la tulpa de la paz se reunían las mujeres por la noche, unas dos

horitas; hacían un cronograma, se tomaban una aromática y hablaban un poquito de la participación o de las víctimas para cualquier punto de los acuerdos de paz. Se hablaba allí en el idioma de ellos; me parecía muy bonito (...) *Las comadreas de Puerto Caicedo*, que iban de casa en casa, visitando las amigas, mirando cómo estaban, qué tenían, qué les pasaba. *Las arahuanas de Leguízamo*, por ejemplo, que se pusieron el nombre del pescadito, pues ese pescado usted tiene que matarlo para que suelte lo que tiene en la boca o suelte los hijos, o si no, ella nunca los suelta. *Arahuana* es un pescadito o una pescadita que los tiene a todos en una bolsita debajo de la boca, y cuando saca a los hijos a comer, vuelve y los mete a la boca y los guarda; tienen que matarla para que suelte la boca. El pescado de la *arahuana* es muy famoso; entonces, ellas se llamaron *arahuana* porque dijeron que iban a defender sus hijos para que no se los lleve la guerrilla. Las de Puerto Limón se llamaron *La marimba de la paz*. Hicieron unos cantos muy bonitos. A María Barreiro la mandamos a Puerto Limón para que construyera canciones, porque ella sabe hacer canciones con las mujeres de allá, sobre los acuerdos de paz. Entonces, me pareció un ejercicio muy bonito en la construcción a la paz (Muriel Silva, 2023).

Además de las mencionadas anteriormente, las Tejedoras de Vida del Putumayo identificaron otras estrategias consideradas constructoras de paz: las movilizaciones, las juntanzas, y los muros de la memoria.

Las movilizaciones

Esta estrategia ha tenido un carácter especial para las Tejedoras de Vida del Putumayo, no solo han acudido a ella desde sus inicios, sino que consideran que les ha dado una significativa visibilidad. Todas las movilizaciones han tenido un carácter simbólico y algunas han sido muy robustas. Un ejemplo de esto es la movilización liderada por Yineth Bedoya, que se llevó a cabo a lo largo de siete kilómetros, desde La Hormiga hasta El Placer, con el objetivo de protestar contra el uso de la violencia sexual como arma de guerra. Esta movilización fue precedida por amenazas de bomba, lo cual fue mencionado durante el trabajo de campo.

Las movilizaciones nos han dado también una visibilización fuerte. No es lo mismo que salgas a gritar al Gobierno por lo que no les cumplen, a decir aquí estamos acompañando a las mujeres víctimas de violencia sexual, a las mujeres víctimas de feminicidio. Cada movilización tiene su objetivo, por ejemplo, la primera movilización fue la de las herma-

nas Galagarra. Esa vez nos acompañó la Guardia Indígena del Cauca. La doctora Gloria Flórez pudo movilizar la guardia del Cauca porque nos queríamos que nos acompañara el Ejército y la Policía, porque nos parecía más riesgoso. Inauguramos el primer mural aquí, en Mocoa, y de ahí hicimos la movilización, y estuvieron mujeres de los departamentos del Valle, Nariño y Putumayo, alrededor de 300 mujeres. Luego, Fátima hace la gestión con Yineth Bedoya para venir acá, y caminamos 8 kilómetros desde La Hormiga hasta El Placer, con mucho miedo, porque días antes nos decían que iban a colocar unas bombas, que no nos iban a dejar entrar (Ocoró, 2016).

Nosotras, las mujeres organizadas en el valle de Guamuez, gracias a Tejedoras de Vida, nos pudimos organizar en grandes grupos que marchamos por la paz. Alzamos la voz, porque nosotras, al sentirnos apoyadas por este gran grupo de Tejedoras de Vida, nos pudimos parar en cualquier espacio para exigir nuestros derechos como mujeres. Ellas nos enseñaron a alzar el brazo y a decir, “queremos la paz, defendemos las mujeres, no más homicidios”. No solo marchamos: hicimos carteleras, todo eso por la paz (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Murales

En este capítulo ya se ha mencionado el uso de esta táctica como constructora de paz. Solo se añadiría que, como manifiestan las Tejedoras de Vida del Putumayo, estos murales expresan sus sentimientos y acontecimientos significativos de la memoria, reconociendo y honrando a las mujeres que han sido asesinadas o desaparecidas en el marco del conflicto armado interno. Así lo expresaron estas mujeres durante el trabajo de campo:

Las visibilizaciones de los murales; con ellos estamos hablando lo que sentimos, de las mingas y las marchas. No es que vayamos a hacer paro; simplemente estamos diciendo, “rechazo lo que está sucediendo”, para que haya un cambio en nuestra sociedad (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

La juntanza

Como herramienta para la construcción de paz, esta estrategia busca tejer la unidad entre las mujeres para que sus acciones logren mayores alcances. En concordancia, desde el momento fundacional, en el primer encuentro de La Cocha, las Tejedoras de Vida han recalcado la importancia de juntarse y estar

unidas, porque solo así se protegen, son más respetadas y pueden alcanzar sus metas. Así se expresó lo anterior durante el trabajo de campo:

Otro método que hemos utilizado es la juntanza. Para nosotras, ha sido muy importante juntar ella con ella, porque sabíamos que, si esa persona se quedaba sola, pues era incapaz de enfrentarse a algo. Entonces, la juntanza, para nosotras, también fue muy importante, porque nosotras decíamos, “tenemos que ser esas mujeres, no importa que vivamos en una vereda, en una inspección; tenemos que salir adelante”, y de ahí empezamos a hacer como ese paso a paso, ir las juntando, para ser esas mujeres que hoy están dando resultados de paz (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

El tránsito de las Tejedoras de Vida del Putumayo a la construcción de paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo tienen comprensiones propias sobre la construcción de la paz y, en ella, se evidencia su transición de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz. Para ellas, la construcción de la paz es un proceso, algo que se desarrolla en el transcurso del tiempo; en sus palabras: se trata de “ir paso a paso”, y de que, en esta condición, la paz no es perfecta, asume altibajos y, por consiguiente, es inacabado. Al respecto expresan que deben seguir “declinando y a la vez levantándose”. También, conciben que el proceso de paz requiere una elaboración cuidadosa, como un tejido, y que tiene un efecto sanador ya que “remienda las heridas, los dolores”.

Resulta muy interesante que asuman la construcción de la paz como transformación. Lo anterior, expresado desde sus propias voces manifiesta:

Yo entiendo que construir la paz es ir paso a paso, conociéndola, declinando y a la vez levantándose; considero que esa es una buena construcción (Chasoy Chasoy, 2023).

Lo que hoy estamos haciendo en Tejedoras es Paz es una transformación. Primero, de nosotras mismas, como mujeres; segundo, estar aquí, apoyar este proceso, que nos reconozcan tanto. Eso también nos hace sentir que estamos en una paz, no total, pero si nos ponen a hablar de paz, podríamos decir que Tejedoras somos paz (Ocoro, 2016).

Construir paz es como tejer, como hacer un tejido, como seguir tejiéndonos entre mujeres, seguir fortaleciéndonos, seguir, como diríamos noso-

tras, remendándonos entre nosotras mismas, remendando las heridas, remendando ese dolor, remediando ese dolor, y al sentarnos junto a la otra, al escucharnos, ahí estamos construyendo paz (Narváez Jakanami-joy, I., alto Putumayo, 2023).

Los factores que hicieron posible la transición

En los capítulos 3 y 4 se abordan los factores que permitieron a las Tejedoras de Vida del Putumayo transitar de ser mujeres heridas por la violencia a convertirse en constructoras de paz. En esta sección se analizan de manera especial. Aunque son diversos, hay un factor que los engloba a todos, como se refleja a continuación:

Las sabidurías propias

Las Tejedoras de Vida del Putumayo albergan sabidurías propias. Ellas han conocido de manera directa, en su vivencia y en su piel, el sufrimiento que infringen las violencias, la expresión de este fenómeno en sus contextos, los actores que cabalgan sobre ellas y los repertorios o modalidades, generalmente crueles y bárbaros, que emplean al victimizar. A partir de esta experiencia, la paz y su construcción se han convertido en su causa inspiradora, entendiéndola como la posibilidad de transformar una realidad difícil vivida para que no se repita, para que otros no tengan que padecerla, y para poder sanar las heridas. A su vez, ellas han entendido la urgencia del trabajo por la paz en sus territorios y, también, que ellas tienen que hacerlo sin esperar a que otros lo hagan por ellas.

Nos organizamos y nosotras decíamos tenemos que fortalecernos nosotras mismas; no quedarnos en el dolor, no quedarnos en los sentimientos de lo que pasó. Veíamos que la paz la teníamos que construir nosotras mismas, con nuestras asociaciones, nuestros hogares, que estaban destrozados. El resultado es que hoy, para hablar de paz, lo hablamos con mucha sabiduría, con mucha inteligencia; porque sabemos que esas inspecciones levantaron la voz, levantaron la mano para decir, “hemos hecho un triunfo y un paso más hacia la paz que tanto anhelamos las mujeres” (Colectivo Tejedoras de Vida, bajo Putumayo, 2023).

Porque son personas con sabidurías propias. Uno dice, “esta mujer lo que está diciendo es por esto y por esto”. Esas sabidurías han hecho que esa construcción de paz, que ha habido en esas Violetas de Paz, haya permitido levantar esa voz. La mayoría no sabe leer ni escribir, y yo les digo: “ustedes son mujeres ricas en ese conocimiento”. Esas mujeres

cantan, bailan, recitan; ellas, qué no hacen; pero nunca se les ve triste, nunca se les ve como esa mirada de odio o de tristeza. A ellas se les ve esa manera que encierra ese poder tan bonito que ellas tienen. Cuando yo vine acá, tantos años, y las encontré a ellas como eran ahora, cambiaron totalmente su rol; ahora son mujeres berracas y empoderadas (Tejada, 2023).

Durante el trabajo de campo, efectuado se expuso el caso de una excombatiente de las extintas FARC que, al igual que casi todas las Tejedoras de Vida del Putumayo, fue victimizada en varias ocasiones por distintas violencias, especialmente la intrafamiliar y el conflicto armado interno. Cuando tenía solo 9 años fue violada por su tío, de quien quedó embarazada. Este hecho la llenó de rabia, y aun a esa temprana edad, no en vincularse a la guerrilla de las FARC, llevando consigo a un grupo de niños y niñas de su localidad.

Cuando este grupo armado se enteró de que estaba embarazada, le permitió tener a su hijo en un lugar apartado y le anunció que regresarían por ella, lo que nunca ocurrió. No la recogieron, ni ella los buscó, porque para entonces ya no deseaba formar parte de ese grupo armado. Sin embargo, quedó estigmatizada como guerrillera y tuvo que desplazarse al bajo Putumayo. Allí formó un hogar y tuvo dos hijos más; pero un día, mientras se bañaba en un río, un miembro del Ejército la reconoció como guerrillera y la violó sexualmente. Como resultado, se vio obligada a desplazarse de regreso a la subregión del alto Putumayo, donde formó una nueva unión con un indígena.

La excombatiente enfrentó dificultades para manejar su vida sexual debido a los traumas causados por las violaciones sufridas. Esta situación generó en su compañero una actitud violenta, que culminó en un ataque con machete, el cual casi le cuesta la vida y dejó una profunda cicatriz en su rostro, comprometiendo incluso su mandíbula y limitando su capacidad para hablar con claridad. Fue salvada por uno de sus hijos, quien pidió ayuda de manera oportuna. A pesar de toda la violencia que ha padecido de manera grave y prolongada desde los nueve años, esta excombatiente se unió a las Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo y, quizás debido a su experiencia, se ha convertido en una constructora de paz. Según sus propias palabras: “ama la vida y tiene una gran esperanza en las posibilidades de la paz en su departamento y en el país” (Excombatiente, 2023). En este caso, su sabiduría, cultivada a partir de lo vivido, la ha guiado hacia esa transición y a la construcción de la paz.

El empoderamiento feminista

La vinculación de las mujeres a la Alianza de Tejedoras de Vida del Putumayo generó en ellas un empoderamiento feminista, resultado de un proceso de formación que les permitió conocer sus derechos, concientizarse sobre la adversa, injusta y difícil realidad que enfrentaban, y reconocer sus capacidades y potencialidades para transformarse a sí mismas y a su entorno. Además, en esta organización, encontraron un espacio de reconocimiento con otras mujeres que habían vivido experiencias de sufrimiento similares o incluso peores, y aprendieron que, a través del hermanamiento y la unidad, podían lograr cambios significativos.

Este empoderamiento fue fundamental en su proceso de transición hacia la construcción de la paz, ya que les permitió asumir esta labor en un contexto de alta conflictividad como el Putumayo, con los riesgos que esto implica, y hacerlo con un impacto real.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo hacen valer los derechos de las mujeres, apoyan a las mujeres, a quienes se les vulneren esos derechos; se socializa siempre la Ley 1257 de 2008. Ellas están al pendiente si hay una mujer que se le están vulnerando los derechos. Otra parte de empoderamiento hacia la mujer, son las capacitaciones que se han hecho; han servido muchísimo porque hay muchas mujeres que tenían en el chip, unas, la baja autoestima, que siempre deben depender del marido y lo que él les dijera. Entonces, el empoderamiento hacia la mujer ha sido fundamental. Y la otra, la generación de ingresos, que forman a las mujeres para que no solamente sean amas de casa, sino que también puedan generar sus propios ingresos. Con ese apoyo que se ha dado de parte de las Tejedoras de Vida, hoy son microempresarias y mujeres que han salido adelante y agradecen (Moreno, 2023).

El empoderamiento pacifista de las Tejedoras de Vida del Putumayo

Desde los estudios de paz, este empoderamiento se define como el desarrollo de potencialidades y capacidades para construir la paz (Muñoz y Bolaños Carmona, 2011). En el caso de las Tejedoras de Vida del Putumayo, estas mujeres no solo se empoderaron de sus derechos y de sus vidas, sino que también reconocieron que, a partir de su experiencia vivida, poseían habilidades para trabajar por la paz y decidieron ponerlas en práctica. Además, descubrieron que al hacerlo, sanaban sus heridas y resignificaban su proyecto de vida.

Su empoderamiento pacifista les ha permitido generar o participar en campañas de resistencia civil frente a todas las violencias y sus perpetradores, convertirse en mediadoras para la paz, facilitar la reconstrucción de la memoria histórica de las mujeres, proteger el acuerdo final de paz, emprender iniciativas productivas y salvaguardar los recursos naturales, además de dar sus primeros pasos hacia la reconciliación. A su vez, se consideran actoras relevantes en la construcción de la paz, afirmando que sin su participación la paz no es posible y que la paz en el Putumayo tiene rostro de mujer.

Ha sido un aporte muy grande sostener una organización en 20 años, en medio de este conflicto, de esta guerra, que va mostrando que el rostro de las mujeres es la paz. No hay una paz sin las mujeres; deben tenerlas en cuenta para que haya la paz. Ha sido muy importante la exigibilidad que estamos haciendo de la paz. Las mujeres han sido las luchadoras, las que les ponen el pecho a la guerra, las que sostienen las familias, las que se ponen al frente (Muriel Silva, 2023).



Esta foto recoge la mandala, elaborada con frutas, por las Mujeres Tejedoras de Vida del bajo Putumayo, en el marco del proyecto que tenía por finalidad elaborar este libro, centrado en su experiencia de construcción de paz. Hace parte del archivo fotográfico de esta organización femenina.

Registro Fotográfico: Luz Mery Rivera

Capítulo 5

Aprendizajes de la experiencia de construcción de paz de las Tejedoras de Vida del Putumayo

Este último capítulo recoge, de manera conclusiva, las lecciones aprendidas de la experiencia de construcción de paz de la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo. Al relacionarlos a continuación, estos aprendizajes se organizan a partir de las temáticas tratadas en cada uno de los capítulos que integran este libro.

Aprendizajes sobre el pasado adverso que las mujeres han luchado por remontar

Es indiscutible la existencia de un pasado adverso que ha pesado históricamente sobre las mujeres en todos los contextos. En ese pasado —que no pasa del todo—, a la mujer se le ha asociado al pecado y al mal, a la brujería y se ha discutido la existencia de su alma. Además, reconocidos filósofos de la antigüedad la han definido de manera peyorativa como “seres incompletos”, “hembras porque son defectuosas”, “principio malo que ha creado la oscuridad, el caos y la mujer”. En la historia más reciente, otros filósofos las han descrito como “seres de cabellos largos, pero de ideas cortas”, e incluso, en un tiempo mucho más cercano, se afirmó su inferioridad bajo la consideración de que su encéfalo pesaba menos que el del hombre. En ese pasado adverso se sitúa el patriarcado, instalado como institución familiar, que naturalizó la superioridad del hombre sobre la mujer y que aún persiste, en unos contextos más que en otros.

A pesar del difícil pasado a nivel universal, las mujeres comenzaron a remontarlo desde finales del siglo XVIII, a partir de las luchas por sus derechos, específicamente, por su derecho al voto universal. En América Latina, desde finales

de la década de los setenta del siglo XX y comienzos de los ochenta, a partir de cinco encuentros de organizaciones de mujeres, en algunos países de esta región y en Colombia, desde la década de los ochenta. Si bien, en sus inicios, los movimientos feministas pusieron el acento en la lucha por la igualdad, luego asumieron la lucha por su reconocimiento en la diferencia. Además, especialmente en Latinoamérica y en Colombia, por la realidad de violencias que se han expresado en esta región y en este país, los movimientos feministas apropiaron dentro de su campo de acción el trabajo por la construcción de la paz.

Aunque el pasado adverso que ha pesado sobre las mujeres parece muy lejano en la historia, en el departamento del Putumayo no lo es tanto, y de muchas maneras permanece en el presente representando, auspiciando o retroalimentando violencias que se ejercen sobre ellas. Así se ha manifestado con intensidad en la violencia intrafamiliar, que ha hecho presencia en todas las subregiones de este departamento, y con mayor énfasis en el alto Putumayo. Esta violencia se expresa en variados repertorios que van desde normalizar el maltrato de todo tipo; el abuso sexual, incluso desde tierna edad; golpearlas casi hasta la muerte; su limitado acceso a la educación por razón de género; los casos de matrimonios arreglados; los feminicidios, entre otros. A esto se agregan otras modalidades de violencia, como la del conflicto armado interno, que se ha ejecutado con altas dosis de barbarie y de crueldad contra las mujeres.

Las violencias extremas que han herido a las Tejedoras de Vida del Putumayo

El departamento del Putumayo registra una problemática arraigada, profunda y prolongada de violencia. En ese contexto, las más relevantes por su mayor afectación sobre las mujeres han sido: la violencia del conflicto armado interno, la violencia intrafamiliar, la violencia estructural de la pobreza extrema y la violencia del narcotráfico. Se destaca que, en las subregiones del medio y bajo Putumayo, el conflicto armado se ha expresado con mayor intensidad y en la subregión del alto Putumayo, la de mayor impacto ha sido la intrafamiliar.

La violencia del conflicto armado emergió en el Putumayo desde la segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX y ha registrado allí características propias. La primera, la diversidad de actores armados que han hecho presencia en el territorio, tanto de la insurgencia como de los paramilitares. La segunda, la degradación de este conflicto, evidenciada en su múltiple impacto sobre la sociedad civil y en las dimensiones de terror y barbarie que todos

sus actores han ejecutado sobre una pequeña población, que no supera los trescientos cincuenta mil habitantes. La tercera, la imposibilidad de aprovechar la ventana de oportunidad ofrecida por el proceso de paz, realizado en el Gobierno Santos con las FARC, que alcanzó un acuerdo final de paz, y la que brindó el proceso de desmovilización y sometimiento a la justicia, efectuado en el Gobierno Uribe con los paramilitares. La cuarta, las transiciones valiosas que se han generado —aunque sin aprovecharlas como la oportunidad que ellas representan—, como es el caso de los excombatientes de las FARC, que dejaron atrás la lucha armada para asumir la lucha en la institucionalidad, y la de las Tejedoras de Vida del Putumayo, que —como expresa el título de este libro— transitaron de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz. La quinta, la capacidad de resistencia de los putumayenses, especialmente, la de las mujeres y los pueblos indígenas. La sexta, el rol protagónico de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo, frente a las mujeres y la construcción de la paz.

En la actualidad, el conflicto armado interno que se expresa en el Putumayo registra una dinámica de profundización y escalamiento, al igual que plurales actores armados, que representan una tercera generación y nuevas modalidades de violencia. Entre ellos, la disidencia del Frente Carolina Ramírez (FCR), que hace parte de la línea disidente de Gentil Duarte; los Comandos Bolivarianos de Frontera (CBF); el Bloque Comandante Jorge Briceño, estructura 62, disidente de las extintas FARC; Sinaloa La Mafia y disidentes de los Frentes 32, 48 y 49 de las extintas FARC, y La Constru, de los paramilitares desmovilizados. Se considera que esta última generación de actores del conflicto armado está directamente asociados a intereses del narcotráfico (Fundación Paz y Reconciliación, Pares, 2022). Estos actores no solo han generado zozobra, sino que han incidido negativamente en la implementación del acuerdo final de paz.

Desde narrativas inacabadas, las Tejedoras de Vida del Putumayo relataron hechos victimizantes perpetrados contra ellas por cuenta de diversas violencias, muchos de ellos reiterados, pero en distintos repertorios y algunos con niveles de crueldad inimaginables. No eran hechos aislados, que se viven una sola vez, sino múltiples hechos, muchas veces sucesivos, que se experimentaban en cortos lapsos de su existencia y, otras veces, a lo largo de la vida.

Se destacan las masacres perpetradas por los paramilitares en 1999, en las inspecciones de El Tigre y El Placer. A sangre y fuego, este actor armado sacó a los habitantes de sus casas, establecimientos e, incluso, de sus Iglesias; asesinó hombres al azar, incendió casas y vehículos, desapareció a integrantes de sus comunidades y empleó como estrategia de guerra la violación de las mujeres.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo, un proceso desde las mujeres para las mujeres y el Putumayo

El proceso organizativo de la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo aporta elementos clave sobre los requerimientos para crear y consolidar este tipo de instituciones, en escenarios de alta conflictividad, como el Putumayo. También, evidencia el poder transformador de las mujeres para hacer posible lo aparentemente imposible. La asociación encuentra su origen a comienzos del siglo XXI y ha alcanzado una consolidación exitosa, pues tiene una trayectoria de veinte años.

Este proceso articula, en su surgimiento, diversos factores que se retroalimentan entre sí para dar vida a esta organización de mujeres. En su origen reposan liderazgos excepcionales; la expresión degradada del conflicto armado en contextos rurales del Putumayo; el sufrimiento generalizado y profundo de las mujeres; la sensibilidad de los maestros frente a esta realidad; las enseñanzas de liderazgos previos; la alianza con otros liderazgos, y la decisión valiente, férrea y comprometida de las mujeres fundantes, heridas por las violencias, de crearlo, institucionalizarlo y colocarlo en movimiento, asumiendo significativos riesgos.

La consolidación de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo cabalga sobre factores específicos. El primero, las causas que abrazan estas lideresas y cuya principal causa es: las mujeres, sus dolores profundos, su sanación, su empoderamiento y la transformación de sus condiciones de vida. Esta se ha convertido en un pilar fundamental de su surgimiento, el motor de su dinamización, la fuente de hermanamiento y unidad de las mujeres. El segundo, la forma creativa y comprometida con la que fueron superando las limitaciones iniciales. El tercero, la centralidad que, desde su origen, le han otorgado a la educación y la planeación.

Un factor fundamental en la consolidación que ha alcanzado esta organización de mujeres, ha sido las condiciones propias de las mujeres que la integran y que le otorgan, además, un perfil especial a esta organización. Se destacan dentro de estas condiciones, el pasado compartido por estas mujeres de victimización, pérdidas y sufrimiento profundo; pero también, la manera como ese pasado les permitió resignificarse, dado que las convirtió en conocedoras de primera mano de las violencias que padecieron, sus contextos, actores y las lógicas de su accionar. Esa experiencia previa ha orientado su labor como Te-

jedoras de Vida. Además, estas mujeres han estado al borde de la muerte, han sufrido lo imaginable y lo inimaginable, lo han perdido todo, incluso muchas veces; pero saben que pueden volver a levantarse para continuar y empezar de nuevo su proyecto de vida. Por ese motivo, asumen con pasión las causas que abrazan, favoreciendo su firme compromiso con la organización de mujeres.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo han recuperado su autoestima y son mujeres empoderadas. Por ese motivo, en sus propias palabras, se asumen como “mujeres poderosas”, “mujeres que transforman”, “mujeres capaces”, “mujeres titánicas”, “mujeres visionarias” y “mujeres que pueden cumplir sus sueños”.

El desarrollo de capacidades y potencialidades de las Tejedoras de Vida del Putumayo también representa un factor clave que ha incidido en su consolidación. Estas mujeres no sabían que en ellas se anidaban estas capacidades, pero gracias al empoderamiento en su organización, comenzaron a desplegarlas, especialmente, la resiliencia, el liderazgo, la perseverancia y la creatividad.

Esta organización de mujeres no es perfecta, como no lo es ningún proceso social. Pero se destacan los logros significativos que han alcanzado. Uno de ellos es su consolidación en un contexto violento, complejo y difícil, como el que registra el Putumayo, debido a la expresión de las violencias que hacen presencia en su territorio. También lo es llevar a cabo una revolución pacífica en la vida de las mujeres, en términos de transformación profunda. Así mismo, los procesos de formación y capacitación que les han permitido conocer sus derechos, comprender su realidad y empoderarse. Lograr la cohesión de las mujeres a partir del reconocimiento de su pasado común, la sanación entre ellas mismas, las acciones colectivas y el desarrollo de proyectos económicos. Otro logro importante es el alto nivel de reconocimiento que ha alcanzado el proceso entre las mujeres que integran esta organización. De igual manera, los avances en política pública, evidentes en la formulación de una política pública de las mujeres en siete municipios que, en algunos casos, ha permitido la apertura de Casas de la Mujer y el funcionamiento de Consejos Consultivos de Mujeres. A su vez, el importante logro de abrir una ruta para el apoyo a proyectos productivos y emprendimientos de las mujeres. Este último ha recibido, desde el 2011, reconocimientos regionales, nacionales e internacionales, por parte de entidades privadas, embajadas, ONG internacionales y el Congreso de la República, entre otros.

Esta organización de mujeres, también ha registrado dificultades y desafíos. Uno de los más sentidos es la carencia o insuficiencia de garantías de seguridad para el desarrollo de su labor. Así mismo y asociado al anterior, se suma el machismo arraigado que se ha extendido desde las familias, hasta

las instituciones públicas, limitando el avance de su labor. De igual manera, la carencia de Casas de la Mujer, especialmente en el alto Putumayo, dado que allí la violencia intrafamiliar se expresa con gran impacto. A su vez, representa un desafío profundizar la labor de gestión e incidencia para acceder en las entidades públicas a recursos presupuestales. También lo es seguir trabajando por la prevención y superación de violencias estructurales, como el racismo y las violencias políticas que generan exclusión ideológica. Además, la exclusión dentro de la categorización de municipios de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) de las localidades de la subregión del alto Putumayo, lo cual niega o restringe sus posibilidades de ser beneficiarios de recursos públicos. También, el surgimiento del microtráfico en el alto Putumayo, que está afectando a los jóvenes y a las familias.

Transitando de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz

Las Tejedoras de Vida del Putumayo no han conceptualizado la paz, pero en el trabajo de campo compartieron sus comprensiones sobre la misma. Ellas están marcadas por un antes y un después. El primer momento, cuando no se habían vinculado a la organización de mujeres y el segundo, después de haberlo hecho. Esto ha incidido, también, en la forma en la que entienden la paz, sus experiencias previas asociadas a la violencia, y, en el caso de las Tejedoras de Vida indígenas, sus culturas y cosmovisiones. Por ese motivo, en el momento del antes, la paz se concebía principalmente como ausencia de conflicto armado, desmovilización de sus actores y abandono del territorio, o había un gran escepticismo sobre las posibilidades de una paz negociada. Después de vincularse a la alianza, la comprensión de la paz se amplía al equipararla con el acceso al desarrollo, trabajo por la comunidad, solidaridad y empatía, creación de condiciones para la reconciliación, protección del territorio y defensa y empoderamiento de las mujeres, entre otras. Esta manera de entender la paz ha sido posible gracias a la capacitación que han recibido y en su propia experiencia como constructoras de paz.

En diálogo con los enfoques de paz de los estudios de paz, se analiza que antes de vincularse a la organización tenían un enfoque de paz negativa, que define la paz como ausencia de guerra; pero, después de hacer parte de este proceso de mujeres, su comprensión se amplía hacia un enfoque de paz imperfecta, cuyo adjetivo no implica que se trata de una paz defectuosa. La paz imperfecta plantea que no existen paces perfectas ni acabadas, sino que la paz es un proceso que se desarrolla en el día a día y, generalmente, en medio de las violen-

cias. Es una paz que se hace visible cada vez que se resuelven pacíficamente los conflictos y se contribuye al bienestar de los seres humanos; cuando se reconocen realidades de paz, se facilita la articulación de las experiencias de paz y se otorga mayor poder a ella. Desde este enfoque, se interpretan las comprensiones de paz de las Tejedoras de Vida que la asocian a protección de la vida, bienestar, desarrollo, seguridad, solidaridad y empatía, protección de los jóvenes, protección del territorio, y transformación de la sociedad.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo tienen también una comprensión de la construcción de la paz. La conciben como un proceso que se desarrolla con el transcurrir del tiempo, en el día a día y que enfrenta altibajos. A su vez, asumen la construcción de la paz como transformación y han identificado unos ejes de acción para este proceso. Se identifican, entre ellos, la educación pacifista y la educación para la paz, dado que es necesario que las mujeres se empoderen de sus derechos y de sus vidas para que puedan asumir su labor de constructoras de paz. A su vez, la educación para la paz les brinda conocimientos y herramientas que les permite entender sus contextos de violencia, la afectación de sus condiciones de vida por este fenómeno social y la gravedad que entraña la prolongación y profundización de las violencias. También, el poder de la paz, el revolucionario método de la no violencia, la importancia de la construcción de la paz, la ventana de oportunidad que ofrecen los procesos de paz y la urgencia de la reconciliación.

Otros ejes de acción son: la resistencia civil o no violenta, la mediación en el conflicto armado, la sanación de las mujeres víctimas, la incorporación de mujeres jóvenes en la organización de mujeres y la batucada, el acompañamiento y la ambientación al acuerdo final de paz y la reconciliación.

En forma creativa, las Tejedoras de Vida han identificado estrategias de intervención. Ellas también son plurales, y algunas registran rasgos muy auténticos. Se identificaron: La Tulpa de la Paz, integrada por mujeres y hombres; Las Comadrejas de Puerto Caicedo, que eran mujeres que visitaban a las tejedoras, casa por casa, para saber cómo estaban; Las Arawuanas de Puerto Leguízamo, que representaban a un pescado que lleva su nombre, que no abre la boca para defender a sus hijos, y La Marimba de la Paz, en Puerto Limón, que creaba música para la paz. A estas se suman las movilizaciones, las juntanzas y los murales de la memoria.

¿Qué ha facilitado la transición de las Tejedoras de Vida del Putumayo, de mujeres heridas por las violencias, a constructoras de paz? Son diversos los factores que han incidido en esta transición y, de muchas maneras, se han

abordado a lo largo de todos capítulos; pero en la última parte del libro, se enfatiza de manera más específica e integral en lo más relevante. Primero, las sabidurías propias de estas mujeres, construidas desde su experiencia de sufrimiento, el conocimiento de sus contextos, los actores armados y las lógicas de su accionar; pero también, a partir de sus valiosos aprendizajes como constructoras de paz. Segundo, su empoderamiento pacifista, que les ha permitido conocer sus derechos como mujeres, formarse, recuperar su autoestima, sanarse con otras mujeres y descubrir con ellas la potencialidad de su hermanamiento y unidad. Tercero, su empoderamiento pacifista, dado que ellas han desarrollado potencialidades y capacidades para construir la paz, que no sabían que tenían. Desde este empoderamiento, han ejercido la resistencia civil frente a todas las violencias y sus actores, han mediado para proteger la vida de personas que iban a ser asesinadas o han recuperado sus cuerpos cuando se les ha segado la vida; han facilitado el tránsito de estudiantes y enfermos en los paros armados, y han facilitado la solución pacífica de conflictos en sus comunidades. También, han ambientado el acuerdo final de paz; han participado en los PDET, en el Programa Nacional Integral de Sustitución Voluntaria de Cultivos de Uso Ilícito (PNIS), en los consejos consultivos de mujeres y han desarrollado proyectos y emprendimientos productivos.

Las Tejedoras de Vida del Putumayo evidencian un destacado aporte de las mujeres a la paz, especialmente, en contextos de alta conflictividad; hacen visible su poder pacífico transformador y la importancia de su transición de mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz. Como dice Fátima Muriel, “Estas mujeres han mostrado que en el Putumayo la paz tiene rostro de mujer y que la paz sin las mujeres no va”.

Experiencias como la de las Tejedoras de Vida del Putumayo deben ser valoradas por lo que han hecho y representan; ser apoyadas de manera sostenida, y contribuir a su fortalecimiento. Además, deben ser reconocidas como experiencia ejemplarizante de construcción de paz y apropiar y socializar sus aprendizajes.

Los gobiernos nacional, regional y locales deben asumir, como una prioridad, la educación para la paz y la construcción de la paz en el Putumayo, dada la problemática profunda de violencia que ha afectado de manera recurrente y, muchas veces, en dimensiones de terror y de barbarie a las mujeres, sus familias y comunidades en este departamento. En esta perspectiva, es indispensable que todos los municipios de las tres subregiones deben categorizarse dentro de los PDET.

Bibliografía

- Alcañiz Moscardó, M. (2004). Feminismo. En M. López Martínez (Ed.), *Enciclopedia de paz y conflictos* (pp. 463-468). Universidad de Granada. Instituto de la Paz y los Conflictos. Junta de Andalucía, Consejería de Educación y Ciencia.
- Boutros Boutros, G. (1992). *An agenda for peace: preventive diplomacy, peace-making and peace-keeping: report of the Secretary-General pursuant to the statement adopted by the Summit Meeting of the Security Council*. (A/47/277-5/24111). United Nations.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2011). *La masacre de El Tigre. Un silencio que encontró su voz*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2012). *El Placer. Mujeres, coca y guerra en el bajo Putumayo*. CNMH.
- Checa Hidalgo, D. (2014). Estudios para la paz: una disciplina para transformar el mundo. *Annals of the University of Bucharest Political Science*, 16 (1), 9-24.
- Cheng-Hokins, J. (2012). Prólogo. En A. Rettberg, *Construcción de paz en Colombia* (pp. xxiii-xxvii). Universidad de los Andes.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), Grupo de Memoria Histórica. (2011). *La masacre de El Tigre. Reconstrucción de la memoria histórica en el Valle del Guamuez-Putumayo*. CNRR
- Cockburn, C. (2004). The continuum of violence: A gender perspective in war and peace. En W. A. Giles, *Sites of violence: Gender and conflict zones* (pp. 24-44). University of California Press.
- Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana (CAJSC). (1993). *Informes regionales de derechos humanos Putumayo*. Códice Editorial Ltda.
- Comisión de Estudios sobre la Violencia. (1987). *Colombia: violencia y democracia*. Universidad Nacional de Colombia.

- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022). *Guía para el abordaje*. CEV.
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV). (2022). *Informe Final: Mi cuerpo es la verdad. Experiencias de mujeres y de personas LGBTIQ+ en el conflicto armado*. CEV.
- Cortright, D. (2008). *Peace. A History of Movements and Ideas*. Cambridge University Press.
- Curle, A. (1994). *El campo y los dilemas de los estudios de paz*. Gernika Gogoratuz.
- De Beauvoir, S. (1981). *El segundo sexo*. 2 tomos. Siglo Veinte.
- Delgado, A. K. (2021). *Nosotras y El Tigre del Putumayo. Una historia de selva, guerra y reconciliación en cinco actos*. Bogotá.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane). (2018). *Censo nacional de población y de vivienda, 2018*. Colombia. Dane.
- Fisas, V. (2004). *Procesos de paz y negociación en conflictos armados*. Paidós.
- Fundación Paz y Reconciliación, PARES. (2022). *Coca, violencia y resistencia. Los flujos del conflicto en el Putumayo 2016-2022*. PARES.
- Galtung, J. (1976). Three Approaches to Peace: Peacekeeping, Peacemaking, and Peacebuilding. En C. Ejlertsen, *Peace, War and Defense: Essays in Peace Research*, Vol. II.
- Galtung, J. (1995). *Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*. Tecnos.
- García Durán, M. (2006). *Movimiento por la paz en Colombia*. Cinep.
- Gobernación del Putumayo. (2017). *Política pública de equidad e igualdad de género para las mujeres del Putumayo. Dignidad, reconocimiento y territorio 2017-2027*. Mocoa.
- Gutiérrez de Pineda, V., y Vila de Pineda, P. (1992). *Honor, familia y sociedad. El caso de Santander*. Universidad Nacional de Colombia.
- Hernández Delgado, E. (2000). *Inocencia silenciada. Impacto del conflicto armado interno en los niños y las niñas en Santander*. Arte y Folito.
- Hernández Delgado, E. (2004). *Resistencia civil artesana de paz. Experiencias indígenas, afrodescendientes y campesinas*. Pontificia Universidad Javeriana.

- Hernández Delgado, E. (2005). *Mapeo exploratorio de iniciativas civiles de paz en Caquetá, Nariño, Putumayo y los Montes de María*. Programa Suizo para la Promoción de la Paz en Colombia (SUIPCOL).
- Hernández Delgado, E. (2008). La paz imperfecta que construyen las iniciativas de paz de base social en Colombia. En M. Salamanca, *Las prácticas de la resolución de conflictos en América Latina* (pp. 137-152). Universidad de Deusto.
- Hernández Delgado, E. (2009). Pacés desde abajo en Colombia. *Reflexión Política* 22, 177-186.
- Hernández Delgado, E. (2012). *Intervenir antes que anochezca. Mediaciones, intermediaciones y diplomacias no violentas de base social en el conflicto armado colombiano*. Publicaciones Universidad Autónoma de Bucaramanga.
- Hernández Delgado, E. (2014). *Empoderamiento de experiencias comunitarias locales en Colombia*. [Tesis doctoral] Universidad de Granada.
- Hernández Delgado, E. (2022). Assuming Peace at the Beginning of the Post-Agreement: The Case of the “Women Weavers of Life” in Putumayo, Colombia. En S. Allen, L. Hancock, C. Mitchell, y C. Mouly, *Confronting Peace. Local Peacebuilding in the Wake of a National Peace Agreement* (pp. 31-57). Palgrave Macmillan.
- Hernández Delgado, E. (2024). *Estudios de paz. Perspectivas disciplinares y transdisciplinares en Colombia*. Unisalle.
- Idler, A., Garrido, M. B. y Mouly, C. (2015). Peace Territories in Colombia: Comparing Civil Resistance in Two War-Torn Communities. *Journal of Peacebuilding Development* 10 (3), 1-15.
- Jaquette, J. (1994). Los movimientos de mujeres y las transiciones democráticas en América Latina. En M. León, *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. (pp. 117-139). Tercer Mundo Editores.
- Justapaz y Lutheran World Relief. (2006). *Construyendo la paz. Aprendizajes desde la base*. Justapaz.
- Kauffman, C. (2019). *Reflexión sobre los daños de la violencia sexual por paramilitares contra mujeres en el Valle del Guamuez, Putumayo*. Ediciones Ántropos Ltda.

- Lederach, J. (2008). *La imaginación moral, el arte y el alma de construir la paz*. Panamericana Editorial.
- Leiner, M. y Muhsen Suliemen AlDajari, I. (2018). Reconciliation in The Middle of Conflict: An Approach to the Israeli-Palestinian Conflict. *Palestine-Israel Journal of Politics, Economics and Culture* 24, 384.
- León, M. (1994). *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Tercer Mundo Editores.
- López Martínez, M. (2004). *Enciclopedia de Paz y Conflictos*. Universidad de Granada.
- Martínez Carreño, A. (2001). Mujeres en pie de guerra. En G. A. Sánchez, *Memoria de un país en guerra. Los mil días 1899-1902* (pp 195-210). Universidad Nacional de Colombia.
- Martínez, C. E. (2008). Siglo XX. Una ciudadanía que irrumpe. En M. López, C. Martínez, y O. Useche, *Ciudadanos en son de paz* (pp. 41-65). Uniminuto.
- Melo Portillo, P. C. (2017). *Memoria histórica de la Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo* [Tesis de pregrado]. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Mitchell, C. y Hancock, L. (2007). Local Zones of Peace and Theory of Sanctuary. En L. Hancock y C. Mitchell (Eds.), *Zones of Peace* (pp. 189-221). Kumarien Press.
- Mitchell, C. y Ramírez, S. (2009). Local Peace Communities in Colombia: An initial Comparison of Three Cases. En V. Bouvier, *Building Peace in a Time of War* (pp. 245-270). United States Institute of Peace.
- Mouly, C. (2022). *Estudios de paz y conflictos. Teoría y práctica*. Peter Lang.
- Mouly, C. y Hernández Delgado, E. (2019). *Civil Resistance and Violent Conflict in Latin America. Mobilizing for Rights*. Palgrave Macmillan.
- Muñoz, F. (2001). *La paz imperfecta*. Universidad de Granada.
- Muñoz, F. y Bolaños Carmona, J. (2011). *Los hábitos de la paz. Teorías y prácticas de la paz imperfecta*. Universidad de Granada.
- Muñoz, F. A., Herrera Flores, J., Molina Rueda, B. y Sánchez Fernández, S. (2005). *Investigación de la paz y los derechos humanos desde Andalucía*. Universidad de Granada.

- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2014). *Conflictos y construcción de paz en América Latina*. Curso. PNUD.
- Ramos Muslera, E. (2015). *La paz transformadora (y participativa). Teorías y métodos de la paz y el conflicto desde la perspectiva sociopráctica*. Universidad Nacional Autónoma de Honduras.
- Rettberg, A. (2010). Diseñar el futuro. Una revisión de los dilemas de la construcción de la paz para el postconflicto. En A. Rettberg (Ed.) *Conflicto armado, seguridad y construcción de paz en Colombia* (pp. 373-394). Universidad de Los Andes.
- Rettberg, A. (2012). Construcción de paz en Colombia: contexto y balance. En A. Rettberg (Ed.). *Construcción de paz en Colombia* (pp. 3-50). Universidad de Los Andes.
- Rojas, C. (2009). Women and peacebuilding in Colombia: Resistance to Car, Creativity for Peace. En V. Bouvier (Ed.), *Colombia: Building Peace in a Time of War* (pp. 207-225). United States Institute of Peace.
- Shopenhauer, A. (1819). *El amor, las mujeres y la muerte. Ensayos filosóficos*.
- Vargas, V. (1994). El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto. En M. León (Ed.), *Mujeres y participación política. Alcances y desafíos en América Latina* (pp. 45-67). Tercer Mundo Editores.
- Villarreal Méndez, N. (1994). *El camino de la utopía feminista en Colombia, 1975-1991*. En M. León (Ed.), *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina* (pp. 181-201). Tercer Mundo Editores.
- Zulver, J. (2022). *Feminismo de alto riesgo en Colombia. Movilización de mujeres en contextos violentos*. Universidad de Los Andes.

Reconocimientos y agradecimientos

Las Tejedoras de Vida del Putumayo agradece a las lideresas y fundadoras de los siguientes municipios:

- Puerto Asís:** Doris Caicedo, Olga Rangel y Gladys Vallejo (QEPD).
- San Miguel:** Ana Tulia Burbano, Filonila Caicedo, Gladys Lasso y Luz Marina Isaza.
- Valle del Guamuez:** Gladys Hernández, Teresa Ortega Villareal, María Rubí Tejada, Marcela Guerra, Luz Gloria Vallejo (q.e.p.d.) y Carmelita Rivera.
- Orito:** Georgette Marjorie Posada, Ruth Cecilia García y Ruby Portillo.
- Villagarzón:** Fabiola Erazo, Otilia Silva, Bernarda Reyes y Amparo Carvajal.
- Mocóa:** Fátima Muriel, Amira Pantoja, Teresita Fajardo, Fabiola Ospina, Lilly Dolores Almeida, Rosalba Fajardo, Carmen Ocoró, Maura Lara Bambague, Nelly Chanchi, Nancy Sánchez Méndez, Myriam Meza y Mariela Pérez Lozano.
- Puerto Guzmán:** Julieta Salcedo, Densa Cerón y Isaura Yapó.
- Sibundoy:** Emerenciana Chicunque, Carmen Narváez y Ruby Muñoz.
- Santiago:** Martha Córdoba.
- Colón:** Sandra Chasoy Chasoy.

ESPERANZA HERNÁNDEZ DELGADO

Doctora en Paz, Conflictos y Democracia de la Universidad de Granada (España) y magíster en Estudios Políticos de la Pontificia Universidad Javeriana.

Es académica e investigadora en temas de construcción de paz, con especial énfasis en iniciativas de paz de base social, resistencia civil, mediación en conflictos armados y procesos de paz y reconciliación. Ha sido mediadora en pilotos de reconciliación.

Actualmente, se encuentra vinculada a la Universidad de La Salle, en la Facultad de Ciencias de la Educación, donde coordina el Laboratorio de Paz. Es autora de diversas publicaciones nacionales e internacionales sobre estas temáticas.



La iniciativa de paz de la Asociación Alianza Departamental de Organizaciones de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo se centra en el empoderamiento femenino y tiene un carácter regional. Surgió a principios del siglo XXI en un contexto de diversas violencias, incluyendo un conflicto armado que afectó especialmente a las mujeres. Este proceso se ha construido sobre liderazgos excepcionales, como el de Fátima Muriel Silva, y la decisión de las mujeres fundantes de asumir riesgos y actuar frente al sufrimiento generalizado en el territorio.

Su misión busca recuperar el tejido social dañado por el conflicto armado, contribuyendo a la consolidación de la paz, con justicia social y equidad de género, a partir de tres ejes fundamentales: mujer, derechos humanos y construcción de paz; mujer y políticas públicas de género, y mujer, desarrollo económico, cultural y defensa del territorio. Actualmente, integra a 65 organizaciones de mujeres, principalmente rurales y con enfoque étnico, que representan un valioso patrimonio de paz en el país. El corazón de la organización se fundamenta en la determinación de mujeres que, en un contexto de miedo, conflicto armado y carencias, han logrado construir una realidad positiva a lo largo de dos décadas.

A pesar de las dificultades que han tenido que afrontar, todas se reconocen como seres valientes, comprometidas con sus causas y resilientes, cada una con historias de profundas pérdidas y marcas imborrables de la violencia, pero con asombrosas transformaciones por métodos pacíficos, como la resistencia civil, mediaciones para la paz y la reconstrucción de la memoria histórica. Han trabajado en la protección del medio ambiente y en la formulación de Políticas Públicas de Equidad de Género para las Mujeres de Putumayo, lo que les ha permitido pasar de ser "mujeres heridas por las violencias a constructoras de paz", sanando sus heridas y contribuyendo de manera comprometida a la creación de un futuro más justo y equitativo.

Este libro reconstruye las historias de las integrantes de la Alianza de Mujeres Tejedoras de Vida del Putumayo analizando su proceso organizativo. Se exploran las causas de su surgimiento, sus características y los factores que han permitido su consolidación en veinte años. Además, se documentan sus logros, desafíos y comprensiones de paz, así como los mecanismos utilizados y las lecciones aprendidas en su camino hacia la sanación y el empoderamiento.



Gobierno de
Colombia